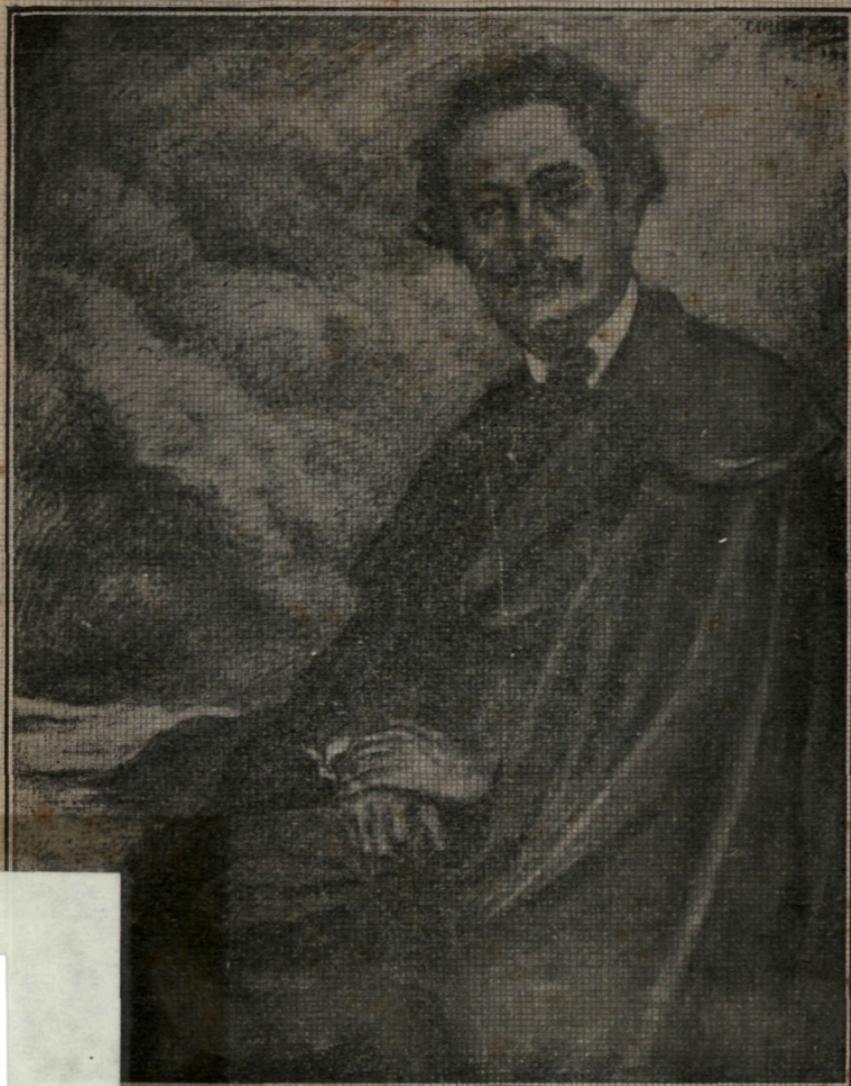


TEATRO



Dibujo de Cirilo Suárez.

JOSÉ RIAL.

José Rial Al Poeta Lluís
Forri. Con la admi-
ración y el afecto de
Teatro
J. Rial.
J. Rial - 1926.

Idolos.—Drama en dos actos.

La dicha que se vá...—Comedia en dos actos y un prólogo.

Colombina, Arlequín y Compañía.—Monólogo en medio
acto.

La Ley de los hombres.—Comedia en dos actos.

Dedico este primer tomo de Tea-
tro, en humilde homenaje, a la me-
moria de D. Benito Pérez Gal-
dós, el más grande de los No-
velistas españoles del Siglo XIX.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

PUBLICADAS

Las dos Marías.—Novela. (Agotada).

Teatro-(Tomo I)

Idolos.—Drama en dos actos.

La dicha que se vá...—Comedia en dos actos y un prólogo.

Colombina, Arlequín y Compañía.—Monólogo en medio acto.

La Ley de los hombres.—Comedia en dos actos.

PROXIMA A PUBLICARSE

El crimen inútil.—Novela.

EN PREPARACION

Teatro-(Tomo II).

La obra.—Drama en tres actos.

La Muñeca.—Fin de fiesta en un acto.

Aislados.—Drama en dos actos.

Humor.—Cuentos.

El libro de la Mentira.—Ensayo.

En la obscuridad...—Cuentos.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO

QUE MARCA LA LEY DE DE

Idolos

Drama en dos actos

Estrenado en el Teatro-«Circo Cuyás»,
en Las Palmas de Gran Canaria,
la noche del 17 de Diciembre de 1924.

A Francisco A. de Villagómez y Teresa Molgoso, los
artistas comprensivos que
hicieron triunfar mi obra.

El Autor,

PERSONAJES

REPARTO

	<u>EN EL ACTO I</u>	<u>EN EL ACTO II</u>	
Teresa	14 años	24 años	Sra. Molgoso.
Lola	10 »	20 »	» Soto.
La Chacha	50 »	60 »	» Plana.
Juana		18 »	Srta. Lagos.
La Madre			N. N.
El niño			N. N.
Juan	28 »	38 »	Sr. Villagómez
Enrique	26 »	36 »	» Salado.
Pedro	24 »	34 »	» Baralt.
D. Manuel	50 »	60 »	» Galeano.
D. Luciano	48 »	58 »	» Galán.
D. Ramón		67 »	» Navarrete.

La acción en San Fernando, Ciudad de tradiciones marítimas, de apariencia alegre y alma triste. Época actual.

ACTO PRIMERO

Sala entre salón y despacho, en tonos severos. Gran puerta y dos ventanas de jambas cuadradas al foro, que dan á un pasillo sombrío. Otra puerta con cortinaje en segundo término izquierda, y á la derecha, *cierro* de cristales (balcón), también con cortinas de tonos oscuros.

En los rincones armaduras japonesas, panoplias con sables y hachas de abordaje, pistolas antiguas, y armas malas. A la izquierda consola con una Virgen de talla y dos floreros de conchas en sus fanales. Entre la puerta y las ventanas del foro, dos cuadros al óleo representando un Cardenal y un marino de Trafalgar, sobre estantes viejos embujados de papeles y de libros.

A un lado, de modo que no estorbe, una mesa camilla con tapete, timbre y un gran sillón. Ante el *cierro*, mesa cuadrada con escribanía, papeles etc. A uno y otro lado del *cierro*, grandes mapas amarillentos. Sillas.

A todo foro, galería de cristales, que vierte una luz suave en la obscuridad del pasillo.

ESCENA PRIMERA

Enrique y La Chacha

ENRIQUE (*Entrando por la izquierda...*) El plano de Trafalgar; el mapa del Callao; las armaduras; la Virgen en su fanal y los floreros

de conchas...Polvo de siglos flota sobre todo esto.

LA CHACHA (*Pasando vivamente un dedo sobre la consola...*) ¿Polvo?... No lo hallarás.

ENRIQUE Ese polvo no lo puedes tú quitar, porque estás hecha de él.

LA CHACHA ¡...Ah ...! Pulvis eris, et pulvis serás... como dice D. Pedro, el Señor Cura...

ENRIQUE Mi hermano Pedro, como mi tío Pedro...

LA CHACHA El señor Magistral.

ENRIQUE Y el otro D. Pedro... (*Contemplando el retrato del Cardenal.*)

LA CHACHA Su Eminencia.

ENRIQUE ¡Que obsesión lo de ese nombre!... Como los otros... Mi bisabuelo Juan el del Trafalgar; mi abuelo el del Callao; mi padre en Cavite... Siempre ha de unir su nombre mi familia á las desdichas de la Marina española... Mi hermano es Juan también...

LA CHACHA Por Dios...

ENRIQUE Pero... ¿es posible?... ¿Ves? .. Me desconozco, Chacha. Iba á creer en la predestinación yo... Es el ambiente no hay duda... Se ahoga uno aquí entre cenizas y recuerdos... Esto es un panteón.

LA CHACHA El señor no se movía de aquí... Y como era así, ya sabes, tan raro, que no quería que se abrieran las ventanas ni que entrase aire... Pues claro, tanto tiempo de enfermedad... Hay aquí una peste á medicinas....

- ENRIQUE Si, se ahoga uno aquí... Abre el cierro.
- LA CHACHA (*Como asombrada*).—¿Qué?
- ENRIQUE Que abras el cierro, ¿no te parece?... *Contemplándola*.—¿Qué te pasa?
- LA CHACHA En veinticuatro años que estoy en esta casa, nunca lo ví abierto.
- ENRIQUE ¡Ah!... Pues alguna vez ha de ser. Abre. Que entre la luz y el Sol, la alegría de la calle... Hay que airear esto.
- LA CHACHA Pero Enrique, no está bien... aún no han pasado diez días de la desgracia.
- ENRIQUE ¿Diez días...? abre.
- LA CHACHA (*Descorriendo la cortina y abriendo la portezuela de uno de los lados del cierro*).—
—¿Está bien así?
- ENRIQUE Muy bien. Ahora se respira mejor. Mira, mira que alegría de luz... (*Contemplando cada cosa con detenimiento*).—Y que viejecito está todo... Las armaduras han perdido los dorados; los cuadros patinosos; los mapas amarillos... Y la Virgen..
- LA CHACHA No me toques a mi Virgen.
- ENRIQUE Descuida, no te la toco. Sí acaso retocarla un poquito, nada más que un poquito... ¿Ves?... Este brazo, por ejemplo...
- LA CHACHA Déjala. Yo la quiero como es. Ya sé que eres un artista, y que haces figuras muy bonitas allá en París de Francia, pero a mí Virgen no me la toques; yo la quiero así.
- ENRIQUE Como ha sido siempre, ¿no es eso?

LA CHACHA Como ha sido siempre... aquí no variamos.

ENRIQUE ¿Cómo? ¿reproches tú, mi buena Chacha? ¿Tú?... mi encubridora, mi cómplice, mi segunda madre complaciente y buena?

LA CHACHA Nó, yo nó... Dios me libre. Tu sabes que yo... Cuando el señor, que santa Gloria goce...

ENRIQUE ¡No te aflijas! Si lo sé... si fuiste tú, y nadie más que tú, la que me defendió. Si hiciste frente hasta a mi padre, con esa recia mansedumbre que es tú fuerza. ¿Y cuando quisiste darme tus ahorros para que partiera?... ¿Tú crees que esas cosas podía yo olvidarlas nunca?..

LA CHACHA Yo...

ENRIQUE Oyeme Chacha: entre esas figuras bonitas que dices tu que hago en París, hay una, una no muy grande, así... que yo he titulado «Bondad», y eres tú, Chacha, eres tú que, después de mi madre, has sido para mí todo lo bueno de este mundo.

LA CHACHA Enrique... ¡si el señor te oyera...! Si yo se lo decía muchas veces: él es bueno, bueno, como la difunta que está en Gloria... Tan bueno y tan alegre como ella... Y el señor siempre: tan soñador, tan romántico como ella... Ya sabes su manía: todos eran soñadores y románticos, cuando no eran descreídos... los descreídos, sobre todo, lo ponían furioso.

- ENRIQUE Si, eran sus manías; los descreídos y los ingleses, por ingleses y por descreídos... No perdonaba lo de Trafalgar.
- LA CHACHA ¿Y lo de Cavite?... No digas, Enrique, aquello de venir con barcos de hierro a pelear con los de madera...
- ENRIQUE La Chacha haciendo historia... Pero, ¿no son mis hermanos aquellos? (*Por el cierre*).
- LA CHACHA Justo, ellos son; el Señorito Juan y el Señor Cura. (*Vá a correr las cortinas del cierre*).
- ENRIQUE Vamos... (*Deteniéndose*). Deja abierto, Chacha, ¿porqué cierras?
- LA CHACHA (*Obedeciendo*). No sé si a los señoritos les gustará...
(*Timbre. Salen por el foro.*)

ESCENA SEGUNDA

Dichos, Pedro y Juan

Queda, durante unos minutos, la escena sola. Se oye el rumor de sus voces, y aparecen los tres hermanos por el pasillo del foro. Enrique al centro, llevando a los otros del brazo, y La Chacha detrás.

- ENRIQUE Lo dicho, Pedro, un gran tipo, y muy en caracter. Si te dejaras la barba, una gran figura de Arúspice o de Sacrificador. Tienes las manos fuertes, y podrías inmolar la víctima ritual.
- PEDRO (*De Sacerdote*).—Nuestra religión es de Paz.

- ENRIQUE ¿Y tú?... Desmejorado te encuentro, pero un gran tipo en tu género también. Sobre el puente de un acorazado casa bien un sabio, un matemático, una inteligencia dirigiendo la fuerza.....
- PEDRO (*A La Chacha*).—¿Como has dejado descorrida esa cortina?
- LA CHACHA No fui yo, fué Enrique el que.....
- PEDRO ¿Qué Enrique?
- LA CHACHA El *Señorito Enrique*.
- ENRIQUE Sí, se lo dije yo. Hacía mal olor, el aire estaba demasiado cargado.
- PEDRO ...Tu no recordarás que aquí no es costumbre abrir las ventanas hasta un mes después.....
- ENRIQUE Nó, no lo había olvidado; pero después de tanto tiempo, creí que esas rancias costumbres se habrían reformado. Es tan poco higiénico eso.....
- PEDRO Será poco higiénico, pero es la costumbre.
- ENRIQUE Como tú quieras; se corren las cortinas... Discusiones contigo nó; vengo ansioso de paz. Eres un terrible polemista, y yo discuto hasta la existencia de Dios.
- JUAN ¡Enrique!....
- ENRIQUE Era un ejemplo, no vayas a creer...
- PEDRO No podemos creerlo ni aun dudarle, te conocemos. Aturdido, alegre, lo fuiste siempre; malvado nunca.
- ENRIQUE ¿Y que tiene que ver...?

LA CHACHA (*Que silenciosamente ha corrido las cortinas*).—¿Mandaban algo?

JUAN Nó, puedes retirarte. (Se vá)

ENRIQUE Y contadme, contadme del pobre Papá. La Chacha me dijo que hacía seis meses....

PEDRO Era un cadáver. Su gran espíritu se mantenía en él, pero la carne estaba muerta. Por último le atacó la parálisis a la lengua, y era horrible, en su carácter, acostumbrado a hacerse obedecer con un gesto o una palabra, tener que repetir cien veces el mismo sonido, que no podíamos comprender.

JUAN Horrible..... Su muerte ha sido un descanso. Eso de sentirse anticipadamente muerto..... Ser como una criatura sin voluntad, sin movimiento.....

ENRIQUE ¡En su genio!.... No sé como no se pegó un tiro.

PEDRO (*Como escandalizado*). — Enrique, por Dios... Papá, tan creyente....

JUAN (*Sencillamente*).—Lo hubiera hecho, pero no podía.

PEDRO Juan, ¿tú también?....

JUAN ¿A qué ocultar a Enrique ese tremendo dolor?... Oye: hubo una vez que, a costa de esfuerzos incomprensibles en su estado.....

PEDRO Pero....

JUAN Es nuestro hermano y tiene derecho a saberlo... Papá pudo alcanzar una de las ha-

chas de esa panoplia, y con su mano trémula se asestó en la cabeza tres o cuatro golpes, que le produjeron unas heridas de escasa importancia.

PEDRO Nada, ¿sabes?...

ENRIQUE ¡Es tremendo!

JUAN La Chacha se lo encontró bañado en sangre, y queriendo, todavía, ahondar las heridas, con una obstinación...

PEDRO Y gracias a que tuvo la suficiente serenidad para no llamar a nadie, curarlo y vendarlo ella misma, y engañar al médico....

ENRIQUE ¿Pero?...

PEDRO Nada, no se supo nada. Nadie ha podido saber que aquel hombre tan religioso tuvo un momento de debilidad.

JUAN Recibió la muerte cara a cara, serenamente, casi alegre.

ENRIQUE Lo creo.

JUAN Nunca la tuvo miedo.

ENRIQUE Claro, en su situación, era un descanso....

PEDRO Si... No puedes calcularte los detalles de aquella agonía de seis meses... Había que acostarlo, que levantarlo, que lavarlo, vestirlo y desnudarlo; tal que un niño...

ENRIQUE El pobre Papá...

PEDRO Y luego aquella monotonía de su grito constante, que no cesaba en todo el día... Es este silencio, *esta tranquilidad*, la que nos dá más claramente la sensación de su falta.

JUAN No hace más que diez días y parece un año.

ENRIQUE Yo no pude venir, ya os dije... no estaba en París, y tuvieron que reespedir el telegrama a Roma. Luego no encontré vapor en Génova, y por mucha prisa que quise darme...

JUAN Sí, ya lo sabemos... recibimos tu telegrama. No pudiste asistir ni a la misa, y lo hemos sentido mucho.

PEDRO Tu ausencia fué muy notada; ya sabes, la gente... Como Papá y tu no os escribáis desde hacía tanto tiempo...

ENRIQUE No me escribía él; vosotros sabéis que yo no dejé jamás de hacerlo. Todos mis éxitos los compartí con vosotros, con él; y antes que en lo que la crítica pudiera decir, pensaba yo en lo que diría el buen viejo obstinado en sus ideas, encastillado en sus absurdos prejuicios...

JUAN *(Suave)*.—Hermano...

PEDRO *(Fuerte)*.—¡Enrique!

ENRIQUE ¿Porqué ese empeño en hacer de mí un marino? ¿en trazarme el porvenir según sus cálculos y no según mis actitudes? Yo no habría podido serlo jamás. Me mareo. Me falta el don de mando y la voluntad de la obediencia. No tengo resolución, energía, audacia...

PEDRO Bien la tuviste entonces para marchar sin rumbo,

- ENRIQUE Sin rumbo nó. Yo tenía una fé ciega en mi destino. Sentía en el alma el fuego de la inspiración, que se transmitía a las manos al trabajar la arcilla. Tu dirás, Juan, si con esa fé y ese fuego se puede navegar por la vida.
- JUAN Buenos auxiliares son. No caminabas sin rumbo, nó. La fé, Pedro, es buen compás.
- PEDRO Según la fé, no confundamos.
- ENRIQUE No discutamos, no quiero discutir contigo, Pedro... Yo, con todas mis locuras, no he dejado de pensar en vosotros, y, como os decía, más que en la crítica, más que en la Gloria, pensaba en lo que diría Papá, en lo que pensaría de mí, y en si estaba orgulloso de mis éxitos.
- PEDRO (*Conmovido*).—Hermano...
- JUAN Eres de buena raza y no la desmientes.
- ENRIQUE No creais; no era en esto una excepción ni mucho menos. Todos los que impulsados por el Arte se emancipan del rincón natal, dedican a él mentalmente sus obras más caras: estos a una novia que espera; aquellos a una madre que reza y llora; otros, como yo, a un padre que se mantuvo inexorable...
- Y las cartas de los seres queridos, que muestran con su enternecimiento las grietas abiertas en la rutina familiar, son nuestros mejores éxitos.

PEDRO Vanidad...

ENRIQUE Vanidad, no; legítímo orgullo. Es un hermoso triunfo el haber sabido escojer, entre tantos caminos errados, el único verdadero.

Pensad... Llegamos de todas las tierras y por todos los caminos... No nos estorban diferencias de lenguaje ni de posición,.. ¿Comprendeis lo que representa triunfar en ese concurso universal?

JUAN Entonces, un gran nombre, una gran fortuna, ¿no ayudan?

ENRIQUE La fortuna, sí, quita algunas preocupaciones; pero en cuanto al nombre, desde nuestro punto de vista, es tan indiferente... *Suena un tímbre que interrumpe el diálogo de los tres hermanos, y tras la vidriera de la galería pasan, bien perceptibles, una mujer con velo, dos niñas, un militar y un sacerdote. Pausa.*

PEDRO ¿Quién será a estas horas?

ESCENA TERCERA

Dichos y La Chacha

LA CHACHA (*Desde la puerta de la izquierda*).—Vienen a buscar al señorito Pedro y al señorito Juan.

PEDRO ¿A mí?

JUAN ¿A nosotros?

LA CHACHA Sí; les he dicho que estaban ustedes con

el señorito Enrique, y me han contestado que tienen que verlos forzosamente, que los dispensaran, pero que era muy urgente.

JUAN ¿Dónde están esos señores?

LA CHACHA La señora y las niñas de Fuentes han quedado en el salón. Don Luciano y don Manuel me han pedido que los pase aquí.

ENRIQUE (*Levantándose y marchando por el foro*).
—Yo esperaré en mi cuarto.

JUAN Sí, es mejor; no sé que pueda ser... Diles que pasen. (*A La Chacha*).

ESCENA CUARTA

Dichos, menos Enrique, D. Manuel y D. Luciano

LA CHACHA (*Desde la puerta de la izquierda*). Aquí están estos señores. (*Se vá*).

PEDRO Pasen, pasen...

D. LUCIANO (*De uniforme de Comandante de Infantería de Marina*). Juan, un ineludible deber...

D. MANUEL (*En traje talar*). Pedro, hijo mío, un caso de conciencia...

JUAN ¿Cuando han necesitado ustedes disculparse para venir a esta casa?

D. MANUEL Se trata de un asunto tan difícil, tan espionoso... Por más que le busco el aspecto menos molesto, menos... no se lo hallo, y al fin...

D. LUCIANO Vaya derecho al bulto Padre. Los malos pasos pasarlos pronto.

D. MANUEL No puedo. Tengo deseos de acabar, y miedo de empezar.

PEDRO Nos pone V. en cuidado, don Manuel. Para que V. vacile...

D. LUCIANO ¿Vé V. Padre, vé V?... Pecho al agua. Se trata de Fuentes.

JUAN ¿Y que le sucede?

D. MANUEL Que ha cometido una locura... Arrastrado por el demonio del juego...

JUAN Fuentes ha sido el hombre de confianza de mi padre. Es un oficial pundonoroso, trabajador, inteligente... Si algo podemos hacer por él, cuente con nosotros.

D. MANUEL Bien, hijo mío, muy bien. Me quitas un peso... Doy gracias á Dios por verte tan bien dispuesto...

D. LUCIANO Humm... No se felicite tan pronto, Padre. El asunto no es tan fácil de arreglar como V. se figura.

PEDRO ¿Tan grande es la cantidad?

D. MANUEL Tres mil duros.

JUAN No es tan imposible, aunque no está á nuestro alcance en este momento. Enrique podrá, seguramente, ayudarnos.

D. LUCIANO La cantidad es lo de menos.

PEDRO Pues entonces...

D. LUCIANO Mire, Padre, lo mejor es hablar claro de una vez: Al vado ó á la puente. Déjeme V. á mí.

D. MANUEL Mejor será. Yo no puedo, es que no puedo...

D. LUCIANO Se trata de un asunto que no tiene más que una compostura: Fuentes ha tomado ese dinero de la caja de los repatriados. La llave, por la confianza de tu padre en él, estaba en su poder. Ha llegado el nuevo Intendente antes de que Fuentes pudiera reponer, acudiendo á los amigos. Es un hombre severísimo; lo ha descubierto todo, y ha mandado formar expediente. La llave la tenía tu padre. Allí no podía tocar nadie más que él, ó Fuentes, por su orden. El caso es claro: ó ha sido él ó ha sido tu padre.

JUAN ¡Mi padre!
 PEDRO ¡D. Leoncio! *(A un tiempo)*

D. MANUEL Calmarse, por Dios... nadie puede sospechar, ni remotamente, de vuestro padre. Es una simple suposición.

JUAN Pero es que esa suposición es ya una ofensa.

D. LUCIANO ¿Vé V. Padre; no le decía yo?...

D. MANUEL ¡Por Dios!... Si V. también...

D. LUCIANO Nó, eso nó. He venido dispuesto a ayudarle, y aunque sabía que era inútil, llegaré hasta el fin. Nadie sospecha de tu padre, muchacho; todo el mundo sabe que hacía seis meses que no estaba el pobre para nada. Pero Fuentes tiene mujer y dos hijas, y si lo condenan se pega un tiro...

PEDRO Es decir, que para salvar al señor Fuen-

- tes, hemos de dejar acusar de ese robo a nuestro Padre. ¿No es eso?
- JUAN ¡Imposible!
- D. LEONCIO Muy dura has presentado la cosa.
- D. MANUEL Muy dura, hijo, muy dura.
- PEDRO Como es.
- D. MANUEL Es, es... pero no es muy cristiano lo que has hecho, Pedro. No hubiera estorbado un poco de Caridad... Tres horas hace que estoy dándole vueltas al magín, buscando el modo más suave de decirlo, y no daba con él, Señor, no daba con él.
- PEDRO Cómo que no lo hay. Y por mi parte, no consentiré jamás. La memoria de mi padre es sagrada.
- JUAN Tú lo has dicho, Pedro, sagrada; y mientras yo viva...
- D. MANUEL ¡Por la Virgen Santísima!, no me cerreis el camino a la esperanza... Pensad en esa infeliz señora y en esas niñas, que no tienen culpa...
- JUAN ¿Es, acaso, culpable nuestro padre?
- D. MANUEL Vuestro padre, hijos míos, está en el Cielo, y no le alcanzan ya las miserias de la Tierra.
- JUAN Pero su nombre, que él conservó limpio de toda mancha, no vamos a consentir que lo deshonren después de muerto.
- D. LUCIANG ¡Bien, muchacho, bien.! Si ya se lo decía yo al Padre... Pero es una cosa endiablada. Esa pobre familia... Con la miseria

de la pensión, que no les alcanzará ni para pagar la casa... En fin: ¿es cosa decidida?

D. MANUEL ¿No podríamos encontrar una fórmula, algo, que nos permitiera ganar tiempo?

JUAN Con nosotros pueden contar para todo, y en nuestro nombre, y en el de nuestro hermano...

D. MANUEL A propósito: ¿no les parece que él, que ha visto tanto mundo, podría hallar?... Una idea, Señor, una idea que nos salve a todos...

JUAN No veo la necesidad, pero...

PEDRO ¿Para qué?

D. MANUEL Llámelo, llámelo; tal vez sea inspiración.

D. LUCIANO Pues no la malogremos. Llamen, llamen a ese calavera.

JUAN (*Pulsando un timbre. A la Chacha, que aparece en la puerta de la izquierda.*) Al señorito Enrique, que haga el favor de venir.

D. LUCIANO ¿Y que tal, que tal, como ha vuelto?

PEDRO Siempre el mismo. Con sus ideas reñidas con todo lo admitido, y satisfecho de sus éxitos.

JUAN Fuerte, muy fuerte, y muy alegre.

D. LUCIANO Siempre lo fué. Ese diablo de muchacho nos chiflaba a todos. Y salir a última hora con la gaita del Arte... Habría sido un marino...

ESCENA QUINTA

Dichos y Enrique

ENRIQUE (*Corriendo a abrazarlo*).—Pues si es don Luciano...

D. LUCIANO Aprieta, chico, aprieta... Muy bien. Estás hecho un buen mozo. Y ya hemos visto que sí, que servías para lo tuyo, Pero no importa. Hubieras hecho un marino...

D. MANUEL Aunque no te acordarás de mí...

ENRIQUE Ya lo creo, D. Manuel... ¿Sigue V. tan invencible en el tresillo?

D. MANUEL Aún, aún... y eso que después de esto... Voto hago, y bien sabe Dios que es sacrificio, que si esto se arregla, no vuelvo á cojer carta en las manos. Nefando vicio, hijo mío, nefando vicio.

ENRIQUE ¡Bah!... a céntimo, como V. lo jugaba con papá...

D. MANUEL Por ahí se empieza y se llega a lo más terrible... al tristísimo suceso que nos ha hecho venir hoy a esta casa.

ENRIQUE ¿Pues, qué sucede?

D. MANUEL Una desgracia, una verdadera desgracia.

JUAN Fuentes, ¿sabes?, el Secretario de Intendencia...

ENRIQUE ¿Qué?

PEDRO Que ha tomado dinero de la caja de los repatriados, y...

D. LUCIANO El juego, que... se emborrachó...

ENRIQUE Pero eso no es tan terrible. No hay más que reponer, y la suma no será tan grande.

D. MANUEL Tres mil duros, hijo mío, tres mil duros.

ENRIQUE ¿Y habeis querido consultarme?.. Para eso no hacía falta. Verdad que... nuestro capital está en fincas, ¿no?... Pero yo puedo anticipar... No soy tan loco, don Luciano, ¿V. que se cree?... Tengo economías.

D. LUCIANO No se trata de eso yá.

ENRIQUE ¿Cómo?

D. LUCIANO El desfalco ha sido descubierto. El expediente está en tramitación, y el dinero no sirve para nada. Fuentes quiso esperar, buscar la revancha, desquitarse... No pudo, y...

PEDRO Se trata de buscar el medio de salvarlo.

D. MANUEL Y habia yo pensado... un disparate, hijo, pero, ¿qué quieres?, en mi afán de salvar a ese pobre y a su familia... Ya ves: mujer y dos muchachas, casi dos niñas...

ENRIQUE ¿Qué? Sea lo que sea; cuando usted viene a proponerlo...

D. LUCIANO Una diablura. Una cosa que no se le ocurre más que a este santo varón.

PEDRO Decir que ha sido nuestro padre el que...

ENRIQUE (*Sencillamente*).—¿Y por qué nó?

- PEDRO ¡Enrique!
- JUAN ¿Que has dicho?
- ENRIQUE No os exalteis. ¿No hay otra solución?
¿Lo habeis pensado bien?
- D. MANUEL Nada; no encontramos nada.
- ENRIQUE ¿Entonces, es forzoso, no hay otro remedio?
- JUAN Pero es que no podemos permitir...
- ENRIQUE Veamos, Juan, veamos, ten calma. Se trata de la vida de un hombre y del porvenir de tres mujeres.
- D. MANUEL De un padre de familia amantísimo, a pesar de ese maldito vicio.
- PEDRO Y de la honra de nuestro padre.
- ENRIQUE Todo habrá que pensarlo y que medirlo. El caso es claro: hay que elegir entre un muerto y un vivo.
- JUAN Que es el único culpable.
- ENRIQUE Eso no añade ni quita: entre un muerto y un vivo; o mejor, entre el fantasma del honor, sin existencia real, de un muerto, y el honor real de un vivo, que tiene su valor, en pan y en dicha, para esa pobre señora y esas niñas.
- D. MANUEL ¡Eso! ¡eso.!
- PEDRO No es eso, permita V. Don Manuel, no es eso. Ese muerto tiene para nosotros el prestigio de su nombre, que llevamos con orgullo.
- D. MANUEL Mal consejero es el orgullo.
- JUAN Fué un marino perfecto; un hombre intachable.

- ENRIQUE Tienes razón, así fué. Y esta certeza nadie en el mundo puede arrebatárnosla a nosotros, que somos sus hijos. Si una calumnia viniera a manchar la fama de nuestro padre, ¿no la seguiriais creyendo límpia?
- JUAN ¿Y lo preguntas?...
- ENRIQUE Pues este es el caso y no otro.
- PEDRO ¿Pero, ¿y los demás?
- ENRIQUE ¿Que nos importan los demás?
- PEDRO Mucho. Hay que vivir con el mundo
- ENRIQUE ¿Y lo dices tú, que te has apartado de él?... Mirad, hermanos, nunca pensé poner más alto el nombre de nuestro padre que en este instante, en que veo que su muerte puede salvar cuatro vidas.
- ¿Que será ya?... Pensad esto. Lo que queda de él es miseria y podredumbre ahora, y polvo después... Y pensar que eso puede, todavía, hacer tal beneficio...
- JUAN Pero el honor vive.
- ENRIQUE El honor... ¿que entiendes tú por el honor?... No hagamos frases. Tu honor es el tuyo propio, el que tu demuestres y sostengas, no el que heredes.
- PEDRO Bien. No hablemos de nosotros, ni de lo que representa para nosotros ese honor que tu desdeñas... Pero es que nuestro padre, por estar muerto, ¿es menos respetable? ¿Que es el culto de las imágenes, sino el recuerdo piadoso de los vi-

vos a los muertos, las honras tributa das a los que fueron?... Los muertos tienen sus derechos y su honor también. Y a este honor se debe sacrificar, como entre los vivos, vida y hacienda.

ENRIQUE Propias, pero no ajenas.

PEDRO Esa vida se ha sacrificado ella misma, por su propia culpa, no la sacrificamos nosotros.

ENRIQUE Sí, la sacrificáis, puesto no la salváis pudiendo hacerlo. Y dejar de hacer en este caso, es matar.

D. LUCIANO Vamos, vamos, no hay que exagerar. Ni tanto ni tan calvo, ¡caramba!

ENRIQUE Sí, sí... sacrificáis á esa madre, á esa esposa, que es todo Amor para su marido, tú Militar y Caballero. Y tú, Sacerdote, condenas á la muerte y á las penas eternas á un hombre, que quizás podría salvarse y arrepentirse. Y á esas dos niñas, que empiezan la vida, las abandonáis á la miseria, y, tal vez, al vicio.

JUAN Mientras yo viva, nó.

ENRIQUE Eso sería, ó limosna, ó deshonor.

PEDRO Ni una cosa ni otra. Nada puede impedir que protejas á esas niñas. Y no siendo un villano...

ENRIQUE ¿Y cuando sean mujeres?

JUAN Entonces aún mejor; porque mi protección estará más justificada.

ENRIQUE ¿Te casarás con una de ellas?... Y, ¿cómo

podrías tú, que eres hombre de honor, casarte con la hija de un hombre deshonrado?

JUAN Mi nombre cubriría el suyo.

ENRIQUE Pues eso es lo que hace falta, pero ahora, no después. Tienes un nombre que exponer por salvar el suyo, hazlo.

JUAN No es el mío, es el de mi padre.

ENRIQUE Papá murió, no remuevas sus huesos. Es ya menos que nada. No pretendas sacrificar á ese ídolo sin existencia una víctima, porque esos ídolos, cuando han probado la sangre, son insaciables... Obremos en nombre de la Vida, hermanos, que es lo único que tiene realidad... La vida que se pierde no se recobra jamás. No dejemos perder esta.

PEDRO Exiges lo que no podemos dar, porque no es nuestro.

D. MANUEL Un poco de Caridad... Por esas pobres niñas...

JUAN No puede ser, nó, ¡nunca!

ENRIQUE Que no oigas esa palabra, hermano, cuando se encuentre tu propia vida en riesgo... Venga V., Don Manuel, venga V. Quiero, ya que no he podido lograr el perdón, no cargar, al menos, con la culpa. Acompañemos a esa desgraciada familia.

(Salen por la izquierda).

ESCENA ULTIMA

Dichos, menos Enrique

PEDRO *(Después de una pausa)...* Es absurdo.

D. LUCIANO Si no puede ser...

JUAN Es loco, loco; pero tiene un corazón!...
(Todos callan. Se oyen pasos, y por las vidrieras de la galería cruzan, lentamente, una mujer enlutada conducida por Enrique, y de la mano de Don Manuel, dos niñas).

TELÓN LENTO

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma habitación del acto primero, sobre la que apenas se han posado unas manos de mujer.

La mesa de escritorio no está ya ante el *cierro*, interceptando la luz, sino en el rincón de la derecha. Al centro, mesa volante de juego. El *cierro* tiene visillos blancos. En la galería grandes macetones con plantas. Es la tarde.

ESCENA PRIMERA

Don Ramón, Don Manuel, Don Luciano, Juan.

D. MANUEL (*Contando las fichas*). Cuarenta, cincuenta, cincuenta y cinco, y veinticinco, ochenta, usted Don Luciano. Y usted Don Ramón, ciento veinticinco, que con las cien de Juan suman trescientas cinco; y quitando el diez para los pobres, dan, dan...

D. LUCIANO Dan para un manteo en lo que va de mes.

D. RAMÓN Vá un buen mesecito, vá...

D. MANUEL Ha sido movidito, sí... La caja de los pobres tiene siete pesetas y unos cuartos.

D. RAMÓN Que son setenta y tantas pesetas para V., sinó miente Pitágoras,

- D. MANUEL Hombre, nó, que V., Don Ramón, también el viernes...
- D. LUCIANO No me lo recuerde. Treinta y dos pesetitas me costó, Que D. Ramón, y que manera de acaparar estuches.
- D. RAMÓN ¿Y que dice «La Correspondencia?»
- D. LUCIANO Un suceso de esos que ponen los pelos de punta. Uno de esos crímenes que nos hacen reconciliarnos con Darwin.
- D. MANUEL Hombre, D. Luciano...
- D. LUCIANO Un marido que ha matado á su mujer con tales refinamientos de crueldad, que debe descender no del mono, del tigre...
Cuando leo estas cosas es cuando me felicito por no haberme casado. Siempre ese problema del casamiento se me presentó obscuro. Y he cavilado tanto sobre él, que acabé por no casarme.
- D. RAMÓN Descargos de solterón.
- D. LUCIANO No son descargos, nó; seriamente, creo que habria sido un marido perfecto. Pero eso del Amor de la esposa me parece tan complicado...
- D. RAMÓN Cuando no existe el Amor, queda el Deber. El Amor no es más que una pasagera ofuscación de los sentidos.
- D. LUCIANO Eso sí que nó... No se debe ir al matrimonio más que por Amor. Casarse por deber expone, como una consecuencia inevitable, a que una vez cumplido ese deber, juzgue la mujer que todos los goces del

matrimonio son también deberes. Y eso es tremendo.

JUAN *(Maquinalmente)*.—Tremendo...

D. RAMÓN ¿Comparte V. la opinión de Don Luciano?

JUAN *(Con un esfuerzo, y como si estuviera pensando en otra cosa)*.—No sé... No he pensado detenidamente sobre ello... pero dicho así, impresiona.

D. LUCIANO Consecuencias de esos casamientos por deber, son estos crímenes.

D. RAMÓN ¿Era culpable?

D. LUCIANO Por lo que deja entender el periodista, que no es poco, sí.

D. RAMÓN Entonces, bien muerta está.

D. MANUEL *(Que ha estado guardando las fichas y las cartas, y haciendo metódicamente un cigarro)*.—No diga V. eso. Nadie debe hacerse justicia por su mano. Y si existen hombres tan desdichados que no comprenden el placer de perdonar, debemos compadecerlos.

JUAN Las manchas del honor solo se lavan con sangre.

D. MANUEL Que es aumentar la mancha hasta hacerla imborrable.

D. LUCIANO Realmente, hasta aquí, sólo el horror del castigo hace olvidar el ridículo de la falta.

D. MANUEL Mal sistema es evitar que se rían haciendo llorar... y lo friste es que no remedia nada. En cambio, el perdón...

- JUAN El perdón ha sido siempre el alentador de todos los delincuentes. Si la Justicia perdonara los delitos no sería justicia, sino debilidad.
- D. MANUEL Es que hay casos...
- D. RAMÓN En mi larga vida judicial, no he encontrado un solo caso que no estuviera previsto y condenado por la Ley. Y la Ley no es más que la experiencia de los pueblos, compendiada por sus gobernantes y sus hombres más sabios.
(En un reloj vecino, dan las siete).
- D. LUCIANO Las siete. ¿Nos vamos?...
- D. MANUEL Vámonos. Tengo que cenar y la novena es a las ocho.
- D. LUCIANO Lo acompaño. En la fonda no tienen prisa, y un paseo me vendrá bien.
- D. MANUEL ¿Vamos, Don Ramón?
- D. RAMÓN Cuando Vdes. gusten. Adiós Don Juan, hasta mañana.
- JUAN Los despediré.
- D. MANUEL No te molestes.
- JUAN No es molestia; tengo que dar unas órdenes...
- D. LUCIANO Pues vamos.
(Se van por el foro).

ESCENA SEGUNDA

Durante unos segundos queda la escena sola. La tarde ha ido avanzando. Por la puerta de la izquierda entra Teresa con un quinqué encendido, lo coloca sobre la mesa de juego, y se pone a escribir en un cuaderno. A poco, Juana.

- TERESA Ya está; justo... Juana.
- JUANA (*Entrando por la izquierda*)... ¿Llamaba V. señorita?
- TERESA Sí; ¿trajeron el vestido?
- JUANA Ahí está, y tal como la señorita lo pidió. De hábito parece por lo serio. No sé cómo le gustan a la señorita esos trajes. Con las modas que están viniendo ahora, que dá gusto vestirse, cuando se tiene gusto y dinero.
- TERESA ¿Te dieron la cuenta?
- JUANA Aquí la tiene V. No se quejará de Manuela. Más arreglá no ha podio estar.
- TERESA Dame. Cuando venga la aprendiz esta tarde con el abrigo, me avisas para pagarle. Veintiseis... (*Apunta*)...
- JUANA ¡Pero señorita, V. no tiene perdón de Dios!.. Miusté que irse a goberná chiquillas, ¡y de Maestra!, pudiendo está aquí mejó que en la Gloria... Como la costura...

Bueno es er trabajá, porque lo mandó Dios y no hay más remedio, pero ese empeño de hacerse toa su ropa, y no mandá a la costurera más que lo preciso.

TERESA

Calla, calla, que me equivocas.

JUANA

Con lo retebuenísima que es usté, que la vamos a echá toos de menos, y con su cara y su cuerpo, irse a meté en un pueblo, allá donde Cristo dió las tres voces...

TERESA

Cada una tiene su vocación.

JUANA

Vocación... Si quiere usté educá chiquillos, ahí tiene usté a su sobrino, que falta le hace. Que entre toos lo estamos echando a perdé. Y luego er señorito Enrique... (*Con malicia*). Bueno, pué er señorito Enrique...

TERESA

¿Quieres dejarme en paz?

JUANA

Bueno, pue me iré. No se enfade usté, señorita. (*Timbre*). Mirando hacia la galería. Es er señorito Enrique; me voy; no me gusta estorbá.

TERESA

A mí no me estorbabas.

JUANA

Pero pueo estorbarle a e y es lo mismo... (*Transición*). Que simpático e er señorito Enrique, verdá, señorita?

TERESA

Tienes unas cosas...

ESCENA TERCERA

Dichas y Enrique

ENRIQUE

(*Entrando, por el foro*).—Gracias, Juana,

por tus buenas ausencias, gracias. A mi edad, esos piropos, se agradecen.

JUANA Pué tan viejo no e usté, señorito.

ENRIQUE Treinta y seis años, hija, ni uno menos.

JUANA (*Marchándose*).—Pues nadie lo diría.

ESCENA CUARTA

Dichos, menos Juana

ENRIQUE (*Sentándose ante la mesita*).—Y por fin... ¿es mañana?

TERESA Mañana.

ENRIQUE ¿En la góndola?

TERESA Sí, es mejor. Un coche me sale muy caro, y no hay necesidad de hacer esos gastos. Total: son diez leguas.

ENRIQUE Sí, pero diez leguas en góndola.

TERESA Las haré en dos veces. Descansaré unas horas y volveré a tomarla a las dos. Por eso salgo mañana tan temprano. Las clases se abren el lunes.

ENRIQUE No ha querido V. aceptar mi cochecito, que es tan cómodo.

TERESA No, ya se lo dije: es demasiado lujo para una Maestra de pueblo.
(*Pausa*).

ENRIQUE ¿Y el pueblo, es pequeño?

TERESA Regular: dos mil habitantes. Juzgado municipal, Médico, Ayuntamiento...

ENRIQUE ¿Y pobre, probablemente?

TERESA Como todos los pueblos; campos, viñas, pinares... La casa-escuela es muy mona.

Tiene un jardín, una huerta como un pañuelo, y dos perales. Me lo escribió la compañera que salió.

ENRIQUE

¿Sí?..

TERESA

El trabajo no será mucho; esos pueblos de campo... Por de pronto, ni piano ni bordados. Coser, leer, escribir y cuatro cuentas, y en paz.

Luego, por la Pascua, hacen muchos regalos: fruta, chacina, leña... casi se ahorra el sueldo. Y yo no me dormiré, nó... Me prepararé y haré oposiciones. No quiero morirme en ese pueblo.

ENRIQUE

Teresa, habla V. con tanta animación...

TERESA

Es el comienzo de una nueva vida.

ENRIQUE

¿Tan mala era la que llevaba V. aquí?

TERESA

Lo nuevo siempre atrae.

ENRIQUE

No es V. de esas mujeres.

TERESA

¿Porqué no? Soy como todas. Un poco más seria, más triste... Pero solo tengo veinticuatro años.

ENRIQUE

Veinticuatro años... Teresa.

TERESA

Enrique...

ENRIQUE

¿Nada la haría a V. cambiar de resolución?

TERESA

Nada.

ENRIQUE

¿Ni una buena amistad?

TERESA

La agradezco y la comparto, pero nó...

ENRIQUE

Ni...

TERESA

Ni eso que no se atreve V. a decir, y que yo he advertido hace ya mucho tiempo.

Ni eso, Enrique, que no quiero que diga, porque me parecería que era, más que afecto, limosna, y estoy harta de humillaciones.

ENRIQUE No se ofrece Amor en Caridad.

TERESA Pero hay veces que el matrimonio es Caridad de Amor, y yo no lo aceptaré así nunca. El matrimonio es contrato, y yo quiero llevar a él mi parte.

ENRIQUE Lleva V. la mejor, V. misma.

TERESA No siga V. ¿para qué?, esta conversación me es muy penosa. Hablemos de V., de su Arte, de sus proyectos.. ¿Volverá V. a París al terminar el Verano, como otros años?

ENRIQUE No sé...

TERESA ¿No enviará V. nada a la Exposición?

ENRIQUE Nada; estoy atravesando una crisis.. *(Pausa)*.

Permitame V, Teresa, deje que antes de marcharse, de verla a V. ante todos los demás, insista. Habla el amigo ahora, ¿no hay medio?

TERESA No lo hay, nó. Yo agradezco sus esfuerzos, pero no puede ser.

ENRIQUE Es que V. no sabe... Yo recuerdo ahora con horror mis años de lucha. Y cuando pienso que V...

TERESA Es diferente; yo llevo una posición.

ENRIQUE ¿A eso llama V. una posición?

TERESA ¿No lo es?... Soy Maestra, tengo una ca-

- rrera, un medio de ganarme la vida; una casa mía, sólo mía.
- ENRIQUE ¿No hay aquí una vacante en un colegio particular?
- TERESA ¿Aquí?, ¿aquí mismo? Nó, no la quiero; me la ofrecieron y no la quise.
- ENRIQUE Ah!... Oigo a Lola... voy al jardín... Si fuera V. tan buena...
- TERESA ¿Para qué?
- ENRIQUE ¿Es que me envuelve V. en el horror general que siente hacia este pueblo?
- TERESA ¿Nó; solo V... Yo no olvidaré jamás...
- ENRIQUE ¿Gratitud?
- TERESA Gratitud, no puedo dar otra cosa. Pero es tan firme y tan fuerte, que, a falta de Amor, ningún otro sentimiento...
- ENRIQUE ¡Ah!... Sí es a falta de Amor...
(*Se marcha por la izquierda*).

ESCENA QUINTA

Teresa y Lola

- LOLA (*Desde la puerta del foro, y como dando órdenes*). Nó, cuatro cubiertos, sin contar el del niño. El señorito Enrique se queda hoy á cenar. ¿Estás contenta?
- TERESA ¿Yo?
- LOLA Le decía á la Chacha. Tú ya sé que no estás contenta nunca.
- TERESA Ni contenta ni triste.
- LOLA Esa es mi desesperación Teresa. ¿porqué eres así?

- TERESA Hija, ¿que quieres que te conteste?
- LOLA (*Impetuosa*).— Que no te vas; que te quedas con nosotros; que sigues siendo mi hermana querida.
- TERESA No dejaré de serlo.
- LOLA ¿Pero te vés?
- TERESA Es preciso, ya te lo he dicho. Debo buscarme un porvenir. Tengo una carrera. Mi situación en esta casa...
- LOLA Eres mi hermana; vives con tu cuñado, conmigo, con mi hijo, que también necesita tus cuidados.
- TERESA No volvamos otra vez sobre esa cuestión. Ya convinimos...
- LOLA No convinimos nada, no quiero recordar nada. Cuando te pones seria ya no sé que decir. Soy siempre ante tí la misma chiquilla que he sido toda la vida: alegre, aturdida y mimosa, muy mimosa.
- TERESA Lola...
- LOLA ¡Si es que no puedo acostumbrarme! Mira: cuando murió la pobre mamá, lo sentí mucho, mucho, pero, si te hubieras muerto tú... ¡no quiero pensarlo!..
- TERESA No digas eso.
- LOLA Pues sí lo digo, porque es verdad. Tú has sido mi hermana y mi madre. La pobre mamá tenía hartas penas y fatigas... ¿Te acuerdas cuando vivíamos en aquella casa tan grande y tan oscura, con aquel corredor estrecho que a mí me daba tan-

to miedo, y aquellas vecindonas tan escandalosas?... Mira, cuando me acuerdo de aquella casa me vuelvo a ver tan niña, que me entran ganas de sentarme en tu falda, como entonces.

TERESA

Pero mujer...

LOLA

¿Que quieres? No lo puedo remediar. Juan tiene razón en llamarme chiquilla a todas horas. Me cuesta mucho trabajo acordarme de que soy una señora casada. Y si no fuera por tí y por la Chacha...

TERESA

No sigas. Eso me da aún más pena que cuando te pones a pedirme que no me vaya. Tienes razón; te hemos criado demasiado niña. Y, después de todo... Estás casada; tienes un marido que es un hombre de experiencia...

LOLA

Demasiada. A su lado me siento más chiquilla todavía.

TERESA

Tú sabes... yo no te lo elegí. Fué mamá, la pobre; temblaba al pensar en nuestra soledad, en nuestro abandono cuando ella muriese.

LOLA

¿Y porqué no te casaste tú?

TERESA

¿Yó?... Vamos, no digas disparates.

LOLA

Sí, tú, tú, no yo. Con dieciocho años... ¡Hermana, yo no he tenido juventud!

TERESA

¿Qué dices? ¿Estarías pesarosa, tú?...

LOLA

No... Juan es tan bueno... Pero sí, me fatiga el peso de mi responsabilidad. ¡Yo casada, yo madre!.. ¡Y en esta casa en que

todo es tan severo y tan friste, tan igual... En que sé que todos los días han de venir a jugar su partida de fresillo Don Manuel, Don Luciano y Don Ramón, y han de hablar de lo mismo; y han de horrorizarse de la juventud de ahora, como si ellos no hubieran sido jóvenes nunca...

TERESA ¡Hermana!..

LOLA Y ahora que te marchas tú... Tu fuiste la que debiste casarte con Juan, no yó; hubierais hecho tan buena pareja...

TERESA *(Con horror)*.—¡Yo!

LOLA Como lo dices. Se conoce que no lo puedes ver, aunque lo ocultas muy bien. Y él no te ha hecho nada, el pobre.

TERESA El, a mí, nada.

LOLA Entonces, ¿porqué te vas?

ESCENA SEXTA

Dichas y Juan

JUAN *(Entrando por el foro)*.—*Aunque ha figurado en la escena primera de este acto, queremos, en esta en que entra de lleno en la acción de la obra, hacer algunas observaciones:*

Es un hombre en toda la plenitud de su vivir. Con el tiempo, las ideas heredadas, han arraigado en él profundamente. La vida abordo lo ha hecho seco, imperioso; en la apariencia altivo, pero solo en la apariencia. Es un verdadero hombre de

corazón, apasionado, aunque el rígido concepto que tiene de la vida, y la educación que ha recibido, le impidan manifestarse tal cual es).

Se vá por orgullo. Por no recibir lo que juzga una limosna.

TERESA *(Aún más altiva y seca que él).*—Por eso podría ser orgullo y merecer reproche; pero es por dignidad y exige respeto.

JUAN ¿Que más respeto que consentirlo?

TERESA Soy libre; desde que murió mi madre, nadie tiene derechos sobre mí. No reconozco tutor, ni lo necesito.

LOLA Pero, por Dios!; nunca os he visto así.

JUAN Perdona; es que lastima tanto desdén, tanto despego... ¿Qué te he hecho yo?

TERESA ¿Y lo preguntas?...

JUAN Sí, quiero saberlo. Es manía, es locura, ese afán de marchar de aquí, de separarte de nosotros; de ganar tu pan, como tu dices. Y hay quien murmura ya, si aquí ese pan se te regatea; si es tan amargo para tí, que prefieres cualquier otro.

TERESA Cualquier otro no: el mío. El que yo gane con mi trabajo.

JUAN El más doloroso.

TERESA El más digno.

JUAN No hablemos de dignidad; es cuestión muy vidriosa.

TERESA ¿Porqué? Nadie, nadie con más derecho...

JUAN Sin querer ofendes ¿Es que los demás no tenemos el mismo derecho?

- LOLA Hermana, Juan... Como os poneis...
- TERESA Tienes razón. Entre nosotros estas cosas no deben tratarse.
- JUAN Ahora soy yo el que te pregunto: ¿porqué no las hemos de tratar nosotros, precisamente?
- TERESA Porque no debemos... *(Con un esfuerzo)*
Porque son, como tu dices, demasiado vidriosas, y podemos lastimarnos.
- JUAN Yo hablé en general, y tu singularizas; y ya es hora... no sé si son cavilaciones más, pero quiero saberlo claramente. Quiero que me digas, de una vez, si tengo yo alguna culpa en esa determinación absurda de marcharte.
- Nó, no contestes aún. Tu eres altiva, firme, fuerte. Vivir a mi costa te humilla, ¿no..? Pues yo te daré ocupación aquí, en mi casa, y ganarás tu pan: Yo tengo un hijo, edúcalo. Es absurdo, pero aun es más absurdo lo que piensas hacer, y al menos no darás que hablar.
- TERESA No temo lo que las gentes hablen, porque nada deshonroso pueden decir de mí.
- JUAN Ni de mí, pero no conviene dar que hablar.
- TERESA Acaso...
- JUAN ¿Qué quieres decir? ¿Acaso?... ¡Acaba!
- LOLA ¿Qué va a querer decir?, nada.
- TERESA Nada; no he querido decir nada. Déjame marchar.
- JUAN Te he hecho una proposición razonable

- que todo lo compagina, y aun no me has contestado. ¿La aceptas?
- TERESA (Con firmeza). Nó.
- LOLA Teresa...
- JUAN Me desesperas. Son ganas de dar que hablar; de seguir uno de esos ridículos impulsos modernos; uno de esos pujos de independencia y de voluntad, despreciando toda protección y toda autoridad. De vivir tu vida... ¿No es eso?
- TERESA Te equivocas. Ninguna idea moderna influye en mí, te lo aseguro. Nada más de acuerdo con tus creencias que esta decisión mía.
- JUAN Habla claro; no puedo con las medias palabras ni con las insinuaciones.
- TERESA Mejor será que esto quede así. Déjame seguir mi camino.
- LOLA Pero hermana, ¿qué trabajo te cuesta hablar...? ¿Con quien puedes hacerlo con más franqueza?... ¿Quién ha de comprender mejor tus sentimientos?
- JUAN Déjala, no la ruegues, es inútil. Los caprichos no se razonan ni se explican. Pero tenlo en cuenta y no lo olvides: nos deja y te causa ese dolor porque sí, y sin una razón, sin un motivo.
- TERESA (Impetuosamente). Eso nó; no te consiento que me prives también del cariño de mi hermana.
- JUAN ¿También? ¿De qué otra cosa te he priva-

do yo? A ver: ahora necesito, ahora exijo, que te expliques.

TERESA No me hagas remover, no me hagas recordar... Son diez años de miseria y de dolor...

JUAN ¿Y que culpa puedes achacarme a mí? Si fu padre...

TERESA No mientes a mi padre!

JUAN Nada iba a decir que lo ofendiera. Creo que puedo lamentar su imprevisión, su ligeresa...

TERESA Nó.

JUAN ¿Y porqué nó? Tocando estás las consecuencias. Lo está tu hermana, y yo mismo...

TERESA Tú...

JUAN Si, yo... Si tu padre no hubiese cometido aquella locura imperdonable...

TERESA (*Con gran violencia*). ¡Calla! No te permito que sigas. ¡Eso sí que te lo exijo yo!

LOLA ¿Y porqué Teresa, porqué?

JUAN Eso digo yo, porqué..., ¿Porqué no puedo lamentar que tu padre os dejara en la miseria, abandonadas?... ¿Por qué?...

TERESA ¡Porque fuiste tú; sí, tú, quién lo mató!

LOLA (*Corriendo a abrazarla*). ¡Hermana!

TERESA Sí, hermana, ven. Ahí tienes porque huyo de esta casa, porqué me voy...

JUAN (*Exasperado*)... ¡Pero es que mientes, es que la engañas!...

ESCENA SEPTIMA

Dichos, Juan y Pedro, por la galería

JUANA *(Desde la puerta del foro).—*Don Pedro que si puede pasar. *(Se vá).*

PEDRO Por aquí me cuelo como Pedro por su casa.
(Silenciosamente, las dos hermanas, enlazadas, se van por la izquierda).

ESCENA OCTAVA

Pedro y Juan

JUAN Pedro, llegas en buena ocasión. Dios te frajo. Un sacerdote es el mejor consejero en estos casos.

PEDRO *(Con la edad su carácter se ha completado. Lo que era firmeza se ha hecho dureza. Es un hombre que vá recto a su fin como una bala al blanco. Es Canónigo, y considerándose ya en la vía que conduce al Pontificado, se ha formado una suerte de infalibilidad. Todo lo ajusta al dogma, como si las costumbres, las leyes, y aún los sentimientos, tuvieran que someterse a él).*

Me asombras. ¿Qué ha ocurrido?

JUAN Lo que no creí que pudiera pasar... Oyelo bien: Teresa, aquí, delante de Lola, aca-

- ba de acusarme de la muerte de su padre.
- PEDRO ¿A ff?... Pero es absurdo.
- JUAN Absurdo o no, ha sucedido. Y ahora aconsejame. Yo no sé que pensar, no sé que hacer.
- PEDRO ¿Cómo?... ¿Pero es que tú...? ¿Es que puedes dudar?...
- JUAN Yo me pregunto con qué razón, con qué derecho, ha podido lanzarme esa acusación a la cara. Como ha nacido y ha crecido en ella esa idea.
- PEDRO Como crece la mala hierba en el campo. La semilla de la ingratitud...
- JUAN No hables de ingratitud. Lo que yo hice... ¿no estaba en el deber?...
- PEDRO ¿Qué deber?... Si reconoces que tu tenías el deber de ayudar a su madre, como lo hiciste, le reconoces a ella un derecho. Y no lo tiene. Lo que has dado lo diste por pura bondad de corazón, por Caridad, óyelo bien, como lo hice yo. Reconocer en ella un derecho, sería reconocer en nosotros culpa.
- JUAN ¿Y?...
- PEDRO No la tenemos. Nosotros cumplimos nuestro deber de hijos con nuestro padre.
- JUAN ¿Tú crees?...
- PEDRO Lo creo, lo afirmo, lo juraría... Nada tenemos que reprocharnos. Ningún sentimiento existe más santo, más natural, más consagrado ni respetado... Era nuestro

- padre y debíamos defender su memoria. Y no me explico que puedas dudar...
- JUAN Tú no has visto a Lola como yo... Al oír las palabras de su hermana, no pidió explicaciones, no preguntó... Se apartó de mí y corrió a refugiarse en sus brazos con un espanto!.. Tu sabes el influjo que ejerce Teresa sobre ella. Y yo me pregunto si ese influjo...
- PEDRO Eres su marido. Tienes sobre ella autoridad.
- JUAN No hablemos de autoridad. Yo no podré imponerla jamás...
- PEDRO ¿Cómo? ¿Pero eres tú el que habla, Juan? ¿Adónde vamos a parar?.. Si tu haces dejación de tus derechos, ¿quién los respetará?
- JUAN No son mis derechos los que están en peligro, sinó mi tranquilidad, mi cariño, mi felicidad... Y yo temo que las palabras de su hermana y que sus absurdas creencias, puedan en ella más que todas las conveniencias y que todos los respetos... Y no digo que todos los cariños, porque no he podido saber todavía que parte es sumisión y que parte es cariño hacia mí...
- PEDRO Juan: no es ocasión ahora de... Puesto que Teresa se vá, todo queda resuelto de la mejor manera posible. Es la mejor solución. Lola es todavía una chiquilla. Lejos de ella, la distancia y el tiempo...

- JUAN Es que tú no conoces a Lola. Tiene a veces, una resolución...
- PEDRO La ida de Teresa facilita las cosas. Si siguiera, habría que tomar otras medidas.
- JUAN Se vá, perfectamente. Tienes razón.
- PEDRO Tiempo y distancia harán el resto. Energía, mucha energía. No creí tener que recomendártela. Pero te veo tan amilanado...
- JUAN Es que siento en lo más hondo el dolor de esta herida. Tú sabes cuanto quiero a Lola...

ESCENA NOVENA

Dichos y Lola

- LOLA *(En los minutos transcurridos, la niña se ha hecho mujer. El dolor, que es el gran iniciador, le ha mostrado, de pronto, todos los misterios de la Vida. Se nota en ella una decisión irrevocable y una gran exaltación. No es la obstinación fría de su hermana, sino algo que acaba de nacer, con la violencia formidable de una revelación).*
- LOLA Juan, tengo que hablarte.
- PEDRO ¿Te estorbo?
- LOLA No. Lo que he de decir a Juan tu lo sabes lo mismo que él y no necesitas explicaciones. Está dicho en dos palabras: yo no puedo seguir en esta casa; me voy con mi hermana.
- PEDRO ¿Cómo?

- JUAN ¿Qué dices? ¿Irtte tít?
- LOLA Sí, me voy, me voy. ¿Es que pudiste creer que yo podía seguir aquí después de saber?...
- JUAN Es que no es cierto. ¡Es que te engañas! Es que destrozas mi dicha y la tuya por un prejuicio absurdo.
- LOLA Era mi padre, y tú lo dejaste morir. Tú, pudiendo salvarlo, lo sacrificaste por no manchar la memoria del tuyo... Murió deshonrado, desesperado, sin confesión... Y tú lo condenaste.
- JUAN Yo nó.
- PEDRO Fué su locura, sus vicios...
- LOLA ¿Y aún te atreves a ofenderlo tú?.. A él lo arrastrarían sus locuras a la muerte, pero vosotros fuisteis peores, porque no tuvisteis compasión... Ya que no de él, de nosotras, de mi madre... (*Casi ahogada por el llanto*).
- PEDRO Nosotros no podíamos consentir...
- JUAN Era nuestro deber. El honor de nuestro padre...
- LOLA El deber, el honor... Palabras. Ante un hombre que se vá a matar, ante unas niñas y una mujer que lloran, el deber y el honor, ¿qué son?
- PEDRO El deber y el honor son las bases de la Sociedad. Y que un hombre muera, que una mujer llore, no...
- JUAN Pedro, te suplico...

PEDRO Sí, me voy. No quiero presenciar tu flaqueza, Juan. No puedo... Nada en el mundo me hará aceptar... ¡Ni tu propia felicidad!.. ¡Ni tu propia vida!... (*Se vá violentamente por el foro.*)

ESCENA DECIMA

Juan y Lola

JUAN Lola, has de comprender...

LOLA No me expliques... (*Con horror*) No quiero comprender... He aprendido demasiado en unas horas.

JUAN La vida tiene exigencias... No creo, perdona... no creo, en conciencia, haber obrado mal, ¡te lo juro!.. Todavía, después de tocar los dolorosos resultados de aquel acto, pienso que obré bien. Era mi padre. Yo no podía...

LOLA Calla... ¡No te puedo escuchar! ¿Qué iba tu padre a sufrir?... Ya estaba muerto. Ninguna herida, ningún dolor, podían lastimarlo... En cambio, el mío... Era joven, lleno de vida... quería a mi madre con delirio... Y por egoísmo...

JUAN Egoísmo nó. Ningún sentimiento bastardo influyó en nosotros. Sólo el nombre de nuestro padre, su honor...

LOLA Porque era el vuestro. Porque lo continuabas tú. Porque, en vuestro orgullo estúpido, quereis prolongar en los vivos la historia de los muertos.

Nadie se enorgullece de su padre por ser su padre, sinó por lo que ha sido... No es ni siquiera gratitud... Si tu padre, en vez de general, fuera verdugo... Y verdugo fué, por obra vuestra, y después de muerto.

JUAN ¡Lola!...

LOLA Tienes razón. No fuisteis vosotros, sino él, él... Con sus manos parálificas, con su cuerpo muerto hacía seis meses, mató a mi padre... Tal vez por envidia... A él no lo quisieron,

JUAN Ofendes a mi madre.

LOLA No lo quisieron. Era severo, seco, autoritario... Tenía un rígido concepto de sus derechos, del honor... cómo tú.

JUAN (*Casi en un sollozo*). ¡Lola!...

LOLA Aparta. Nunca te he querido, ¡nunca! pero ahora, ¡te tengo horror! (*Se vá por la izquierda, corriendo la cortina con violencia. Juan cae desplomado en un sillón*).

ESCENA ULTIMA

Juan y Enrique

ENRIQUE (*Entra por la izquierda, se acerca a Juan y lo acaricia*). Hermano...

JUAN (*En una explosión de dolor*). No me quiso nunca, ¿oyes?, nunca. Y quiere irse; se irá, se irá...

Me lo ha dicho ella misma; ella misma...
Le causo horror.

- ENRIQUE Juan...
- JUAN ¡Pero yo la quiero! Es mi mujer, la única mujer que he querido... Mi dicha, mi felicidad, mi vida, ¡toda mi vida!.. Y yo no maté a su padre, no lo maté, no tengo culpa...
- ENRIQUE Ni tú ni ella... Son ellos...
- JUAN *Casi inconsciente.* ¿Ellos?..
- ENRIQUE Ellos, todos .. los que mantienen el culto de los muertos... Los que sacrifican a esos ídolos de tierra, víctimas llenas de vida...
- JUAN Tú sabes, Enrique, que su padre era culpable.
- ENRIQUE Lo era. Siempre en todos los sacrificios, empiezan las víctimas por ser los culpables... Pero los ídolos tienen sed de sangre, y se concluye por sacrificar a los inocentes...
- (Y por la galería pasan, como en el acto primero, dos sombras de mujeres enlutadas, que se dibujan claramente tras los cristales, con un niño pequeño de la mano)...*

TELON LENTO

FIN DE LA OBRA

La dicha que se vá...

José Rial

La dicha que se vá...

—•••••—
Comedia en dos actos y un prólogo

*A Doña Carmen Cobe-
ña, la eminente actriz
y Carmita Oliver Co-
beña, la admirable in-
genua.*

El Autor.

PERSONAJES

	<u>En el Prólogo</u>	<u>Actos 1.º y 2.º</u>
Luisa	20 años	30 años
Tía Micaela	45 »	
Matilde.		28 »
Carmen		28 »
Asilada		65 »
Doña Barbarita.		45 »
Doña Frasquita.		50 »
Salud		20 »
Lolita		38 » (<i>Confiesa 30</i>)
Doña Clemencia		44 » (<i>Bien conservada</i>)
Alberto	22 »	32 »
Luis.		28 »
Perico		25 »
D. Pedro		60 »
D. Ramón.		50 »
D. Ambrosio.		48 »
Dominguito		35 » (<i>Muy disimulados</i>)
Ramoncito		27 »
Antonio		32 »
Asilado 1.º		62 »
Asilado 2.º		65 »
Dominós 1.º 2.º y 3.º		18 a 20 »

Invitados y máscaras de ambos sexos.

La acción en una población de cierta importancia en Andalucía.

PRÓLOGO

Salón amplio con muebles antiguos, de mérito artístico indudable. Techo de labrada vigería ennegrecida por el tiempo. A derecha e izquierda, grandes puertas talladas que dán al interior. Un diván a un lado, con sillones cerca. Consolas, algún bargueño, mesa de centro, y sillería a la pared. Cuadros patinosos. Al foro gran cancela de hierro, que comunica con el exterior por una ancha escalinata de mármol. Dos bajos balcones, con pequeños cristales cuadrados, a uno y otro lado. A todo foro, el jardín, en un atardecer de Otoño.

ESCENA PRIMERA

Luisa y Alberto

(Luisa, sentada en el diván, lee, Alberto, entrando por el foro.)

ALBERTO ¿Leías?

LUISA Lo dejaba ahora. Me aburren estos libros: Dos novios que se quieren, que pueden casarse como Dios manda, y lo dejan para que sé yo cuando, por escrúpulos sin fundamento...

- ALBERTO Veamos. (*Sentándose*). ¿Qué clase de escrúpulos son?
- LUISA Tonterías. Que él es pobre y ella es rica. Ya ves que compromiso.
- ALBERTO Esos autores franceses... con su romanticismo huero a base del respeto a la riqueza...
- LUISA Señor, ¿a que complicarse la vida?.. Se gustan, pues a quererse. Se quieren, pues a casarse. Es tan sencillo esto de lograr la felicidad...
- ALBERTO Para tí que la repartes, sí... (*Suave*)...
- LUISA (*Amenazándolo*), ¿Galanterías?... Contestas formalmente: ¿no es fácil ser felices? Mira nosotros: Nos hemos criado juntos; hemos jugado, corrido, saltado...
- ALBERTO Besado...
- LUISA Desde chicos nos acostumbramos a estar unidos.
- ALBERTO Y de mayores nos hemos convencido de que no podemos vivir separados.
- LUISA ¿Qué hacer?; ¿a qué pensar que si tú, que si yó?... A casarse tocan. Lo demás son tonterías.
- ALBERTO Eso, tonterías. Y nó hay más que una verdad muy grande: que tú y yo nos queremos mucho, mucho...
- LUISA (*Siguiendo su pensamiento*). El dinero... vaya un obstáculo... ¿Tu crees que sea un obstáculo el dinero para casarse?
- ALBERTO Un obstáculo, precisamente, nó, al contrario.

LUISA Entiéndeme, o mejor dicho, atiéndeme:
¿Puede ser un obstáculo el dinero?

ALBERTO Poder ser sí; deber ser nó. Porque ahí está el nudo de la cuestión; en que, casi siempre, lo que debe ser, no puede ser.

LUISA No me lo explico. ¿No dicen que querer es poder? Pues, si yo te quiero, ¿como el dinero?..

ALBERTO Luisa, mi mujercita sería, déjate de filosofías. No existe más que una verdad indudable, ya te lo he dicho: que tú y yo nos queremos. Y cuando dos se quieren no hay obstáculos. Vamos a hacer la prueba: yo te abrazo porque quiero... (*Muy decidido*).

LUISA Y yo te separo.

ALBERTO Porque no quieres.

LUISA Porque no quiero, no.

ALBERTO ¡Ah!, pues entonces... (*La abraza*).

LUISA No, Alberto; eso no está bien.

ALBERTO Pero, ¿quien se opone?; donde está el obstáculo?; ¿vas a ponerlo tú?.. Que poco consecuentes sois las mujeres... Ahora poco lo decías tu misma: la felicidad es tan fácil... Y cuando voy a saborear, ¿que digo?, cuando voy a aspirar... (*Intentando abrazarla*).

LUISA (*Apartándose algo menos*). A cualquier cosa le llamas tu aspirar.

ALBERTO ...He aquí que te separas; que pones entre la felicidad y yo uno de esos escrúpulos absurdos...

- LUISA Tienes razón; absurdos, completamente absurdos, pero...
- ALBERTO (*Recargando*).—Si es lo que yo decía: en cuanto ella comprenda que mi felicidad está en...

ESCENA SEGUNDA

Dichos y D.^a Micaela

- D.^a MICAELA (*Entrando, izquierda*). Muy bonito, pero que muy bonito, señores sobrinos, ¿les parece esto decente?
- LUISA ¡Dios mío!
- ALBERTO ¡Doña Escrúpulos!
- D.^a MICAELA ¡Virgen Santa!.. Una señorita en vísperas de casarse dejándose abrazar por su prometido... Es escandaloso.
- ALBERTO No, tita; lo escandaloso sería que no fuese su prometido. Esto es de lo más vulgar y corriente.
- D.^a MICAELA No en nuestra familia. Cuando tu santa madre, que de Dios goce, fué pedida por tu padre, se habían visto dos veces sin hablarse en presencia de tu abuelo, y cuando se casaron, apenas si habían hablado otras cuatro o cinco.
- ALBERTO Otros tiempos, otras costumbres.
- D.^a MICAELA ¡Y qué costumbres!.. Ahí está, ahí está tu amiguíta Flora con el novio en la ventana, van tres veces yá hoy. Bien que no hay que asomarse a la calle: basta mirar ¡^o

que ocurre en casa, para comprender como están los tiempos.

ALBERTO ¡Pero tía Micaela!..

LUISA ¡Por Dios!..

D.^a MICAELA Otros tiempos... Como si se tratara de otro siglo... ¿Soy yo algún vejestorio? ¡Insolentel.. (Sale).

ESCENA TERCERA

Dichos, menos D.^a Micaela

LUISA Conociéndola tú, no debiste,..

ALBERTO ¿Pero quien se iba a figurar?.. ¡El demonio de la vieja presumida!.. Hablé por hablar, por sacarte del apuro. Estabas tan confusa, tan ruborizada y tan bonita, que te habría comido a besos.

LUISA Pues te enmiendas.

ALBERTO No tengo enmienda ni me arrepiento. Me pasa como a tía Micaela: tengo vocación de casado.

LUISA Ahora; porque lo que es el tiempo que estuviste en Madrid, te sentiste soltero, y bien soltero. Todo se sabe, señor mío, todo se sabe.

ALBERTO ¿Qué puedes saber?

LUISA Muchas cosas, muchas, de las que ya hablaremos,.. (Repentinamente). ¿Y Carmen? (Con malicia ingenua).

ALBERTO Carmen!... (Dejamos a la discreción del actor esta exclamación. El curso del día-

logo le dará a comprender lo que este nombre representa para él.)

LUISA Sí, Cármen. ¿Tú crees que yo no me fijé en la fotografía ni en la firma, porque la tiraste con aire displicente, como no dándole importancia? Pues nó; provincianita, lugareña, si lo quieres, aunque este no es un lugar; pero tonta, nó.

ALBERTO ¿Celos?

LUISA Curiosidad; ¿a qué celos? Nada serio sería cuando volviste aquí.

ALBERTO ¿Y si lo fuera, si lo hubiese sido...?

LUISA Alberto... (*acercándose*)... Dime que no es verdad; que bromeas.

ALBERTO No bromeo; te pregunto.

LUISA Hay tantas maneras de seriedad en el Amor... Novios... ¿fué tu novia?.. Con-
testa.

ALBERTO Sí...

LUISA ¿Pero reñiste? Es necesario que me lo digas todo.

ALBERTO Todo te lo diré; vé preguntando.

LUISA ¿Es preciso que yo te pregunte? ¿tanto trabajo te cuesta hablar?

ALBERTO Me cuesta.

LUISA ¿No hubieras hablado entonces, si yo no te hubiera preguntado?

ALBERTO Eso nó. Pensaba hablarte, y temía hablarte. Quería y no podía. ¿No te ha pasado alguna vez tener un mal y diferir la cura?

- LUISA Por miedo, nó.
- ALBERTO Siempre has sido intrépida para el dolor... Yo nó, ya lo sabes; ante el deber o el dolor, dudo siempre.
- LUISA Y si es irabajoso, más.
- ALBERTO ¿Porqué me dices eso; porque me culpas? Y ahora, que necesito todo mi valor...
- LUISA Todo tu valor?.. (*Con un estremecimiento*), Dime, pronto, ¿qué fué para tí esa mujer?
- ALBERTO Déjame que te cuente... luego... mañana...
- LUISA NÓ; ha de ser ahora. Mañana se te haría más difícil.
- ALBERTO ¿Porqué has de ser así? Siempre anticipándote al peligro, buscándolo, desafiándolo. Cuando chicos, ¿te acuerdas?, tu parecías el hombre enérgico, fuerte, decidido; yo la niña débil, vacilante... ¿A qué subir allá arriba; para qué ir más lejos? Te acuerdas...
- LUISA Si, me acuerdo, pero no me extravíes. Siempre he tenido la misma voluntad, cierto; pero siempre has tenido tú también ese sistema de esquivar los asuntos, huyendo el afrontarlos con un laberinto de palabras. Es inútil que intentes, como antes, extraviarme, Quiero que me digas la verdad, toda la verdad.
- ALBERTO La sabrás mañana.
- LUISA NÓ, hoy, ahora, Yo no soy como tú; no gozo con la espera de un placer, ni des-

canso en la espera de un dolor. Para mí se hizo el refrán: esperando me desespero. ¿Qué fué esa mujer en tu vida?

ALBERTO Mucho y nada.

LUISA Explicáte.

ALBERTO Mucho por lo que fué; nada, porque nada es ya para mí.

LUISA ¿Cómo ha podido convertirse en nada lo que fué tanto para tí?

ALBERTO Porque lo dejé, porque lo olvidé.

LUISA Pero, ¿y lo que fué? Concreta. ¿Qué fué? Necesito saberlo. Novia me has dicho; pero hay novias de novias .. ¿le hablaste?

ALBERTO Un año.

LUISA ¡Un año..! (*Hay algo profundo en esta exclamación, que es como una sonda arrojada en el abismo del Tiempo.*) En un año puede ocurrir mucho... Puede ocurrir todo!... Dime, habla...

ALBERTO No me dejas hablar; te lo dices todo.

LUISA Contesta solo; pero secamente: sí, nó, sin explicaciones, las explicaciones vendrán luego. Déjame ver, déjame pensar... ¡Contesta!

ALBERTO Sinó me preguntas.

LUISA No te eurras, ¿fué todo, *todo*?

ALBERTO Déjame explicarte...

LUISA Nó; quiero que me contestes pronto, enseguida.

ALBERTO Sí..

LUISA Basta... Has dicho sí.. Ahora, dime:

- ¿quién es esa mujer?: ¿una artista?; ¿una cualquiera?
- ALBERTO (Vivamente) Nó. (Hay nobleza y dignidad en este nó).
- LUISA Tu eras estudiante... ¿una criada, una modista?..
- ALBERTO Nó, tampoco.
- LUISA ¿Una mujer casada?
- ALBERTO Una soltera, una muchacha de buena familia; rica.
- LUISA ¿De buena familia, rica?..
- ALBERTO Si hubiese sido pobre no la habría abandonado. Soy débil, ya me conoces, pero no infame.
- LUISA Te creo.
- ALBERTO Y haces bien en creerme. Yo no pensaba ocultártelo tampoco. Te lo hubiese dicho; estaba resuelto a contártelo; pero temía hablar. Ahora, que ya sabes lo más difícil, puedo acabar.
- LUISA Pero, ¿hay algo más?
- ALBERTO Algo más... (vacilante) Mucho más.
- LUISA ¿Mucho más?... Luego, eso, ¿es tan largo?.. ¿No creo que irás a hacerme confidencias?
- ALBERTO ¿Porqué me ofendes?
- LUISA Perdona, pero esa continuación me trastorna. Tu has tenido relaciones con una mujer mientras me escribías...
- ALBERTO Todos los días sin falta.
- LUISA Relaciones serias, formales, como corres-

ponden a una mujer de tu misma clase. Has llegado a todo, *¡a todo!* ¿Y aún hay más?.. ¿Qué puede haber más?

ALBERTO Díme que lo quieres saber.

LUISA Sí.

ALBERTO Dime que me has de perdonar.

LUISA Sí, pero habla, habla; ¿que hubo más?

ALBERTO Un hijo.

LUISA ¡Dios mío!.. (*Cae en el diván. Por un momento, el dolor se sobrepone a su naturaleza enérgica.*) *Pausa larga, que llenan los sollozos. Luego reacciona.*

¿A que has venido, entonces?

ALBERTO ¿Que a qué he venido; acaso no lo sabes? A casarme contigo.

LUISA ¿Y como has podido suponer eso conociéndome? ¿Qué clase de mujer me crees? Habría yo de robar a otra mujer sus derechos? ¿Cuando me has visto tú ladrona?...

ALBERTO Te exaltas sin motivo.

LUISA ¿Sin motivo, y me crees capaz de esa infamia? ¿De usurpar a tu hijo su nombre?

ALBERTO No lo usurpas; lo tiene.

LUISA Es menester que lo tenga todo: tu cariño...

ALBERTO No le ha de faltar.

LUISA Tu vigilancia, tu autoridad; y eso solo puedes hacerlo teniéndolo a tu lado. Es tu deber.

ALBERTO ¿Lo quieres tú?

- LUISA No soy yo quien debe quererlo, sino tú. Yo soy extraña a este asunto. Extraña a él, extraña a tí.
- ALBERTO ¡Luisa!...
- LUISA ¿Pues que te habías creído? ¿Es que pensabas, todavía, que yo habría de consentir en que siguieran nuestras relaciones?
- ALBERTO Luisa, piensa...
- LUISA Yo no pienso nunca lo que he de hacer cuando lo veo bien claro. Es mi deber, y el deber no admite esperas ni reflexiones
- ALBERTO (*Con gran esfuerzo*). Permíteme que hable yo también, que esponga mi sentir; que defienda nuestra dicha.
- LUISA Habla, pero sé breve. Estos minutos son ya un robo que le haces a la madre de tu hijo. Que le hacemos, porque yo lo sé también, y no quiero ser cómplice.
- ALBERTO Seré breve. Hace poco, tu misma lo decías, es tan sencillo lograr la felicidad... ¿a qué complicarse la vida?... Mi felicidad está en tí.
- LUISA No debiste, entonces, buscarla en otra parte.
- ALBERTO ¿Cómo puedes comparar?..
- LUISA Me lo has dicho muchas veces para que yo lo olvide: la felicidad suprema en el Amor, está en... *eso*, precisamente.
- ALBERTO Sé razonable. Yo no he querido a esa mujer, no la quiero, no puedo quererla.

Hay en los hombres una pasión distinta del Amor, que tú no puedes comprender. Tiene del Amor los actos, pero no los sentimientos. Y lo que en el Amor es consecuencia, aquí es el hecho único... y brutal.

LUISA No te creo; ¿cómo has podido, sin amarla?...

ALBERTO Escúchame. Si yo me casara con esa mujer, sería desdichado. No casan nuestras ideas ni nuestros sentimientos. Su educación es muy distinta...

LUISA No me has dicho que es una señorita de buena familia?

ALBERTO Y lo es, pero entre ella y tú, tanta distancia!... Sabe saludar, bailar, vestir; tiene todas las apariencias. No has de buscar mucho para hallar el modelo. Lo tienes entre tus amigas aquí, como en todas partes: Salud, Paca, Lola... abundan tanto... Oblígame a casarme con ella, porque sin tí, o impulsado por tí lo haría, es hacerme desdichado, piénsalo.

LUISA Lo he pensado.

ALBERTO No lo has pensado bien. Surge aquí ahora entre nosotros uno de esos obstáculos, de esos escrúpulos, que hace un momento no comprendías. ¿Y lo alzas tú, lo levantas tú, entre nosotros?

LUISA Yo no lo levanté, fuiste tú.

ALBERTO Pero tú lo sostienes. Tú lo apoyas con

esa recia tozudez que nunca he podido vencer. Nada importa el obstáculo. Bastaría que tendiéramos uno y otro los brazos, para que ese muro artificial se desmoronara.

LUISA ¿Artificial?

ALBERTO Sí, artificial, como los otros puestos por el dinero de que tú protestabas. Nada existe real entre nosotros, más que la opinión de los demás, el que dirán, el miedo,—tú tan valiente—, al ageno pensar. Palabras vacías de sentido, cosas sin realidad.

LUISA ¿Y tu hijo, y esa mujer, su madre, no son bien reales?

ALBERTO Tan reales como nuestro Amor, que reclama también sus privilegios y no se resigna a morir. Dime, sé sincera como yo: ¿es que crees que vas a dejar de quererme por eso?

LUISA Yo no debo quererte yá; al menos como antes te quería.

ALBERTO No te pregunto lo que debes hacer, sinó lo que puedes hacer. Yo sé que no puedo dejar de quererte; ¿puedes hacerlo tú?

LUISA Lo intentaré y lo conseguiré. Y ahora separémosnos; no debemos volver sobre el pasado otra vez.

ALBERTO Dices no debemos porque no te atreves a decir no queremos. ¿Qué importa que debamos hacer alguna cosa, sinó queremos

hacerla? Piensa, duda, vacila, en esta ocasión al menos. Tómate tiempo. Se trata de la felicidad: de la tuya y de la mía; de toda nuestra vida...

LUISA Así lo quiero y así será.

ALBERTO Mira no te engañes.

LUISA Basta; ¿a qué esforzarte?... Hemos concluido.

ALBERTO ¿Me despides?

LUISA Te suplico que te separes de mí, que no es lo mismo.

ALBERTO Volveré.

LUISA No me has de ver.

ALBERTO Te buscaré.

LUISA No me has de encontrar. Y como no te vas, me voy. *(Lo hace por la derecha.)*

ALBERTO ¡Oye, Luisa, espera...!

(Una pausa que dejamos al juicio del actor. Luego se encamina lentamente, volviendo la cabeza a cada instante, hacia la cancela del foro, y se vá. Cuando ha desaparecido, y después de un minuto en que queda la escena sola, Luisa aparece por donde se fué, corre a la cancela, escucha los pasos, que deben oírse alejándose bien perceptibles, se sienta en el diván, y rompe en un largo sollozo)...

TELÓN

ACTO PRIMERO

Plazoleta de un jardín, a la que concurren tres paseos. En el centro un gran árbol, y en torno, por la escena, mesas de mármol y sillas de hierro. Entre los árboles, farolillos japoneses.

ESCENA PRIMERA

D. Antonio, D. Prudencio, Dominguito

D. PRUDENCIO Pasen, pasen por aquí, a ver que les parece.

D. AMBROSIO Muy bien; muy bien. Perfectamente.

DOMINGUITO Todo está perfectísimamente. Los puestos son una monada, y la tómbola un encanto. ¿No le parece al señor Prioste?

D. PRUDENCIO Este Dominguito siempre tan entusiasta.

D. AMBROSIO No señor, nó; se ha empleado bien el tiempo y el dinero. Creo que nuestro Diputado no tendrá nada que decir.

DOMINGUITO Encantado vá a quedar, encantado. ¿Aquel es el kiosko, verdad? Tan acabado, tan barnizadito; es un juguete... Y luego, como el jardín se presta tan bien... Nadie sino V., mi respetable señor Prioste, ha sa-

bido apreciar lo que valga este palacio y su jardín prodigioso: nadie.

D. AMBROSIO Resultaba carillo, sí, y como no tiene aprovechamiento ninguno... Pero se le encaprichó a Clemencia...

D. PRUDENCIO ¡Ah! Doña Clemencia no soñaba más que con el jardín. Se lo dijo una porción de veces a las hermanas: el día que sea nuestro el palacio, no tendrán apuros por el Asilo. El jardín lo aprovecharemos para las fiestas, y ya verán, ya verán los ingresos...

DOMINGUITO Es un corazón hermosísimo. No se reserva nada, todo lo dá; su mano pródiga es manantial de beneficios.

D. AMBROSIO Vamos, Dominguito, vamos...

D. PRUDENCIO Con el permiso, D. Ambrosio, me retiro. Empiezan a llegar los invitados, y tengo que llevar los asilados a casa. *(Se va)*.

D. AMBROSIO Adios, D. Prudencio, adios; todo está muy bien, muy bien.

DOMINGUITO Hermosísimo... pero, ¿quien viene ahí? Pues si es nada menos que el señor Alcalde... Por aquí, por aquí, Sr. Alcalde, aquí está el señor Prioste.

ESCENA SEGUNDA

Dichos y Don Ramón

D. RAMÓN *(Por uno de los paseos laterales)*. La enhorabuena, D. Ambrosio, la más cordial enhorabuena. Aquí para nosotros, y sin

tratar de molestar al respetable anterior Prioste, mi queridísimo amigo don Pedro, jamás se había visto en nuestra Ciudad un tan espléndido festival.

D. AMBROSIO Muchas gracias don Ramón, usted vé las cosas a través de la amistad y no es voto.

D. RAMÓN Lo he dicho y lo sostengo, queridísimo don Ambrosio. No admito las naturales protestas de su modestia.

DOMINGUITO Con el respeto debido al señor Alcalde; me parece que vienen los invitados.

D. RAMÓN Efectivamente, estimado Dominguito, vienen, y creo que debemos adelantarnos a recibirlos. ¿No le parece mi querido don Ambrosio?

D. AMBROSIO No se moleste, don Ramón; vienen tan cerca...

(Se oyen, por el foro, exclamaciones.) Expléndido. Muy bonito. Lindísimo. ¡Estupendo!

Y la voz de Perico, que sobresaliendo sobre todas, dice: Horrorosamente bien.

ESCENA TERCERA

Dichos, doña Barbarita, doña Frasquita, Emilia, Ramoncito, Luis y Perico.

D.^a BRITA. *(De mantilla, y con un bolso que es un cabás).*

Un encanto; nunca ví cosa igual. La Santísima Virgen se lo pagará. *(Se van todos por la derecha, menos Perico y Luis).*

ESCENA CUARTA

Perico, Luis, Matilde, Salud.

PERICO Ven, Luisillo, te convido a whisky.—¡Salud!, dos whiskys.

MATILDE *(Por la derecha)*. ¿Cómo tan solos?

LUIS Estamos esperando un whisky.

MATILDE ¿Y Paca?

PERICO Por ahí anda con tío Juan y Lolita, que se ha empeñado en pescarlo. La he puesto de rodrigón.

MATILDE Es Vd. el Diablo... ¿Han visto a Antonio?

PERICO Ahora el Diablo es Vd.

MATILDE ¿Porqué?

PERICO Por aquello de las tentaciones.

MATILDE No sea Vd. impertinente, Pedro.

SALUD *(De napolitana convencional, y con un pavo que no le cabe en el cuerpo)*. Aquí está esto. *(Pone sobre un velador la botella, vasos, sifón.)*

PERICO *(Sentándose)*. Muy bien. Eres la perla de las camareras.

SALUD No te burles. *(Se vá)*.

ESCENA QUINTA

Dichos, menos Salud

PERICO Hagamos las paces, Matilde, como buenos amigos.

- MATILDE *(Tomando la copa que le alarga Perico).*
Por mí, hechas.
- LUIS *(Quitándose la).* No beba Vd. Matilde, es muy fuerte. ¿Una rosa?.. *(Arrancándola de un rosal cercano).* Sé qué con ellas se emborracha Vd.
- MATILDE Sí, son mi pasión. *(Vá a ponérsela, deteniéndose).* ¡Qué lástima...! Mire: está cuajadita de caracolitos, tan pequeños que parecen adornos, y los muy pícaros matan el rosal.
- LUIS Sí, esos botoncitos, a fajas negras y blancas, como cúpulas de pequeñas pagodas, serían muy bellos y muy decorativos, si como todas las pagodas de este mundo, no encerraran un gusano aprovechado y repugnante.
- MATILDE ¡Herejote!.. Siempre atacando las cosas santas... ¿No sabe V. que me molesta oírlo hablar así?.. Todas las personas decentes creen en Dios.
- LUIS Naturalmente. Y en un Dios infinitamente bueno. Tienen que buscarle un porqué a su encumbramiento.
- MATILDE No siga. Yo soy creyente, muy creyente. Pienso ir al cielo...
- PERICO ¿Por haber amado mucho?...
- MATILDE ... con todas mis faltas... Y sentiría muchísimo no encontrarlo a V. allí, Luis.
- LUIS Y yo lo sentiría más; porque en el Infierno y sin usted...

ESCENA SEXTA

Dichos y Antonio

- ANTONIO (*Entrando por la izquierda*). Buenas tardes.
- LUIS Muy buenas, Antonio. De tí iba a hablar ahora.
- ANTONIO ¿Y podría saberse, sinó es indiscreción?
- LUIS Tu no eres indiscreto nunca, al contrario. Si fuera por tí, no se sabría nunca nada...
- PERICO Ni lo que está a la vista.
- LUIS Ni lo que todos sabemos como noticia oficial. Preguntó por tí Matilde, y yo iba a hacer, precisamente cuando tu llegaste, una apología de tu discreción. (*Bebe*) Consecuencias de haber sido terriblemente indiscreto... Aquellas campañas tuyas... Que manera de aflnar la puntería... Cada vez que abría el periódico, el pobre don Ramón temblaba.
- ANTONIO (*Seco*). Gracias.
- MATILDE Pues, con permiso de Vds., me llevo a Antonio.
- PERICO Váyanse, váyanse ..
- MATILDE Adiós. (*Se van*).

ESCENA SEPTIMA

Perico y Luis

- PERICO ¿A que le recuerdas?..
- LUIS Por que me revienta. Estos hombres que varían con la posición hasta el humor... Ahí lo tienes: mientras fué periodista y no tuvo una peseta, era unas castañuelas; desde que le dieron la ganga esa para callarlo, se ha compuesto un gesto terrible de traidor de melodrama. (*Bebe*).
- PERICO Así está más en carácter... ¿Y tú lo envidias?...
- LUIS La posición nó, la mujer, sí.
- PERICO ¿Pero es posible, Luis?... ¿Matilde?... ¿Y Luisa?...
- LUIS Matilde y Luisa, Luisa y Matilde... Hay dos amores en mi corazón, como hay dos aspiraciones a la gloria en mi alma. Una la gloria brillante: los éxitos, los aplausos, el dinero... la que embriaga como el vino y puede alcanzarse alguna vez, con voluntad, que es la gran palanca. Otra la gloria humilde, la del hogar, la felicidad encerrada en el rincón familiar... que es la completa y absoluta, porque nos dá la

plena posesión de un alma... y esa no depende de nosotros.

PERICO

Los hay ansiosos.

LUIS

Búrlate cuanto quieras, pero es así. Mafilde y Luisa son las dos únicas mujeres que conozco. De una a otra pón toda la distancia que quieras; pero con esa afinidad indudable: mujeres las dos. (*Bebe*).

PERICO

Como las demás.

LUIS

Las demás son muñecas y yo he dicho mujeres. Mujer, Mafilde, para satisfacer todos los deseos y todos los caprichos. Mujer Luisa para esposa, para madre, para impulsadora y confortadora... Pero Luisa está muy lejos de mí, ya lo sabes, mientras que esta... Cuando pienso que pudo fijarse en mí, como se fijó en ese estúpido...

PERICO

Pues chico, no te desesperes; ya te llegará tu turno. Vamos quedando tan pocos...

LUIS

No la critiques, es mujer; cumple su misión. Como Luisa ha venido a sostener e impulsar ansias del espíritu, así esta a satisfacer apetitos de la carne. Las dos son dignas compañeras del hombre; para el sabio o para el bruto, tanto dá; todos tenemos algo de sabios y algo de brutos aquí dentro. (*Bebe*).

PERICO

(*Contemplándolo*). ¿Filosofías?... ¿Confidencias de amores imposibles?... Luisillo, tú estás borracho.

(*Continúan hablando*).

ESCENA OCTAVA

Dichos, y entrando por el foro con ese estrépito que las señoras provincianas creen desenvoltura.

Carmen, Clemencia y Lolita, acompañadas por don Ambrosio, Alberto, don Ramón y Dominguito.

CARMEN Sí, es lástima que no hayan podido instalarlo. Es el último grito...

D. AMBROSIO Yo se lo pedí, pero este don Ramón es de lo más miedoso... Déjeme colocar un tapete verde en cualquier rincón, y verá que partida de monte...

CARMEN ¡Por Dios, don Ambrosio, monte...! eso es de lo más vulgar... apesta a pueblo desde una legua... El invierno pasado empezó la moda con la ruleta... Hubiera sido un éxito, se lo aseguro. El *clou* de la fiesta.

D. AMBROSIO ¿Vé usted don Ramón?

D. RAMÓN (*Aparte*). Pero querido amigo, no me abrume. ¿No sabe V. que la banca del Casino la tiene Don Silverio, y que su periodiquito me declararíala la guerra?

D. AMBROSIO (*Aparte*). Sí, pero... (*Siguen hablando*).

CLEMENCIA ¿Y se pierde mucho?

CARMEN Una locura. El Martes, Martes había de

ser; la noche antes de salir de Madrid, me llevaron tres mil pesetas.

TODAS ¡Tres mil pesetas!...

CARMEN Y estuve prudentísima. Fué al Bacarrat, que hace furor; llevaba la banca el Marquesito de Abades, y estaba imposible. Nos lo decía abrumado: esta racha de suerte tan continua, me pone en ridículo. Nos daba lástima el pobre muchacho; tan correcto...

LOLITA ¿Y ganó mucho?

CARMEN Unas cuarenta mil... No sé... Estaba desesperado.

CLEMENCIA Pues eso ya es vicio.

ALBERTO Nó, es moda. El vicio deja de serlo cuando está demasiado extendido. Se transforma en costumbre.

D. AMBROSIO ¿Y que opina nuestro Diputado? ¿Continuamos la inspección?

ALBERTO Por mí, cuando Vdes. gusten.

D. RAMÓN Con la venia de nuestro dignísimo Diputado: opino que deberíamos encaminarnos a la caseta; las cinco no deben tardar.

DOMINGUITO Las cinco menos tres minutos, señor Alcalde.

Pues vamos, vamos... (*Se van*).

ESCENA NOVENA

Perico, Luis, luego Salud

PERICO Se lo rifan. Ahí tienes otro futuro rival que te hará perder un turno. Es fruta nueva, y Matilde no la dejará escapar.

LUIS Sí ha reñido con Antonio antes de que se vaya, es probable, sinó nó. Es mujer, ya te lo he dicho. Como tal mujer se entrega al primero que le gusta, pero mientras le dura el capricho, es fiel.

PERICO ¿Y el marido?

LUIS El marido es eso, el marido; ¿tú me comprendes..? (*Bebe*). Esas mujeres tienen una moral tan diferente de la moral común... Oye: (*Cómo en secreto*) Yo he visto a Matilde tan orgullosa de su belleza, no apartarse de su marido cuando tuvo aquella herpe tan horrorosa, ni un minuto, de día ni de noche. ¿Y sabes que me contestó cuando le pregunté porqué hacía aquello?

PERICO ¿Qué?

LUIS Que era su deber de esposa. ¡Su deber de esposa!... Ahí la tienes.

PERICO ¿Y los otros deberes?

LUIS No los cuenta. Yo creo, ¿sabes? (*Siempre*

con la misma apariencia de secreto), que ella no cree faltarle a su marido... Ella se vé tan hermosa, tan deseada... Con belleza para satisfacer a tantos!.. que debe parecerle mezquino reservarse solo para él. Dí, Perico, ¿no comprendes cuanta generosidad, cuanto espléndido desprendimiento, hay en esa limosna constante de belleza?

PERICO Cuando yo digo que tu estás borracho...

LUIS Luisa es otra cosa, otra cosa... Luisa reparte Amor, Bondad, Arte, y se conserva íntegra, pura... Dá más, mucho más, pero no se gasta, aunque dá sin contar a pobres y ricos, e incesantemente... Se prodiga, pero no se gasta.

Matilde es como una hoguera ¿oyes?, como una hoguera de la que cada uno toma su brasa, y se vá extinguiendo, extinguiendo... Por eso quiero yo ser el último... Luisa es como una lámpara. ¡Eh, Perico!... Como una lámpara que reparte su luz, y es siempre la misma luz tranquila e inmutable... (*Bebe*)... ¿Para quien se reserva?... ¿Para Alberto?... Nó, sería demasiado, Alberto. Las dos nó... las dos... nó...

(*Se duerme apoyando la cabeza sobre los brazos*).

PERICO Definitivamente, todos estos románticos están locos... (*Llamando*)... ¿Salud?

SALUD ¿Llamabas?
 PERICO Dime que debo. (*Se vá Salud*). Este wis-
 ky es pérfido. En inglés, wisky, debe ser
 femenino. (*Pasea*).

ESCENA DECIMA

Perico, Matilde, Luis, dormido.

MATILDE (*Entrando por el foro, roja de indigna-
 ción*). ¡Canalla!... Perico, ¿ha visto V. a
 Luis?

PERICO ¿Como sola? ¿Y Antonio?

MATILDE No me hable V. de él; es un canalla.

PERICO Desde cuando lo ha conocido V.

MATILDE Desde hace diez minutos. ¡Miserable!...
 Pero, ¿y Luis? ¿y Luis? Cuando se aparta
 una de tales hombres, se busca el con-
 traste... ¿Luis?

PERICO Ahí lo tiene V. No se dá cuenta de su
 presencia. Figúrese V. como estará.

MATILDE (*Se acerca con un sentimiento indefinible,
 y en el que se adivina la compasión y el
 Amor, un vago Amor casi maternal, muy
 hondo, muy de la entraña, y bien diferen-
 te de las otras excitaciones puramente epi-
 dérmicas*) El pobre... (*Le acaricia el cabe-
 llo suavemente*).

LUIS (*Entre sueños*). Matilde...

MATILDE *Lo besa calladamente en la frente. Luego,
 repentinamente, se vuelve a Perico, y con
 una sonrisa provocativa*) ¿Me dá V. el
 brazo?

- PERICO Con mucho gusto: un momento solo, voy a pagar. (*Llama*). Pobre Luis; (*como aparte*), tu lo has dicho; serás el último.
- MATILDE (*Qué lo ha oído, acercándose; grave*). Pero los últimos serán los primeros. (*Se van*),

ESCENA UNDECIMA

D. Ramón, D. Ambrosio, Dominguito.

DOMINGUITO Inoportuno, señor Prioste, inoportuno; V. lo ha dicho.

D. RAMÓN De acuerdo, queridísimo don Ambrosio, de acuerdo; pero la intención...

D. AMBROSIO No me hable V. de la intención. Pues si es precisamente lo que más me ha indignado. Aquel parrafito lo tengo clavado aquí... ¿Y aquel otro parrafito de los ricos improvisados?... Es un ataque personal, si señor, personal, y sabré rechazarlo.

D. RAMÓN Por Dios, amadísimo don Ambrosio!.. Un lance en nuestra Ciudad, y entre tales personalidades... ¡Qué abrumadora responsabilidad para mí!..

D. AMBROSIO Que lance ni lanza; todas esas son fonderías. El usa sus armas y yo uso las mías. Mi periódico sabrá contestar esas insidias... Porque son insidias, sí señor. Esta propiedad ha sido adquirida por mí legítimamente, y si el tío de D. Alberto no ha sabido manejar sus caudales como yo manejo los míos, allá él.

Un préstamo es un préstamo. Se estipulan condiciones y hay que cumplirlas. Yo no le puse un puñal al pecho.

Don Ambrosio, necesito esto. Don Pedro, ahí lo tiene V., pero debo asegurar mi dinero. ¿Sirve esta finca? Sirve... ¿Qué viene el vencimiento y no se puede pagar, ¿quien responde?... La finca, señor, la finca, y en paz. Operación legal si las hay... ¿Y que venga ahora ese señorito con sus manos lavadas?... Dominguito...

DOMINGUITO ¿Mandaba V. señor Prioste?

D. AMBROSIO Búscame a Antonio. El, que sabe poner la pluma, le dirá a ese tipo lo que viene al caso. Dile que venga. (*Se vá Dominguito.*)

ESCENA DUODECIMA

Dichos, D. Pedro y Luisa a poco, después Ramoncito

D. RAMÓN Pero Don Ambrosio, ¿vá V. a suscitar una polémica periodística por unas palabras que se lleva el viento, y que nada significan, que en nada se refieren, me atrevo a asegurarlo, a cuanto V. sospecha?... Es V. de una susceptibilidad exagerada.

D. AMBROSIO En cuestiones de negocios, cualquier insinuación perjudica al crédito. (*Continúan hablando.*)

D. PEDRO (*Del brazo de Luisa, por el foro.*)... Muy cambiado. Ese desmonte será muy útil, los nogales eran muy viejos y no produ-

cían casi; la madera se vendió carísima; pero me han estropeado mi rincón. ¿Qué quieres?... Yo no he podido sacrificar nunca lo bueno a lo bello.

LUISA Lo bello siempre es bueno.

D. PEDRO Te refratas... El hecho es que este don Ambrosio ha logrado sacarle una renta al jardín, que a mí me costaba dinero, y no poco. Y es que estos hombres han aprendido a ganarlo, y a nosotros solo nos enseñaron a gastarlo. Así el manantial que en nuestras tierras se seca, aumenta el caudal de las aguas de sus terrenos.

LUISA ¿Porqué me engañas, Papá?

D. PEDRO ¿Yó?

LUISA Sí, tienes una gran pena. Has vuelto aquí porque tú orgullo te lo ha impuesto: para hacer ver que no te importa. Pero sufres y no me lo dices, y eso no está bien. Yo no soy como los demás; yo soy tu hija, y me creo digna de tí.

D. PEDRO (*Con inmensa ternura*). Lo eres, lo eres...

LUISA Y para que no lo dudes, ahí tienes a ese hombre. No lo has visto, y yo te lo señalo. Ya vez, que aún sabiendo que he de causarte un dolor, sé compartir tu orgullo y comprenderlo.

D. PEDRO Gracias. Vamos a saludarlo. (*A D. Ambrosio*). ¡Hola señor Terrones! Aquí hemos venido a visitar nuestra propiedad. Y

perdone que la llame nuestra; los dos tenemos algo en ella: usted sus títulos; yo el apego a lo que fué mío; la vieja pasión.

D. AMBROSIO Está V. en su casa.

D. PEDRO Muchas gracias, ya lo sé; ya sé con cuánta satisfacción me hace V. el ofrecimiento, y de cuán buena gana. Y saber ofrecer vale tanto como saber comprar, ¿no es eso señor banquero?

D. AMBROSIO No he comprendido bien...

D. PEDRO Pues la fórmula es clara. De alguna cosa han de servirme los tratos y contratos que hemos tenido. No se roza impunemente con gentes de negocios; algo se pega... Solo las palabras, por lo demás... siempre seré el mismo. Yo no he sabido administrar lo mío, y mal sabría gobernar y disponer lo ajeno, que no otra cosa es la Banca: hacer pasar el oro de los demás por el cedazo de la caja, y recoger en ella las pepitas más gordas.

RAMONCITO (*Por la izquierda*). Buenas tardes. ¿Qué tal, que tal el discurso del señor Diputado, Don Ramón?

D. RAMÓN (*Tragando saliva*). Te diré querido Ramoncito, te diré... Bien, de palabra, bien... Intencionado en cierto modo, aunque, si errado, noblemente; eso creo yo... Tal vez la maledicencia dé a sus palabras un alcance que no tienen; tal vez la deli-

cadeza, exageradísima, se dé, sin un motivo real, por aludida...

Buenos conceptos; algo de fogosidad juvenil; elevadas ideas; bellos sentimientos, reposado el ademán y noble el gesto.

RAMONCITO Orador ¿eh?...

D. RAMÓN Orador, indudablemente orador, demasíadamente, quizás, para dejarse arrastrar por la oratoria... La palabra, querido tocayo, produce también sus embriagueces...

D. PEDRO Que hacen cometer sus tonterías; ¿no es eso, queridísimo don Ramón?

D. RAMÓN ¡Ah! nó, mi respetabilísimo don Pedro. Su sobrino tiene una percepción tan exquisita, que no puede caer en esas faltas. Le viene de raza.

D. PEDRO No, lo que es de raza, nó, me consta. Si mi sobrino hubiera salido a su padre, no tendría una peseta. Salió a su madre, e hizo bien. No aumentará su hacienda, porque eso no se hereda; es un don natural, como el de V. señor Terrones; pero ahorrará, ahorrará como una hormiguita.

ESCENA DECIMA TERCERA

Dichos y Alberto

ALBERTO *(Desde dentro, izquierda)*. ¿Porqué me calumnias, tito Pedro? Eso no está bien. Yo no renuncio así como así al noble abolengo de los Aguilar.

- D. PEDRO No renuncies al abolengo si quieres, pero renuncia la herencia. Es una ruina, hijo mío, una ruina.
- ALBERTO Una ruina muy hermosa.
- D. PEDRO Todo lo hermosa que quieras. Puedes poefizarla a tu antojo. Embellecer sus restos, y colgar sus muros de yedra, que es cosa que nunca falta en las ruinas románticas. Siempre se agarra a ellas algún parásito trepador. (*Sigue hablando con don Ramón*).
- ALBERTO ¿Y a tí, (*Volviéndose a Luisa, aparte*) te gustó mi conferencia?
- LUISA Gracias.
- ALBERTO ¿Te gustó?
- LUISA Te he dado las gracias; ¿a qué halagarte los oídos? No quiero confundir mi voz en el coro.
- ALBERTO Tu voz, para mí, siempre suena sola.
- LUISA ¿Todavía?
- ALBERTO He dicho siempre, y cuando lo he dicho, es porque no ha dejado de sonar nunca.
- LUISA Como un eco lejano...
- ALBERTO Como una voz presente. Y cuanto más lejana aún más.... por el contraste con las otras voces que me rodeaban.
- LUISA No creí tener tan buena voz.
- ALBERTO Escúchame, no te alejes otra vez... Necesito hablarte, quiero hablarte.
- LUISA ¿Tú dices quiero?.. ¿Cuándo lo has aprendido?

- ALBERTO Nunca dejé de quererte.
LUISA Ah!...; creí que no era querer de cariño,
 sinó querer de voluntad.
ALBERTO También así sé yo querer ahora.
LUISA Es curioso; solo por verlo, te concedo lo
 que antes me pediste y te negué.
ALBERTO Ha de ser esta noche.
LUISA ¡Como mandas! .¿Cuándo has aprendido?
ALBERTO Ha de ser en el jardín; en tu rincón.
LUISA Allí será.
ALBERTO (*Apasionado*). Y allí verás...
LUISA Ten cuidado, te miran.
ALBERTO No me importa.
LUISA Mucho has cambiado, Alberto.
ALBERTO ¿Y tú?
LUISA ¿Yo?... Un poco.

TELON

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Escena partida por un seto vivo, con un arco al centro. A la derecha verja de jardín con gran cancela de hierro labrado, practicable, flanqueada por columnas de ladrillos, con historiadas farolas.

A la izquierda, en los tres términos, paseos a partir de los bastidores, que deben figurar árboles centenarios.

Sobre los paseos, en el seto, en los bastidores y al foro—de bosque—hiladas de farolillos japoneses, que darán luz a su tiempo.

ESCENA PRIMERA

Asilada y Asilados 1.º y 2.º

ASILADO 1.º (*Sosteniendo la escalera en que está subido el asilado 2.º, y alargándole los farolillos*) ...siempre fuiste *asín* de *desagraesío*... *Mía* que *mermurar* de quienes vienen a favorecernos!...

ASILADO 2.º (*Colocando farolillos, muy descompuesto*)... ¿A favorecernos?... A divertirse vendrán ellos. Si los ricos se divierten haciendo estas *caridaes*, ¿porqué hemos de *agraecerlas*?

ASILADO 1.º Mírales la intención, hombre.

ASILADA (*Bariendo a trancos*) Pues lo que es la intención!.. Han *trafo* de botellas y de cosas buenas de *comé*, que *pa* mí que a D.^a Barbarita se le rompe *er borso* esta noche.

ASILADO 1.º No *mermures* tu *tamién*, *mujé*, que sinó é por Doña Barbarita, no se hace la fiesta. Ella é la que *l'organizaoo too*.

ASILADO 2.º Como que la hace *pa* ella, *mía* este. Con lo que se *jincha* ella, y con lo que *jincha er borso*, tiene *pa cinco* días.

ASILADA Lo menos. Y *aluego*, lo que se *descudia* de la recaudación....

ASILADO 1.º ¡*Josú!* ¡*Josú*, y que lengüecitas!

ASILADO 2.º *Pos toavía* no *l'hemos llevao* ningún cuento a las hermanas, ¿te enteras?; ni *l'hemos barrfo er suelo* a nadie con ella.

ASILADO 1.º ¡*Er señó me varga!*, y que manera de *hablá* de una señora como Doña Barbarita, siempre tan *meffa* en la Iglesia, tan religiosa, tan caritativa...

ASILADO 2.º ¿*T'a dao* a tí *arguna vé*, una peseta suya, *na má* que suya?

ASILADO 1.º ¿Y como me *l'a d'a ver dao*, sinó la tiene la *probecita*?...

ASILADA ¿Y de donde saca *pa echá* esas carnes, y esos trajes que me gasta?

ASILADO 2.º E una hormiguita; tal *cuala* su madre, la que fué ama de D. Luciano, el Arcipreste. Ella no tendrá rentas, ni por donde le vengán, pero su buena casa, su capilla en la

sala, con *má requilorio* y más candeleros que la del Asilo, su buena mantfilla y su buen rosario...

ASILADO 1.º Y sus cuatro misas diarias, que no hay quien se las quite, ¿no las cuentas?

ASILADA Como que vive en la Iglesia; *mfa* que trabajos. Calentfita en Invierno y fresquita en Verano, y tratándose con lo *mejó* de la *Ciudad*, aquí me entro y allá me *sargo*... De penitencia la querría yo, *pá* morirme de vieja.

ASILADO 2.º Y *ca* tres meses un *jolgorio* de estos.

ASILADA Y *ca* semana convite en *cá er Arcarde*, y *der Cura*, y de D. Ambrosio *er* Banquero, y regalos de las hermanitas...

ASILADO 2.º Y eche *usté indurgencias*... Hasta los *pecaos* de su *agüela tié perdonaos*. Y mire *usté* que su *agüela* debía *tené* un cesto *colmao*.

ASILADO 1.º *Tamién* vais a sacarle eso ahora?

ASILADA No señó, ni hay porqué. Mas critico yo la *hiprocresía* de la nieta, que los malos pasos de *l'agüela*. Sería como Dios *l'había jecho*, pero era más buena que *er pan*, límpia como los chorros *der oro*, y *trabajaora* como una mula. *Jaciendo* una *coláa* como a su *agüela quisía* yo *vé* a Doña Barbarita. Se la quitaban los vapores *der estómago pa toa la vía*.

ASILADO 2.º Como que los vapores esos van *cargaos* de comestibles. ¡Lo que traga...! *Pué* en

eso *der tragá tamién* Doña Frasquita é buena, *tamién*.

ASILADA ¿Y donde me deja a doña *Soledá*? ¡Ay D.^a *Soledá!*, ¿es como la miseria de los *probes*, ¡que no acaba nunca!

ASILADO 2.^o Otra que se pasa sus seis misas diarias durmiendo en la capilla *der* Sagrario.

ASILADA Como que *pa* la siesta, la Capilla no *tié* pero. Oscura, *perfumaa*, y con *er* run-run *der* cura y de los rezos... (*Silenciosamente, el Asilado 1.^o se escurre por la izquierda*).

ASILADO 2.^o Ya se fué Don Soplá; a darle aire vá a don Prudencio: como si lo oyera.

ASILADA A mí que le dé una *purmonfa*. Casi que lo he *jecho* con la misma intención: *pa* que vean que una no se mama *er deo*. Eso de *sabé* que sirve una de *tapaera* y encima *tené* qué está *agraecfa*... (*Volviéndose vivamente al público*). ¿A que viene esta gente aquí, *vamo* a *vé*?..... A *comé* a costa agena y a lucirse como Doña Barbarita y las otras beatas; a darle gusto al cuerpo bailando como las señoritas, o a *cocoteá* con *tóos*, como Doña *Matirde* y Doña *Clemencia* con la pollería. ¡Y *too* por los *probes*!... *Pa* mí que les dá vergüenza divertirse tanto, y han *inventao* esto de los *probes pa* que no se lo *jechen* en cara!

ESCENA SEGUNDA

Dichos y don Prudencio

D. PDENCIO Charlando como siempre, y, como siempre, con mala intención. Y el barrido como Dios quiere, y en la alameda vieja los farolillos sin encender.

ASILADO ¿Y del que aguanta la escalera no dice *usté ná?* Porque *jace* un rato largo que estoy en equilibrio solo.

D. PDENCIO ¿Y porqué no lo has ayudado tú?

ASILADA Porque no era mi obligación.

D. PDENCIO No me sea replicona; aprisa, vengan esas cosas, que vienen los señores. Todo el santo día os lo lleváis charla que charla... Que vienen, andar aprisa, por Dios!... El señor me dé paciencia....

ASILADO 2.º Ya vamos, ya vamos... (*Se van, llevándose la escoba y arreglando los farolillos.*)

ESCENA TERCERA

Grupos de invitados con trajes de capricho y con careta.
A poco, doña Barbarita y doña Frasquita.
Luego, "varias voces" fuera de la verja.

INVITADO (*Desde la cancela*). Aún no está encendido.

INVITADA 1.^a (*Voz de mujer*). Como que es demasiado temprano, ya te lo dije.

INVITADA 2.^a (*Voz de muchacha*) ¿Y llegaremos los primeros?

INVITADA 1.^a Que bochorno... Mira, vamos a seguir por aquí, no sea...

INVITADO Pero mujer, si vamos disfrazados...

INVITADA 1.^a Siempre has de tener las mismas ocurrencias... Como sinó nos conocieran... Bueno. Por la Alameda estará obscuro. Guía tu... (*Pasan por el paseo central, hacia la izquierda*).

D.^a BRITA. (*Con una cosa que quiere ser un disfraz de peregrina*). Que locura, Doña Frasquita, que locura...

D.^a FQUITA. (*Con el mismo disfraz*). Sí, pero la intención nos salva. Así me lo dijo el padre Ignacio.

D.^a BARBT.^a. Y a mí. No quise venir sin consultarlo, y me lo permitió con palabras tan amables... La Caridad, hija mía, lo purifica todo.

D.^a FQUITA. Como a mí, como a mí... ¿Y adonde le parece a V. que vayamos?

D.^a BARBT.^a. A ayudar algo. El buffet no estará aun preparado, y esos criados son tan torpes... (*Pasan*).

VOZ DE NIÑA (*En la verja*). Aun no hay nadie.

ID. DE MU- } (*Id.*) ¿Nadie?... Que fastidio.
CHACHA. }

ID. DE MUJER (*Id.*) ¿Vamos a dar otra vuelta?

ID. DE NIÑA Está la calle tan oscura y tan llena de fango... Yo he metido un zapato.

Voz de mujer Pues como te lo hayas ensuciado, has hecho una gracia. (*Pasan por fuera de la verja*).

ESCENA CUARTA

Ramoncito, Carmen, Lolita. Al entrar, luz.

RAMONCITO (*Entrando por la cancela, precediéndolas. Traje Luis XV un tanto a capricho*). *Epa-tant...* ¿Vé V. como yo tenía razón?

CARMEN (*De «Maravillosa» convencional*). No vá a haber más remedio que rendirse a la evidencia. Pero nó, no quiero coquetear con V., Ramoncito; el programa estaba bien claro: a las nueve empezará la iluminación. Y aunque me parece esta puntualidad muy provinciana, no he querido faltar a las costumbres locales.

LOLITA (*De capricho*). Pues ya vé V., no hay nadie.

RAMONCITO No hay nadie aquí, pero los rincones estarán llenos. ¿No lo dije? Ahí vienen. Estas niñas pueblerinas son de lo más oportunas...

CARMEN (*Coqueteando*). ¿Le desagradan, todas?...

RAMONCITO Donde está V. todo lo demás es desagradable.

CARMEN Que galante; lleva V. bien su disfraz.

RAMONCITO Para que el disfraz no desluzca tiene que acordar con los sentimientos. Nuestros trajes de ahora si que son verdaderos dis-

fraces. El frac iguala al camarero con el hombre chic. Es desesperante.

CARMEN Tiene V. sentimientos muy delicados.

RAMONCITO Aquí todo obedece a la rutina. Yo quise introducir la pulsera *porte-bonneur*, y resultó un fiasco; la uso yo solo. Esta juventud no tiene ideales estéticos. Por eso, cuando he encontrado un alma como la suya, que comparte mis entusiasmos... Ese traje de V. es una verdadera creación.

CARMEN No hice sino añadir unos motivos personales al traje, y suprimir los adornos del sombrero. Seguir servilmente el modelo, es humillante... Pero, ¿y Alberto?

LOLITA Quedó fuera con Papá.

CARMEN ¿Y la dejó sola? Que poco galante... En su disfraz he notado también. . (A *Ramoncito*).

RAMONCITO Coincidimos. La misma idea me hizo añadir esta banda azul, que se destaca suavemente sobre el tafetán de la chupa... (*Pasan*).

ESCENA QUINTA

Perico y Luis

PERICO (*De Mefistófeles*). Si señor, definitivamente. La ruptura ha sido formal y para siempre. Si la hubieras visto como yo!..

LUIS (*De smoking*). ¿Y me buscaba?.. ¿No me engañas, Periquillo? ¿Has dicho que me buscaba?

- PERICO Te buscaba, se acercó a tí... Ya te lo he contado.
- LUIS Cuéntalo otra vez.
- PERICO Bueno. Tú estabas dormido como un tronco. Ella venía frenética. Me preguntó por tí, te señaló, se acercó y te acarició. Tu entonces dijiste su nombre bien claro: Matilde; y ella te besó en la frente.
- LUIS ¿Me besó y yo no desperté?... No hay duda, el alcohol mata. Yo debía estar muerto...
- PERICO Pero lo original es la causa de la riña. Verás: Antonio, con muchos circunloquios, la dijo que iba a casarse con Juanita, la hija de Don Ramón, y le habló de su porvenir, de su pluma, de sus sueños de gloria, etc., etc... Ya conoces el disco.
- LUIS ¿Y ella?
- PERICO Ella lo escuchó muy tranquila, según me dijo. Pero cuando él, por dorar la píldora o por lo que fuera, la habló de continuar las relaciones, no pudo más y estalló... Si soy un hombre en aquel momento, me dijo, le cruzo la cara.
- LUIS ¡Matilde mía! .
- PERICO Muy tuya. Os parecéis como dos locos atacados de la misma manía sentimental. Señor, seamos razonables: La canallada de Antonio estará en casarse y dejarla plantada...
- LUIS Nó; eso puede perdonarse. Cuando el

Amor se acaba, es nobleza el decirlo claramente. Pero esas mezclas del interés con la pasión; ese adulterio de almas; eso de reservarse para una y venderse a otra..

PERICO Chico, chico.. tú y ella, ella y tú, os completáis. Si me siento galante esta tarde, me luzco. Afortunadamente el wisky me sentó mal, — estos menjurjes ingleses son tan poco afrodisiacos—, y no me dejé llevar por mis entusiasmos... Y hay que convenir en que furiosa, Matilde, está más apetitosa que nunca.

LUIS ¿Has sido sincero, Perico?

PERICO Fuí un primo completo, chico, pero, ¿que quieres?, el wisky me tenía amilanado...

LUIS Eres un buen amigo, Perico, mi único amigo... (*Pasan*).

ESCENA SEXTA

Tres muchachos, de Dominós.

DOMINÓ 1.º (*Por la cancela los tres*). Lo está criando a sus pechos.

DOMINÓ 2.º Buena nodriza. La matrona es opulenta..

DOMINÓ 3.º ¿Creéis?... El corsé hace mucho. Y por encima del corsé....

DOMINÓ 1.º Cuarenta años os contemplan.

DOMINÓ 3.º Y un pico... No podéis figuraros... La tal Doña Clemencia es un timo. Y sus obsequios otro timo,... más doloroso. A mi me dió como recuerdo este reloj,... y doblé.

DOMINÓ 2.º Es un descrédito para la casa. ¿Que diría Don Ambrosio si lo supiera?

DOMINÓ 1.º Debías presentarle una reclamación.

DOMINÓ 2.º Es un abuso de confianza. Y no hay derecho...

DOMINÓ 3.º A lo que no hay derecho es a traerse a toda la pollería en torno, haciéndole la rueda, con esta quincalla.

DOMINÓ 2.º Eso es cazar con espejuelo.

DOMINÓ 1.º La pobre señora está ya tan *passé*, que tiene que emplear sus recursillos. La infeliz no se resigna a la jubilación forzosa.

DOMINÓ 3.º Que se vá a resignar?... Para esas mujeres solo existe una cosa peor que prostituirse: no servir ya para hacerlo.

DOMINÓ 2.º Mala lengua.

DOMINÓ 3.º Déjalo moralizar. Las malas lenguas son el mejor resguardo de las buenas costumbres. (*Pasan hacia la derecha*).

ESCENA SEPTIMA

Don Pedro y Luisa

D. PEDRO (*Por la cancela y hacia la derecha. De sociedad los dos*). Pues señor, me reconcilio con Don Ambrosio. Ha hecho las cosas como sinó fuera banquero y prestamista. Verdad que es solo un anticipo, y siempre es el dinero de los otros el que se maneja, pero está bien, muy bien.

LUISA Demasiada luz, ¿no te parece?

D. PEDRO Hija, es simbólico. Aquí todo tiende a

deslumbrar. Mira: han respetado tu rincón. Está discreto como para una cita amorosa. En estas fiestas de Caridad, es muy conveniente dejar un rincón al Amor: dá un gran producto, y casi sin gastos.

LUISA

El Amor es también Caridad.

D. PEDRO

Sí, pero aquí despilfarran Amor a pretexto de la Caridad. Y lo que me indigna un poco, nada más que un poco, no creas..., es que hayan escogido precisamente tu rincón... Estas gentes no respetan nada; lo codician todo... (*Pasan*).

ESCENA OCTAVA

Tres máscaras de capricho.

MÁSCARA 1.^a (*Voz de niña*). ¿Ves, mamá? Llegamos las últimas.

MÁSCARA 2.^a (*Id. de muchacha*). Mejor.

MÁSCARA 1.^a Y como está todo alumbrado, se verá mi zapato manchado.

MÁSCARA 3.^a (*Voz de mujer*). En el césped te lo límpias con disimulo. (*Pasan rápidas, de la cancela a los paseos laterales*).

ESCENA NOVENA

Matilde y Luis.

LUIS

(*Con Matilde del brazo, y por uno de los paseos laterales*). No me lo niegue usted, Matilde.

MATILDE

No sé negar, es mi gran falta, ya lo sabe usted. Cuando me piden algo que está en mi mano conceder, me es imposible decir nó.

LUIS Pues yo sé, ciertamente, que V. ha dicho más de una vez nó... A Ramoncito...

MATILDE Ese no tiene necesidad de que lo quieran; se adora él mismo.

LUIS ¿Y a Don Ambrosio?

MATILDE Ese no pedía ni suplicaba; quería comprar. Y yo no me vendo; me presto, me doy.

LUIS Por un poco de tiempo.

MATILDE Mientras hago falta; cuando me comprendo innecesaria, me marchó. Todos ustedes, los muchachos de provincia, tenéis un ansia de aventuras, que la vida pueblerina no puede calmar. Yo aquí soy la aventura de todos ustedes. Para algunos, tal vez la aventurera...

LUIS No para mí.

MATILDE Usted mismo, Luis, ¿qué habrá pensado de mí?

LUIS Podría ser galante, Matilde, y decirle que el favor recibido de una mujer no se examina; que es siempre eso, favor, y la gratitud nos prohíbe el exámen... pero quiero ser sincero: no sé que pensar... Antes, cuando era V. para mí casi imposible, o muy remota, sublimaba sus caprichos transformándolos en virtudes. Hoy, que me ha hecho V. esperar...

MATILDE Yo no hago esperar.

LUIS Matilde...

MATILDE Siga V., se lo ruego, ¡siga V!.

- LUIS Hoy no puedo remediarlo: siento unos celos locos de todo su pasado.
- MATILDE Hace V. mal, Luis. La vida tiene tan pocos instantes dichosos, que es un verdadero crimen mezclarlos con recuerdos que son siempre amargos. El pasado nunca me ha parecido alegre.
- LUIS Porque se ha atenido V. al presente.
- MATILDE Y el presente es lo que se vive. Lo que pasó, pasó, es como si se hubiera muerto; lo que ha de venir aún no ha nacido... ¿A qué preocuparnos por lo que fué o por lo que ha sido?... Gocemos de este instante, y, si es alegre, no lo dejemos escapar.
- LUIS Déjeme sufrir un poco, Matilde. Es necesario que yo me convenza de que me falta algo, de que no soy enteramente feliz, para que no me abrume el miedo de perder la felicidad.
- MATILDE ¿Es posible?
- LUIS Es cierto. ¿Que quiere V.? Yo soy triste: como la vida.
- MATILDE No; la vida no es triste; es que no ha querido V. ver más que lo triste de la vida. La vida es alegre, y es preciso amarla... siquiera porque es mujer. Yo quiero que sea V. feliz totalmente. Y para eso debe V. desechar todo temor. Muchas veces el no ser feliz, es cobardía.
- LUIS ¿Cobardía?

MATILDE Cobardía, sí. Para ser plenamente dichoso, basta quererlo ser. Si yo digo: soy feliz, lo seré contra todas las desgracias. Me basta con apartarlas, y si no puedo vencerlas, con olvidarlas.

Dígame V., Luis; si yo hiciera caso a mi conciencia, ¿estaría aquí?... Todo un regimiento de deberes, formados en batalla, me lo impedirían. Pero yo, intrépidamente, los rechazo... ¿Dónde está mi dicha? Aquí...

LUIS ¡Matilde mía...!

MATILDE A tu lado... (*Marchando lentamente hacia uno de los paseos laterales*)... Prolonguemos este instante dichoso... No lo dejemos escapar.....

ESCENA DECIMA

Alberto y Luisa

ALBERTO (*Del brazo, por el primer lateral de la derecha*). ¿Oíste?

LUISA ¿Y tú?

ALBERTO Muy claramente: prolonguemos este instante dichoso; no lo dejemos escapar...

LUISA Es todo un programa para una vida.

ALBERTO Tu lo has dicho: para una vida.

LUISA Para una vida sola y egoísta; sí... Doña Barbarita, la beata, lo sigue al pié de la letra, y le vá perfectamente. Solo se preocupa de su cuerpo en este mundo, y de su alma en el otro,

- ALBERTO Comer, digerir, rezar, confesarse, que es otra suerte de digestión espiritual... Esa no es una mujer, es un animal inferior.
- LUISA Que piensa ir al cielo después de una feliz existencia en la Tierra.
- ALBERTO Un gusano. Para vivir así encerrada en su capullo, con la única esperanza de renacer transformada en mariposa, es preciso tener una inteligencia de gusano.
- LUISA Pues vive su vida.
- ALBERTO Esa no es vida. Para vivir la vida hay que gozarla, que poseerla como a una mujer.
- LUISA Te descarrías, Alberto. No olvides quien soy, ya que parece olvidar quien eres. No me confundas con esa Matilde.
- ALBERTO No frates de imponerme respetos ni conveniencias, es inútil. Para seguir haciendo esa comedia, no te habría pedido esta entrevista. Esa Matilde, como tu dices, se muestra, al menos, tal cual es.
- LUISA ¿Vas a defenderla?
- ALBERTO A disculparla. Desde que he sabido cuanto cuesta cumplir ciertos deberes, disculpo a todos los que, por debilidad o por abandono, faltan a ellos.
- LUISA Defiendes tu propia causa: la debilidad...
- ALBERTO Tienes razón, fui débil. Tú dominabas en mí con tus rígidas ideas de otros tiempos... Y por obedecerte, fuimos desgraciados.
- LUISA ¿Desgraciado tú?... ¿Tú, el Diputado, el

marido de la mujer a la moda, rico, aún joven, orador...?

ALBERTO ¿Porqué dices lo que no sientes, lo que no crees? Tú, que me conoces, has comprendido sobradamente que con esa mujer no puedo ser dichoso. ¡La mujer a la Moda!.. Tienes razón. Mi mujer es un maniquí. Y yo me pregunto, muchas veces, si cuando se entregó a mí y tuvimos ese hijo que tu quisiste que yo educara, y al que veo una vez al año en el colegio francés en que está interno, no estarían de moda los raptos en París....

¿Porqué me impulsaste, dí? ¿Porqué me marcaste, implacablemente, ese deber, cuando yo solo aspiraba a tu cariño?

LUISA Yo era rica entonces, y tu sabes cuanta fortaleza dán los bienes materiales para soportar los dolores. Los pobres tienen derecho a ser débiles para el dolor. El cuerpo, cansado, no sostiene a el alma en sus batallas... Pero la riqueza dá todos los orgullos, y el cumplir un penoso deber es uno de ellos.

ALBERTO Y me sacrificaste a él.

LUISA Te sacrificué y me sacrificué; mas te encontré tan propicio, que no tienes derecho a llamarme implacable, como lo has hecho.

ALBERTO ¿Qué dices?.. Y te atreves a censurarme tú?

- LUISA ¿Y porqué nó? Yo fui tal vez demasiado dura, demasiado rígida en mi concepto del deber. Como mujer. Las mujeres somos esclavas de nuestras preocupaciones. Pero tu no supiste ser hombre.
- ALBERTO ¿Qué querías, pues, que hiciera?
- LUISA Luchar, pelear, vencer mis escrúpulos. En esos combates del Amor con el Deber, la mujer, cuando ama, desea siempre ser vencida. ¡Tú no debiste abandonar el campo nunca!
- ALBERTO Tienes razón; no es nuevo eso para mí. Me lo he repetido tantas veces... Pero no esperaba oírlo de tus labios. Y eso contribuye a mantenerme en mi resolución, que es, como tu lo fuiste entonces, implacable.
- LUISA ¿Qué resolución?
- ALBERTO La que me trajo aquí. Yo he venido por tí.
- LUISA ¿Por mí? ¿Qué dices? ¿Con que derecho te atreves a hablarme así?
- ALBERTO Con el que me dán los diez años de dolor y de amor que han pasado. El Amor y el Dolor tienen sus derechos, y yo vengo a ejercerlos.
- LUISA No sobre mí; ese Amor y ese Dolor son tuyos.
- ALBERTO Pero tu los causastes, y es tu deber repararlos. ¿No hablas de deberes? Ahí tienes uno... Pero no quiero jugar con las palabras. Yo he venido por tí; porque sé que

me quieres como yo te quiero, y por encima de todos los deberes está nuestro cariño.

LUISA Según los deberes... Piensa...

ALBERTO No pienso, no quiero pensar.

LUISA Reflexiona...

ALBERTO Nó. Solo existe en la vida una cosa que me la haga grata, tu cariño, y vengo por él.

LUISA Mira que no es el orgullo el que me hace defenderme ahora. Mis orgullos se fueron con las riquezas de mi padre. Soy humilde, muy humilde. Yo también, como tu, aspiro a mi parte de felicidad.

ALBERTO Entonces, ¿que te detiene?; ¿a que tantas palabras?... ¡Ven!

LUISA No son palabras ya, sinó hechos que no podrás negar, obstáculos vivos que no podemos vencer... Tu eres casado... No tienes derecho a abandonar a tu mujer...

ALBERTO Mi derecho eres tú. Yo no quiero tener derechos más que sobre tí.

LUISA ¿Y que seré yó: tu querida?

ALBERTO ¿Qué nos importa el nombre que te den los demás? Tu has de acudir solo a mi llanto, y yo te he de llamar siempre *mía*.

LUISA No hablemos de mí ni de tí. Yo tengo mi padre... Mi padre arruinado; mi padre al que no le queda más que una riqueza, un orgullo, y un consuelo: yó... ¿Me pides que lo deje, que se muera de desespera-

ción, al verse solo para soportar la miseria y la vergüenza?

ALBERTO Nó... (*Vacila*) Esperaremos...

LUISA ¿Que esperar?... ¿Ves?... No te atreves a decirlo... Esperaremos su muerte, ¿no es eso?... Es decir, que para ser felices, para serlos totalmente, porque yo, óyelo bien, no consentiría en ocupar a tu lado una posición humillante, tenemos que esperar la muerte de mi padre y la de tu mujer. Tal vez, a fuerza de pensarlo, impacientes, las deseemos... Tal vez quisiéramos apresurarlas... Y eso es un crimen, ¿oyes?, un crimen.

ALBERTO No es criminal el esperar la dicha.

LUISA Lo es; lo es cuando queremos alcanzarla a costa de la vida de los otros! Ya ves cuantos obstáculos para esa dicha, que se nos ofrecía tan fácil y sencilla, y que dejamos escapar.

ALBERTO (*Impetuoso, cogiéndole las manos*). ¡Pues hagamos un esfuerzo supremo!... ¡Alcancémosla sea como sea!... ¡Por encima de todos!...

LUISA No, Alberto, nó, es inútil... La dicha que se vá... no vuelve...

TELON

FIN DE LA COMEDIA

*Colombina, Arlequín y
Compañía*

José Rial

Colombina, Arlequín y Compañía

—•••••—
Monólogo en medio acto

A Amalia de Isaura, la Ar-
tista inimitable y prodigio-
sa, y Antonio Martiánez,
el discretísimo Actor, cor-
dialmente.

El Autor.

PERSONAJES

Arlequín Tipo sin edad, porque es eterno.

Epoca La incierta de los años que todos hemos vivido, y que en casi todos ha pasado ya.

Lugar En donde quiera que haya hombres y mujeres puede surgir Colombina, amar Pierrot y ser engañado Arlequín.

ACTO ÚNICO

La escena en la obscuridad. Solo un rayo de luz sobre la cara angustiada de Arlequín.

Al final, una Luna inmensa muestra su perfil burión sobre el telón negro del fondo. En un banco de mármol la mandolina de Pierrot.

ESCENA UNICA

Arlequín

(En traje de Pierrot).

SEÑORES: Vengo de incógnito. Aunque me ven ustedes en este traje, soy Arlequín, pero ya no puedo serlo; mejor dicho, parecerlo. Ustedes habrán oído contar que Colombina ha abandonado a Pierrot, seducida por mis marrullerías de viejo galanteador... Nada de eso. Todo es pura calumnia. Yo no he empleado ardid ni malicia con Colombina. Por el contrario: ha sido Ella la que los ha derrochado conmigo, hasta no dejarme ninguno. Para engañar es preciso ofrecer, y yo he dado. Es Ella la que me ha hecho una multitud de ofrecimientos, que luego no ha

cumplido. Yo soy un honrado comerciante, incapaz de embaucar a mi parroquia de esa manera.

(Pausa).

Ya conocéis a Colombina... Es un artículo bien presentado. Género de primera calidad, al parecer: cara de biscuit; labios en figura de corazón; ojos azules de movimiento; cuerpo esculpido en material sólido, y manos y pies excesivamente pequeños.

Todo eso ofrece garantías... Y yo me comprometí en el negocio, firmando una serie de letras convenientemente escalonadas, para satisfacer las exigencias de mi consocia.

De mi consocia he dicho y no retiro la palabra. Se trataba de una simple especulación sobre el Amor. Y como siempre, el explotado sería el público. La masa de imbéciles que se sacian de fábulas y engaños, cuando la Vida ofrece tan buenas cosas.

(Pausa).

Lo arreglaremos así:

Yo seduciría a Colombina con mis promesas y mis falacias una buena noche de Luna.—Nos hacía falta la Luna como elemento decorativo...—Pierrot, que esperaría a Colombina al salir de su taller dur-

miendo la borrachera en un banco,— porque ese vago no sabe hacer otra cosa,— nos sentiría venir a lo lejos en un automóvil,—graduando los efectos,—y al pasar, a cincuenta por hora, nos reconocería, y se pondría furioso al ver que se le escapaba el cocido... Y su desesperación enternecería a los estúpidos de la galería, que pagarían gustosamente por el placer de ver llorar y desesperarse a Pierrot.

Colombina me advirtió, previendo mi natural sensibilidad, que no le dijese nada.

—Pierrot, me dijo, no debe estar enterado de la farsa. El creerá que todo es verdad.

Y cuando se dé cuenta de que ya no volveré a trabajar para él, se desesperará tan sinceramente como un enamorado al que abandona su amante. No hay pena que se parezca más a un Amor traicionado, que la de un hombre que se queda sin cenar.

Yo no quería convencerme, pero Colombina añadió estas palabras definitivas.

—¿No es la ausencia la privación de todos los bienes del Amor?...

—Sí, le contesté...

—Pues Pierrot, al que yo le ofreceré esa noche una cena excepcional, se verá privado de ella y sin posibilidad de alcanzarla, con nuestro automóvil a cincuenta kilómetros por hora... Ya véis que existe la semejanza.

- ¿Y como cantaré a la Luna, vamos a ver?.. la pregunté.
- Porque ya otras veces lo he dejado sin cenar, y se ha puesto a cantar para recoger algunos cuartos de los transeuntes.
- ¡Cómo!, ¿vuestro Pierrot pide limosna?..
- Todos los enamorados la piden.
- ¿Entonces, yo deberé pedirla?
- Cuando llegue la ocasión, la pediréis.
- ¡Nunca! Arriesgaría mi crédito. ¿Que se diría de mí en la Bolsa?... Yo soy un comerciante respetable...
- No se hable más del asunto, me dijo. Ese sacrificio, como todos los sacrificios del Amor, ha de ser espontáneo. Sinó, perdería todo su mérito.
- Y no se habló más.

(Pausa) .

Traté el automóvil, que me costó horriblemente caro. Esos chóferes tienen en cuenta todas las circunstancias. Un automóvil para un rapto aumenta un setenta por ciento por kilometro. La discreción cuesta más que la gasolina. Las paradas tienen tarifa aparte, y el ruido del motor una sobre-prima. Yo no creí que esto estuviera tan reglamentado...

Colombina quería una sirena, que es más espectacular y más cara, naturalmente, pero yo me contenté con un modesto clá-

xon. La cuestión se reducía a despertar a Pierrot, que estaría durmiendo en el banco, y hacer que se diera cuenta de nuestra fuga.

(Pausa).

Todo salió muy bien. Cuando sonó el cláxon, Colombina me abrazó y me besó apasionadamente, lo que hizo muy buen efecto en el público, pero me obligó a pagar una multa por ataques a la Moral, y otra por no habernos detenido en el momento de salir a la calle, cuando el Guardia nos dió el alto para tomar los nombres.

Pierrot, que vió escaparse su cena, cantó a la Luna y la gente lo compadeció y aplaudió. Había una gran entrada y yo esperaba una magnífica ganancia. Se habían cotizado los asientos a altos precios. Colombina, que tiene un primo periodista, le había hecho decir en la Prensa que Pierrot, al final de su tragedia, se suicidaría... Esto atrajo a las gentes distinguidas... No se vé todos los días un espectáculo así... Yo estaba radiante.

Salvaría mi crédito, y podría cumplir mis compromisos a 90 días...

(Pausa).

Le había prometido a Colombina el treinta por ciento, aparte su vestuario, y me confesó, haciéndome jurar que le guarda-

ría el secreto, que quería dedicar sus ahorros a hacer préstamos con buenas garantías y a un crecido interés... Y yo, que admiré sinceramente el espíritu práctico de esta mujer tan frívola en apariencia, le ofrecí fundar con ella una Sociedad por acciones.

¡Ah señores! ¡No conocía sus acciones!.. Era mucho más práctica de lo que yo suponía!...

(Pausa).

Mientras Pierrot cantaba, el automóvil salió a la carretera, y anduvo los cincuenta kilómetros contratados exactamente. Ni un metro más. Era hombre de palabra el chófer. Cuando marcó el taxímetro el número 50 paró en seco, nos hizo bajar, y reclamó sus honorarios...

Estábamos en el centro de la plaza principal de un pueblecillo, y aunque quise que nos volviera a traer, se negó en absoluto.

Eran las 11 y 30, y a las 12 y 45 tenía otro rapto con sirena, del que había recibido ya el anticipo convenido: cien pesetas... un rapto a todo lujo...

Al pagarle me hizo observar respetuosamente que no había obedecido las intimaciones de la Autoridad, y tuve que añadir una propina...

Busqué a Colombina para llevarla a un hotel, y figuraos mi sorpresa cuando la ví encaramada en la trasera del automóvil, y corriendo a una velocidad vertiginosa sobre el asfaltado de la carretera..

(Pausa).

Aquello me hizo desconfiar y puse a mi Agente un telegrama de madrugada... En efecto: ¡me estafaron de la manera más villana!...

El encargado del despacho de billetes, otro primo de Colombina,—¡y yo no tuve el menor presentimiento!,—huyó con los fondos en un automóvil con sirena, que por el número era el mío.

Ella lo acompañaba... Y Pierrot había tomado aquella noche el tren expreso en primera, con un kilométrico familiar.

(Pausa).

Y hé aquí ahora mi situación tristísima: Se me han venido encima el dueño del Teatro; el del automóvil; los atrezistas, los sastres y las costureras; la Autoridad con sus multas y apremios; la mamá de Colombina con una denuncia por rapto y otros excesos, de los que soy incapaz... y aún me esperan las letras vencidas...

Solo me queda la mandolina de Pierrot y su traje, que dejó en Contaduría al huir con mi gabán y mi sombrero de copa.

Soy un honrado comerciante que solo conserva ya su crédito; y no puedo comprometerlo mendigando, aunque sea ante caballeros tan correctos como estos, y ante damas tan caritativas como estas.

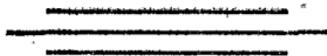
(Pausa).

He aquí, Señoras y Señores, al mísero Pierrot, al que ha abandonado Colombina, dejándolo a la Luna de Valencia. (*Aparece la Luna sobre el fondo negro del escenario*).

...Un pobre mendigo de Amor, enamorado de su Arte...

Colombina tenía razón. Todos los enamorados hemos de mendigar forzosamente alguna cosa: Amor... Dinero... Gloria... Aplausos...

TELON



La Ley de los hombres

José Rial

La Ley de los hombres

—••••—
Comedia en dos actos.

A Bianca Valoris

la bella actriz.

El Autor.

PERSONAJES



ELLAS

Amalia	24 años
La Celestina	45 »
Una criada	de 20 a 30 años

ELLOS

Andrés	30 años
Alonso	36 »
D. Satur	55 »
Román	28 »
Luis	30 »
El criado del restorán	30 a 40 años
Un criado de la casa	25 a 30 »

La acción en una capital de provincia de Andalucía,
Cádiz, por ejemplo... Epoca actual.

ACTO PRIMERO

Despacho lujoso de Abogado en provincias, sin muchos pleitos, pero con una fama extendida en asuntos sentimentales. Puerta central al foro que dá a una galería encristalada. Otras dos en el lateral de la derecha y balcón grande a la izquierda. Cortinajes. Lámpara eléctrica al centro. Mesa moderna de despacho entre el balcón y la puerta del foro, con pocos papeles y muchos detalles elegantes, entre ellos un velón con lámpara eléctrica o alguna «nota» parecida. Estanterías con libros. Bustos, fotografías y algún bibelot artístico. El título en su marco. Sillones y mesita con periódicos. Panoplias, si las hay presentables, y algún cuadro. Sensación de buen gusto más que de severidad.

ESCENA PRIMERA

Andrés y el Criado del restaurant

- CRIADO (*Entrando*). ¿Don Andrés?
- ANDRES (*Sentado a la mesa*). ¿Que quieres?
- CRIADO Esta cuenta. Me la entregó el amo y me dijo que dispensara, pero como estamos a fines de año...
- ANDRES No recuerdo ninguna cuenta pendiente.
- CRIADO Son 1.365 pesetas...
- ANDRES ¡Imposible! A ver... No es mía: debe ser

cosa de mi padre, porque Román... pasa a la Caja, que seguramente habrá dado orden de pagar.

CRIADO Dispense Vd., cref... como estuvo Vd. en un reservado.

ANDRES Pero para gastar 1.365 pesetas, hace falta abandonar todas las reservas... Vé, vé...

CRIADO Pues, con su permiso... (*Sale por el foro*).

ESCENA SEGUNDA

Andrés y Luis

LUIS (*Entrando por una de las puertas de la derecha*). ¿Pero donde estuviste ayer? ¿Te has perdido?...

ANDRES Ya sé, acabo de ver la cuenta... Ochocientas y pico de manzanilla... ¿Os distéis un baño?

LUIS Fué una ocurrencia de tu padre, que estaba inspirado. Hizo llenar de manzanilla una tinaja grande, y metía a las chicas... Decía que la mujer debe saborearse en su propia salsa...

ANDRES ¡Que guarros!... Mi padre siempre tira a las cocineras.

LUIS ¿Ya estás hablando mal de tus madrastras?

ANDRES No lo han sido, ni lo serán.

LUIS Peor sería... No cabe duda, tu padre es hombre que lo entiende. Nunca le ha importado la opinión de los demás.

ANDRES Ni a mí tampoco, pero hay cosas...

- LUIS Bueno: ¿se puede saber donde estuviste anoche?...
- ANDRES Te lo diré, no es ningún secreto.
- LUIS Lo siento... Cuando se notó tu ausencia, que fué muy notada...
- ANDRES ¿De verdad?
- LUIS La Pura estaba inconsolable... Hasta después del baño no conseguimos ponerla a tono... Porque te advierto que el baño era al revés.
- ANDRES ¿Como al revés?
- LUIS Que las introducíamos cabeza abajo en la finaja... Era un baño de impresión.
- ANDRES ¡Qué brutos!
- LUIS No creas; luego las dejábamos bañarse a su gusto, y bañarnos a todos. La Trini tuvo una ocurrencia fantástica.
- ANDRES Me la figuro... es el colmo de la frescura...
- LUIS Pues nosotros no sospechamos nada hasta que tu padre lo notó y la obligó a beber de una zambullida. Tu padre es único... ¿Y tu cuñado, el grave y respetable Don Alonso?
- ANDRES Metido en juerga es peor que mi padre.
- LUIS Lo deja en mantillas, pero a cencerros tapados, con toda medida y gravedad, y sin faltar a la corrección... ¿Pero que haces?.. ¿es algo urgente?
- ANDRES Sí; la defensa del punto ese que me ha tocado en turno: «el Rubio».
- LUIS ¡Como lo tomas con tanta fé!..

- ANDRES Como todas mis defensas... procuro cumplir lo mejor posible...; pero esta, además, me interesa: es una combinación...
- LUIS ¿La hermana?
- ANDRES Nó; en reserva, ¿sabes?, la mujer.
- LUIS ¿Y reprochas las cocineras?..
- ANDRES ¿Cocinera?.. Ventiocho años, fina, aseada,... una cosa muy presentable.
- LUIS Pues me la presentarás... «el Rubio» tiene para cinco años.
- ANDRES Voy a ver si lo dejo en dos, sin las costas.
- LUIS Las costas las pagaremos a escote, si vale la pena.
- ANDRES Lo vale, pero no creas... Desinteresada, romántica, y hasta un poquito encaprichada.
- LUIS Mira, si empiezas a fantasear, me voy. A mí no me colocas tú el folletín... Eso a tu cuñado, cuando vayas a sacarle los cuartos... Y apropósito, ¿como se porta Don Quijote en su nuevo cargo de Apoderado general?
- ANDRES A Don Quijote le descubrí una martingala infalible. Se la pegaba a su Dulcinea.
- LUIS ¿A tu hermana?... ya lo sabía.
- ANDRES Nó, a su querida. A mi hermana la tiene convertida y se dá una de novenas... Es de qué sé yo cuantas hermandades... Le ha combinado una vida tan ocupada entre la Iglesia y las Juntas, que no le queda tiempo para enterarse de lo que hace él.

- LUIS ¡Que bandido!
- ANDRES Este cuñadito mío es prodigioso... Don Quijote, como fu lo llamas...
- LUIS A un hombre que se llama Alonso Quijano, decirle Don Quijote es una abreviatura.
- ANDRES Pues es el Sancho de esta casa, y su actual Dulcinea no es ninguna Menegilda.
- LUIS Cuenta, cuenta... ¿pero es posible que yo ignore eso?
- ANDRES Con el nombre basta: Doña Leonor.
- LUIS ¡Doña Leonor!... ¿pero la?...
- ANDRES No hay otra: la Marquesa.
- LUIS ¡Ah canalla!... Me ha robado mi porvenir... pero me la paga.
- ANDRES Indiscreciones nó, que de eso me encargo yó. Desde que mi padre lo hizo Apoderado le guardaba toda clase de consideraciones, pero se ha puesto imposible.
- LUIS Me he quedado estupefacto: ¡Don Quijote y doña Leonor!..
- ANDRES ¿Que quieres?.. Los hombres serios buscan las mujeres graves... Son capaces de rezar juntos, después...

ESCENA TERCERA

Dichos y D. Satur.

- D. SATUR (*Entrando por el foro*). ¿Qué, la has dormido yá?
- LUIS ¡El gran Don Saturno! ¡*Ave Cesar, morituri, te salutant!*

D. SATUR. ¿Morirte tú?... Se acababan los sinvergüenzas de esta generación.

LUIS Pero siempre quedarían los de tres generaciones anteriores... Mientras Vd. viviese...

D. SATUR. Si me vuelves a sacar la cédula, perdemos las amistades, Luisito. Y apropósito, Andrés, dile a Medina que le pase a este pollo su participación en la cuenta de anoche. Eramos diez.

LUIS Esa es una venganza cruel, Don Saturno. Yo vivía en la dulce esperanza de un olvido, de una distracción...

ANDRES Pues pierde la esperanza.

LUIS Y luego dicen que el vino hace olvidar... Vd. es mi padre, Don Satur.....

D. SATUR. ¡Que nó!

LUIS Sinó lo digo como coba, sinó como ofensa. A mi padre no hay quien le saque un cuarto.

D. SATUR. Ni a mí tampoco.

LUIS Usted es peor... Mi padre, con ser como es, no ha conseguido sacarme un cuarto nunca.

ANDRES (*Siempre en sus papeles*). Tu padre no ha sido banquero...

LUIS Don Satur, ¡una moratoria!...

D. SATUR. Me gusta mucho verte por aquí.

LUIS Que no tengo más que trescientas pesetas y una participación en un negocio de Andrés, que me vá a costar tres mil.

- ANDRES No exageres.
- D. SATUR. Venga ese negocio... Si hay participación para mí, pago los gastos.
- LUIS ¿Me permites, Andrés?... Es un caso de vida o muerte para mi cartera. Estamos a cinco y se me presenta un mes horrible.
- ANDRES Formalicemos eso; aquí tienes el asunto: veintiocho años...
- D. SATUR. Buen empiezo; ¿rubia?...
- ANDRES Rubia con ojos negros.
- LUIS Ese dato exige una prima.
- ANDRES Estatura, la mía.
- LUIS Un lote magnífico.
- ANDRES Carnes en proporción, y muy bien distribuidas.
- LUIS Distribuya Vd. algo a cuenta de esa distribución, Don Satur.
- D. SATUR. Vengan los detalles secundarios.
- ANDRES Casada, con el marido ausente.
- LUIS Diez por ciento del seguro.
- ANDRES Madrileña castiza, fogosa, agradecida...
- LUIS No doy mi participación por un billete de mil.
- D. SATUR. Bien, muy bien... ¿Dónde vive esa desgraciada?
- ANDRES Aquí cerca, pero habrá que trasladarla. El negocio tiene sus contras y hay que proceder con tacto. Puedes actuar de socio protector.
- LUIS Y yó de socio protegido.

- ANDRES Eso allá tú; la tajada que cojas que te sirva de provecho. Yo ya saqué la mfa.
- LUIS Mientras no afloje Don Satur,.. Vamos a ver, ¿qué decide Vd?
- D. SATUR. Me quedo con el negocio, pero sin comisión, Luisito. Me querías estafar; tú no tienes nada en eso.
- LUIS El silencio, que es oro.
- D. SATUR. Bueno; te pago la cena de anoche por el silencio; ¿quién es ella?
- LUIS Déjame a mí esa participación... La mujer del «Rubio», el defendido de este. El de la letra a Marques y Compañía.
- D. SATUR. Como si me hablaras de la Reina de los Aschantis.
- LUIS ¿Cómo que nó?... Si publicó el retrato «El Diario»... ¿No recuerda Vd. que «el Rubio»...
- D. SATUR. Yá caigo... No me digas más... Muy bien... Te felicito y me felicito... Andrés... ¿Y cuando explotamos eso?...
- ANDRES Por mí, cuando quieras; pero no vayas a decir que media el parentezco.
- D. SATUR. ¿Por quién me tomas?... La mujer tiene su Moral, que hay que respetar. Yo no te conozco.
- ANDRES Ya te he dicho que es una romántica. Ella será la primera que querrá ocultarlo todo. Búscate una mediadora que te haga el cartel; un señor respetable...
- D. SATUR. No me tienes que decir nada; me sé de

memoria el papelito, A mi edad hay que resignarse a la respetabilidad. Es lo único que nos queda.

LUIS Don Satur, esa declaración me ha conmovido. Cuando un hombre como Vd. confiesa el dolor de su impotencia...

D. SATUR. Mira, Luisito: como vuelvas a mentarme esa palabra trágica, te cierro el crédito.

LUIS Ni una letra más.

D. SATUR. Ni una letra, aunque la firme tu padre.

LUIS ¡La firma de mi padre!.. ¡Como no la falsifique!.. Vamos a ver, Don Satur, ¿Vd. sería capaz de perjudicar a un amigo, por una leve sustitución de firmas?..

ANDRES No te fíes. En pasando de mil pesetas no conoce amigos... ni hijos. *

D. SATUR. Andrés, que te veo venir... Tu quieres cobrarle por adelantado. Y algo te tocará como abogado defensor.

ANDRES Eso sí que nó... Yo ya he cobrado.

LUIS Y en acciones libres de gastos.

D. SATUR. Que yo voy a pagar con prima.

LUIS Es el deber del socio capitalista.

ANDRES Si te lo digo es por no reñir con Alonso, que está imposible. Al pobre Román lo trae frito.

D. SATUR. ¡No me hables de Román!

LUIS Pues es el que más se le parece. Le gustan las faldas como a Vd.; y las copas; y el naípe...

D. SATUR. Pero pasa la raya. Ha acabado con la he-

- rencia de su madre en tres años. Se ha jugado un capital.
- LUIS Y lo ha perdido. La primada mayor que puede hacer un hombre.
- ANDRES En cada billete que se pierde en un segundo, se vá una noche de alegría.
- D. SATUR. Eso. Al dinero hay que sacarle el jugo. Redondo se ha hecho para que ruede, pero viéndolo rodar. Que pene ahora y sepa lo que vale.
- LUIS Alonso lo hace penar. Por no oirlo... Anteayer le costó hora y media sacarle cien pesetas. Y se las dió con recibo.
- D. SATUR. Sigue mis instrucciones. Alonso es hombre de voluntad...
- LUIS Bueno, Don Satur, que se me está usted poniendo en caracter de padre y no lo reconozco. ¿Que plan tiene Vd. para esta noche?
- D. SATUR. Para esta noche nada. ¿Has pensado algo tú?
- LUIS Tráigo una proposición. Celèstina la corredora, me ha dicho que la Flamenca tiene un apuro. Le ha dado a correr su mantón. Y Vd., que es hombre caritativo, no vá a dejar que pase frío esa preciosidad de criatura.
- D. SATUR. ¿Rosa la Flamenca, la auténtica?..
- LUIS La misma que viste y calza gracias a nuestro respetable amigo el excelentísimo Sr. Don Leonardo de Silva y Pinto, Gran Cruz del Mérito Agrícola, Ex-Dipu-

fado provincial, Académico de la de Bellas Letras...

ANDRES No le hagas la esquila. Me la sé de memoria.

LUIS Pues eres un caso prodigioso, porque la esquila de Don Leonardo cojerá la primera plana de la «Correspondencia.»

D. SATUR. ¿Y de eso del mantón, estás seguro?

LUIS Segurísimo. Me lo ofreció Celestina para la Trini, creyendo que yo estaba encaprichado por ella. ¡Un mantón de mil pesetas! Ni la Venus de Milo me saca a mí esa prenda!.. Lo dá en setecientas. El apuro debe ser cosa de quinientas pesetillas, que necesitará «el Posturas».

D. SATUR. ¿Y tú crees que por esas quinientas pesetas, la «Flamenca»?..

LUIS *Cade.* La ocasión la pintan calva; aprovéchese, Don Satur: es un símbolo... Esa no pierde el mantón. Don Leonardo no se corre por nada del mundo, y «el Posturas», cuando pide, aprieta más que un dolor.

D. SATUR. ¿De modo que tu te encargas?...

LUIS De todo.

ANDRES Mira, Papá, yo conozco a Luis. Haz que te tráiga la corredora y te sale más barato.

LUIS Oye, tú, hazme el favor de aclarar. Mi honor está en entredicho.

ANDRES ¿Para que vamos a perder el tiempo?.. Tráete a la corredora.

- LUIS ¿De valde?
- D. SATUR. No me gusta que venga esa mujer aquí.
- LUIS Se vá Vd. a asustar ahora, Don Satur, ¡si es visita de esta casa!... Pero veamos, las cuentas claras... Vendrá... ¿que voy ganando?
- D. SATUR. No lo perderás. Si hay combinación, tu parte en el festín no te la quita nadie.
- LUIS Sí, pero de ese festín lo más sabroso son los postres.
- D. SATUR. Anda, que cuando se parte un pastel, a todos nos toca algún pedazo. La Flamenca era un plato reservado... Luego entrará el porque no digan... Y como tú dices: el silencio es oro.
- LUIS Bueno: veremos lo que dá de sí ese secreto. Hoy me llevo dos y este es de los caros. Pensamiento, Don Satur: el secreto de una mujer abre las cajas de caudales de tres hombres: el pagano, el amante y el amigo. Firmado: Luis Espinosa.
- ANDRES Debías haber usado un pseudónimo: *la ganzúa*, y era más breve.
- LUIS Estás caústico. Se conoce que no tienes un cuarto, Don Satur, mi querido banquero, un abrazo en arras de su futura conquista: ¡«La Flamenca»! ¡que dichosos són algunos hombres! Lo tienen todo: ¡dinero, dinero, y dinero! (*Se vá*).

ESCENA CUARTA

Andrés, Don Satur.

ANDRES Bueno, Papá, ¿me das esas pesetas?... A Alonso no quiero pedírselas, y he de advertirte algo, que me parece que debes saber: Alonso...

D. SATUR. (*Tranquilamente*). Tiene una querida: Doña Leonor... Ya lo sé.

ANDRES ¿Lo sabías?.. ¿Y sabías que se la pega?

D. SATUR. Nó, y me extraña; aunque en una querida, es lo más natural.

ANDRES No hablo de Doña Leonor, sinó de Alonso. Es él quien se la pega.

D. SATUR. Tampoco me extraña. ¿Y es peligrosa esa otra conquista desde el punto de vista económico?

ANDRES Es una modista.

D. SATUR. Suelen ser pedigüeñas, pero no es cosa mayor. Alonso es joven todavía: tiene treinta y seis años. A mí me costaba el doble. Las modistas evalúan sus pedidos por la edad de sus conquistadores. Pensamiento, como diría Luis. Y en cuanto a Doña Leonor, esa no pide, dá.

ANDRES Lealmente, no es por simpatía, yá lo sabes, pero no creo que Alonso...

D. SATUR. ¿Quién habla de dinero?... Dá prestigio, respetabilidad... No hay mayor aureola de respetos que la que proporciona el haber hecho pecar a una mujer respetable. Dá: a Alonso y a cualquiera. Doña Leonor es una mina por explotar.

ANDRES Si lo miras desde ese punto de vista...

D. SATUR. No hay otro. Una mujer de cuarenta años, viuda de un viejo de sesenta, ha de recibir el amor como un don de los dioses. Alonso es un hombre práctico.

ANDRES Sí, pero te olvidas de Amalia.

D. SATUR. Tu hermana está muy metida en sus rezos y en sus novenas. También en eso ha demostrado Alonso que lo entiende. Convéncete: entre románticos como tú, y botarates: como tú hermano, Alonso es un águila. Yo necesitaba descansar y divertirme un poco...

ANDRES Como no te has divertido...

D. SATUR. Me he divertido en las horas de descanso del trabajo, que es un disparate. Las diversiones son las que exigen descanso. Después de una noche de juerga se tiene más necesidad de echar un sueño, que después de tres días de Balance.

ESCENA QUINTA

Dichos y Román

ROMÁN *(Dè uniforme; abrazándolo por detrás).*
¡Papá!

- D. SATUR. (*Sin volverse*). Inútil. Has perdido el abrazo. Las llaves de la caja las tiene Alonso yá te lo he dicho.
- ROMÁN Es un abrazo sin interés y sin descuento; te quiero, Papá... Con la mano abierta y con la mano cerrada. Y respecto a Alonso, me creo en el deber de decirte...
- ANDRES ¿Que es el amante de doña Leonor?... Yá lo sabe. Se te cerró a la banda, ¿no es eso?
- ROMÁN Se me cerró a la banda, pero no es eso. Yo lo sabía desde hace algún tiempo.
- D. SATUR. Exacto. Le has pedido a Alonso varios anticipos a cuenta de tu silencio... te los ha dado. Lo has cansado y ha preferido que hables de una vez. Eso es todo.
- ROMÁN Me parece que hay algo más... Mi hermana...
- D. SATUR. Tu hermana no sabe una palabra; y como tu no se lo dirás, porque harías una canallada que no te produciría nada y te saldría muy cara...
- ROMÁN ¡Papá!
- D. SATUR. Nada de papá... Aquí solo somos hombres y como hombres hemos de proceder.
- ROMÁN Claro, pero como hermanos...
- ANDRES Y Vd. como padre...
- D. SATUR. Primero como hombres... Luego hablaremos del parentesco. Nadie quiere a Amalia más que yó: ni tú, ni éste, ni su mismo marido... Pero como hombres no tenemos

que espantarnos de una cosa que hacemos todos los hombres. Lo he hecho yó, como lo hace Alonso, y lo haréis vosotros cuando estéis casados también; y el que no lo hace es porque no puede o no encuentra ocasión.

ROMÁN Desde luego, pero aquí se trata...

D. SATUR. Aquí solo se trata de saber si Alonso, que es mi hombre de confianza, malgasta en mantener caprichos lo de ustedes y lo mío.

ROMÁN Eso y otras cosas más... Porque él no malgasta solo dinero.

D. SATUR. Tampoco nos importa. Esos derroches se pagan a la vejez, pero los paga uno mismo. El a su casa no traerá ningún perjuicio. Y si no os cegara la antipatía que le tenéis, convendríais conmigo...

ANDRES Y convenimos en principio... No vamos a exigirle a Alonso un voto de castidad extra conyugal. Sería absurdo.

ROMÁN Pero Amalia puede enterarse, y con su temperamento exaltado, dar una campaña.

D. SATUR. ¿Y te asustas tú, que estás mandando repicar todos los días?

ANDRES Ni Román ni yo nos asustamos de nada. Comprendemos que Alonso tiene derecho a hacer alguna escapada, pero no está de más un poco de prudencia.

D. SATUR. El la tiene.

ROMÁN Y además, papá, no es que queramos me-

ternos en las cosas de Alonso; ese es asunto a arreglar entre Amalia y él, cuando se entere... Pero tanta severidad y facañería para nuestros gastos de soltero, y tanto desprendimiento para los devaneos de Alonso, que es un hombre casado, no me parece justo.

D. SATUR. Yá he dicho que si yo viera algún peligro, intervendría. Afortunadamente no lo hay. Alonso es prudente y económico hasta en eso. Doña Leonor es más rica que nosotros.

ROMÁN Sí, pero la modista exigirá.

ANDRES Y puede exigir mucho. Tiene dieciocho años y es menor de edad.

D. SATUR. En las menores de edad lo terrible es la madre... Total: el pisito; la media sillería; las cuatro prendas y los cuatro trapos... Me parece que hay su miaja de envidia... Ese Alonso... Y siempre tan correcto... Van Vdes.: yo envidio a vuestro cuñado. Es un hombre que sabe vivir. Yo no he sabido.

ROMÁN Tú no has sabido más que beber.

D. SATUR. Es un chiste malo, pero verdadero. La bebida es mal vicio; pero el tuyo es peor. Se bebe para alegrarse... en cambio, el juego... Todos los amigos jugadores que he tenido, padecían del estómago.

ROMÁN Es que se gane o se pierda la emoción es

- la misma. Y el secreto del juego es ese: la emoción.
- ANDRES Nada emociona como la espera de una cita.
- D. SATUR. Me habéis salido refinados. Yo creo que lo mejor del mundo es la alegría sin inquietudes. Beber en compañía de cuatro amigos y de cuatro amigas sin compromiso, y en paz... No me gusta mezclar la bebida... Y en cuanto a Alonso, ya lo sabéis, tampoco debemos mezclarnos... Es joven, se divierte...
- ROMÁN Y nosotros a pan y agua.
- D. SATUR. Búscate una Doña Leonor... Ahí estaba, al alcance de la mano, y no la viste. Jamón, pero muy apetitoso todavía.
- ROMÁN La verdad es...
- ANDRES Yo preferiría la modista.
- D. SATUR. ¡Pues a ella! Así tuviera yo tus años...
- ROMÁN Y sí se la pegas a Alonso todo queda en familia... ¡Tendría gracia!... Vamos a ver, papá: ¿me adelantas fondos para la conquista?..
- D. SATUR. ¿No te dá vergüenza?... A tu edad esas conquistas se hacen con el físico. Y tú con la modista poco tendrás que gastar: saliva y gracias.
- ANDRES Te equivocas. Tú no sabes lo que respe-
ta una modista al que le pone un piso.

ESCENA SEXTA

Dichos y Alonso

- ALONSO ¡Papá!... ¡Hermanos!
- D. SATUR. ¿Que te pasa?... Vienes trastornado. Algo muy gordo te ha ocurrido.
- ALONSO Amalia... su hija ..
- D. SATUR. ¿Qué? ¡Habla por Dios! (*Con verdadera angustia*).
- ALONSO ¡Me engañaba!
- D. SATUR. ¡Imposible!
- ALONSO (*Arrojando unos papeles sobre la mesa*). Ahí están las pruebas.
- E. SATUR. Pero tú, dime, ¿qué has hecho? (*En un grito*). ¿Me la has matado?...
- ALONSO Nó; no la he visto... No he visto más que eso: su culpa y mi deshonra.
- ANDRES ¿Pero es tan cierto? . ¿No te habrás equivocado?
- ALONSO No puedo dudar... Ahí está todo, bien claro... Hay manchas que las mujeres debían llevar en la frente...
- D. SATUR. Lee tú, Andrés... Yo no puedo... no veo... Este golpe...
(*Andrés coje las cartas y las vá leyendo atentamente*).
Alonso... ¡hijo mío!.. Yo espero, yo creo,

- que aquí haya un error... Mi Amalia... ¡El tesoro de mi casa!..
- ROMAN ¡Sinó es posible!
- ALONSO Lo es... Yo sospechaba hacía tiempo, y decía como tú: ¡sino es posible!.. Su vida tan arreglada: a Misa, a las Juntas, a la Novena... Las Iglesias no debían tener más que una puerta!.. La Iglesia con dos puertas tiene una entrada para las mujeres honradas, y una salida para las perdidas.
- ROMAN Alonso... Ofendes a mi hermana... Y nosotros no estamos convencidos como tú, y nos ha de costar mucho estarlo. Hemos de verlo por nuestros propios ojos...
- ALONSO Eso quisiera yo... Que estas fueran ofensas y calumnias, y tu pudieras exigirme, con perfecto derecho, una retractación.
- D. SATUR. ¡Andres, acaba! ¡Me matas con tu calma! ¿Qué buscas?...
- ANDRES Busco la inocencia de mi hermana; algo que palle su falta, y no lo encuentro.
- D. SATUR. ¡Tan clara está, Dios mío!
- ANDRES Muy clara, Papá... Es una locura este amor de Amalia. Como todas las mujeres leales,—perdona Alonso,—Amalia no ha sabido ocultar sus sentimientos... Este epistolario es tremendo, y yó comprendo tú dolor...
- ALONSO No, tú no puedes saber...
- ANDRES Me lo figuro y me doy exacta cuenta...

ROMAN Nuestro dolor no es como el tuyo, pero nos alcanza mucha parte. No es el del esposo ofendido, pero sí el otro sufrimiento del bochorno y de la humillación.

ANDRES Comprendemos tu pena, tu desesperación.

D. SATUR. ¡Tanto como la querías!...

ALONSO ¿Qué es el cariño ante la vergüenza?... Se reirán de mí... Me señalarán con el dedo... Tendré que emigrar...

ROMAN Tienes razón. Hablar de cariño ahora sería estúpido. Hay algo infinitamente más doloroso: tu honra que es la nuestra.

D. SATUR. ¡Román!

ANDRES Papá, deja que también se queje. Todos nos sentimos lastimados.

ROMAN Todos. A todos nos alcanza esa mancha.

D. SATUR. Yo no puedo olvidar que es mi hija... La más pequeña y la más querida... Que hace apenas unos años que se me sentaba en las rodillas y me pedía juguetes ..

ANDRES Papá: no me parece oportuno...

D. SATUR. Deja que ahonde en la herida. Que la revuelva y sangre, para poder quejarme. Estoy como atontado.

ROMAN Vamos, ¡sé hombre!

D. SATUR. Déjame primero que sea padre todavía el poco tiempo que me queda. Luego seré hombre y tendré que juzgar y condenar.

ALONSO Yo no le pido que castigue. Pero si quiero que su autoridad me apoye. Como marido tengo mis derechos...

- ANDRES Todos. La Ley es clara y terminante. Hasta el último.
- D. SATUR. ¡Andrés, que es tu hermana!
- ROMAN Aunque sea nuestra hermana, no podemos negar al esposo ofendido sus derechos.
- D. SATUR. Pero es que entre esos derechos hay uno tan terrible, que no puedo pensar en él sin espanto, Alonso, hijo mío, si mis súplicas...
- ROMAN (*Severo*) ¡Papá!
- D. SATUR. Si mi llanto mismo... ¡Yó, que no he llorado nunca!
- ALONSO Papá,... no necesita Vd. suplicarme. Yo he venido aquí a buscar amparo. Si hubiese querido ejercer mis derechos, ¿para qué venir?... Pero lo que sí quiero, lo que exijo, es que esta culpa sufra su castigo. No me pida V. olvido ni perdón, porque no podría concederlo.
- ANDRES Nadie te lo pide.
- D. SATUR. Eso si que nó. Yo, su padre, te pido clemencia; debilidades y componendas nó, de ningún modo... Solo temía por su vida.
- ROMAN Pero aparte de la vida, cualquier resolución tuya es sagrada. Dí, Alonso, ¿qué piensas hacer?
- ALONSO (*Con inmenso desaliento*). No lo sé... Quisiera que todo esto fuera extraño a mí... Que no hubiese sucedido nunca. .
- ROMAN Pero eso no puede ser... No te abandones...

- ALONSO Ese es mi dolor, que no puede ser. Que todo el mundo ha de saberlo como lo sé yo mismo. (*Con espanto, mirando a todos.*) Que tal vez lo saben y me señalan, y yo no me he dado cuenta.
- ANDRES Nó; ¡imposible!
- ALONSO ¿Qué sabes tú?... ¿Qué sabía yo hasta hace una hora?... ¿Quién se habría atrevido a decírmelo?... ¡Lo saben, lo saben! ¿Son ciegos, acaso?... Cuando yo mismo, ¡el marido!, me he llegado a enterar...
- ANDRES Tienes razón. Amalia no sabe disimular; es demasiado franca.
- D. SATUR. Todas las mujeres saben disimular en ese caso. Amalia es mujer, como todas. ¡Dios mío!; ¡como todas!...
- ANDRES Convendría preguntar con cierto tacto...
- D. SATUR. Nó.
- ROMAN Sería peor.
- ALONSO ¿Que vamos a preguntar?
- ANDRES Compréndeme. Yo tengo que conservar mayor serenidad. Hay aquí dos cuestiones: la culpa, de la que desgraciadamente no podemos dudar, y el escándalo.
- ROMÁN ¡Ah!
- ANDRES El escándalo es ahora el que hay que evitar. La culpa ya no tiene remedio. Castigarla nos llevaría a dar publicidad a lo que debe quedar aquí, entre nosotros.
- ALONSO ¿Qué me resigne, no es eso?... ¿Qué me calle y me aguante?...

- ANDRES Ni que te resignes ni que te aguantes. Yo no podría aconsejarte nunca eso.
- ROMAN ¡Pues explícate de una vez!
- ANDRES ¡Cálmate! Hay que averiguar primero si se sabe algo.
- ALONSO Nó; escarbar, nó.
- ANDRES Perdona Alonso; tenemos a Luis, un buen amigo. Luis puede encargarse. Nadie vá a sospechar de él. Es tan fácil, entre hombres, aparentar que nos interesa una mujer...
- ROMÁN Todos saben la intimidad de Luis en esta casa.
- ANDRES Eso no es un obstáculo. Luis es un amigo, pero...
- ALONSO ¡No me hagas caer en sospecha! ¡Aún no sé quién es él!
- ANDRES Ni nos interesa.
- ALONSO A Vdes. nó, ¡pero a mí!..
- ANDRES Ni a tí, perdóname; ni a tí. Sinó se sabe nada no vas tu mismo a pregonarlo por una imprudencia. Lo más terrible es el escándalo y la vergüenza. Si nos podemos librar de ella, siempre tendrás ocasión de saber el resto.
- D. SATUR. Andrés, eres tú el que nos puede salvar a todos en este trance. Alonso, hijo mío, confía en él. Me parece muy razonable lo que propone. No hablo por egoismo paternal, créelo. A todo antepongo tu dolor.
- ALONSO Yo no sé... No puedo pensar...

- ANDRES Por eso debes permitirme...
- ROMÁN Y sinó se sabe nada, ¿qué haremos?...
- ANDRES Tu has dicho lo más difícil. Si se sabe todo está ya previsto: el divorcio, la separación...
- ROMÁN Que es una patente de corso para la mujer culpable.
- D. SATUR. No sigas. No es posible que eso se sepa; lo juraría. ¡Se lo habría conocido a la gente en la cara!
- ROMÁN Eso no se conoce en la cara, Papá.
- D. SATUR. Déjame que dude, y haz tu también por dudar; consuela.
- ROMÁN Y sinó se sabe, dí, ¿que haremos?
- ANDRES Sinó se sabe solo queda un camino.
- D. SATUR. Callar y sufrir...
- ALONSO ¡Eso sí que nó!
- ROMÁN Nó; ¡hay que castigar!
- D. SATUR. ¡Román!
- ALONSO ¿Pero es que me cree V. capaz de perdonar eso?
- ANDRES Sí, hay que castigar, Papá. Y severamente.
- ROMÁN ¡El silencio y el encierro! ¡El convento!
- ANDRES Eso... Amalia puede haber hecho una promesa. Un año, dos, sin salir de casa, oyendo misa en nuestra capilla...
- ALONSO Es que no son dos años de sufrimiento para mí: es que es toda la vida.
- ANDRES Esas manías religiosas se suelen agudizar y hacerse crónicas... Ella misma, por-

que hay que contar con ella, en esa vida retirada, concluirá por hacer exámen de conciencia y reconocer su culpa. Y puede que el castigo que se imponga voluntariamente, sea mucho más severo.

ROMAN ¿Tú crees?...

ANDRES Sí... Solo temo, en la exaltación de su carácter, alguna resolución desesperada.

D. SATUR. Nó, me parece que nó... Yo creo que es lo mejor; que has encontrado... Si Alonso acepta...

ALONSO Yo solo aceptaré lo que sea digno.

ROMAN Esto lo es. No se habría atrevido Andrés a proponerlo sinó lo fuera. Para tí y para todos... Tu honor es nuestro honor en este caso.

D. SATUR. Y yo creo que el castigo, sin ser proporcionado a la falta, tiene también sus rigores... Ella se ha de encontrar muy sola, muy aislada... Yo te prometo que sabré mantener la severidad que sea precisa...

ROMAN No es severidad, Papá, es justicia. La falta es gravísima, imperdonable... Amalia es la única mujer de esta casa, y en ella descansaba nuestro honor.

ANDRES (*Pensativo*). En la más frágil...

ROMAN Somos aquí cuatro hombres, y nuestra honra puede estar rodando por las calles como un trapo, por la flaqueza de una mujer.

D. SATUR. Que es tu hermana, Román; que es tu sangre.

ROMAN Eso es lo que me hace extremar el rigor: que siento en mí estas heridas.

ALONSO ¿Qué puedes sentir tú, Román? ¿Qué es esa herida de que te quejas? ¡La tuya sangra, pero la mía abrasa!

D. SATUR. Alonso.

ALONSO Cuando pienso en mi honor y en las gentes, siento horror al ruido, a la palabra, a la luz... pero cuando la veo, como la estoy viendo ahora, unida a otro hombre como lo estuvo a mí...

D. SATUR. ¡Hijo mío!.. No pienses, no ahondes!...

ALONSO Es que tengo que pensar y que ahondar. Que hay otras humillaciones más íntimas, de que vosotros no tenéis idea... Que puede haber comparado...

ROMAN ¿Y que te importa yá lo que piensa ella?

ALONSO ¿Como no me ha de importar?... Yo soporto el dolor del engaño, lo que no puedo soportar es el desprecio.

ROMÁN ¿Es posible, Alonso, que tú, tan enérgico?...

ALONSO ¿Qué vale toda mi voluntad?... Suponte tú, ponte en mi lugar...

ANDRES Alonso, permíteme que te haga reaccionar contra tí mismo, contra tu propia debilidad... En este momento no eres el marido ofendido, sinó el hombre enamorado,

- ALONSO Estoy con vosotros...
- D. SATUR. Eso: está con nosotros, con sus hermanos, con su padre. ¿Con quién mejor podría?..
- ROMÁN Aún así. Tiene razón Andrés. Esas confesiones después de lo ocurrido, son impropias de tí y de nosotros.
- ALONSO ¡Eso sí que no te lo permito! ¡No eres quién para darme lecciones!
- ANDRES Ni lo pretendo.
- D. SATUR. Ní yo se lo permitiría.
- ANDRES Román solo ha querido evitar que te dejaras arrastrar por sentimientos que te arrebatarían la serenidad necesaria.
- ROMÁN Eso.
- ANDRES Yo te ruego que examines fríamente la situación. Hay en lo que has dicho una cuestión íntima, en la que nosotros no podemos intervenir. ¿Comprendes, Alonso?
- ALONSO Sí, te comprendo... Eres tú el que no quieres comprender...
- ANDRES No es que no quiero, es que no debo... ¿Cómo he de entrar en esas intimidades? ¿A quién las confiarías sin poner al desnudo lo más sagrado de la vida conyugal?.. Piensa.
- D. SATUR. ¿Y porqué no ha de confiarse a nosotros?... ¿Porqué?
- ANDRES Yá que me obligas a decirlo, Papá, lo diré. Porque somos nosotros los que debe-

mos evitar que vuelva a pensar en eso. Porque eso sí que no puede perdonarse... Alonso, Amalia para tí ha muerto como mujer.

ALONSO Si hubiera muerto la lloraría, y no puedo llorarla.

ANDRES Fíjate: como mujer ha muerto. Como esposa te ha ofendido, que es otra muerte moral que no tiene cara, ni cuerpo, ni boca... Has tu también por comprenderme... Es tu honor el que sufre el pesar de esa pérdida. Grita y quéjate como esposo, pero no como hombre.

ALONSO Sí, tienes razón; pero a veces...

D. SATUR. Ahora, sí, ahora yo también te entiendo. Y como padre, Alonso, yó, para darte ejemplo, sabré ser fuerte.

ROMÁN Y yo, como hermano...

ANDRES Eso. Como esposo, como padre y hermanos... Y ahora procedamos como debemos, serenamente. Hay que averiguar si alguna criada ha llevado o traído... Si alguien de casa o de fuera se ha mezclado en esto.

ROMÁN ¿No dijiste que Luis se encargaría?

ANDRES Sí hace falta, sí... Y ahora caigo en un detalle que me parece importante. Luis dijo que Celestina, la corredora, conocía esta casa. Todos sabemos quien es... ¿La has necesitado tú, Papá?

D. SATUR. ¡Nó, nunca!.. que yo recuerde...

- ROMAN Yo... ¿porqué lo voy a negar?.. pero aquí nó.
- ANDRES Yo tampoco... ¿Y tú? Perdona, Alonso, pero es preciso. No tratamos...
- ALONSO Nó, nó... por mí no ha venido. No niego que fuera de aquí...
- ANDRES No tienes que explicar... Pues Luis me dijo que era «visita de casa».
- ROMAN ¡Visita de casa!
- ANDRES ¿Recuerdas Papá?... Fué cuando habló de aquello del... mantón...
- D. SATUR. ¡Visita de casa! Donde esa mujer entra hay algo sucio.
- ANDRES Eso es lo que me ha hecho caer. Tú, Papá, debías hablar con ella.
- D. SATUR. ¿Yó?.. No puedo, Andrés, créeme que no puedo... Es demasiado. ¡Soy su padre!
- ANDRES Tienes razón. No hay remedio... Habrá que enterar a Luis.
- ALONSO ¿A Luis?..
- ANDRES Sí, no dudes; no es Luis...
- ALONSO ¡Tú que sabes!

ESCENA QUINTA

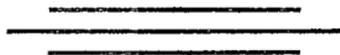
Dichos y Luis

- LUIS (*Entrando*). Señores... ¿Hay permiso?... Adelante. Le he ahorrado al portero cinco minutos de siesta. No hay duda; aunque mi padre no quiera reconocerlo, soy un hombre ahorrativo.

ANDRES Llegas a tiempo, Luis. Tengo que hablarte. Es algo muy importante.

LUIS Espera un momento. Esto es mucho más importante: Mi querido Don Satur, me debe Vd. un billete por la comisión... ¡Rosa la Flamenca es suya!.. Son cuatrocientas pesetas.

TELON



ACTO SEGUNDO

Gabinete íntimo de una sobria elegancia. Muebles modernos en tonos oscuros. Mesitas y butacas cómodas. Chimenea en mármol y cuadros al óleo. A la izquierda balcón. Gran puerta de cristales al foro. A la derecha otra puerta. Aparato de luz y pequeños detalles de comodidad y de lujo. Cortinajes.

ESCENA PRIMERA

Andrés, Luis, un criado

ANDRES ¿Has comprendido bien lo que te he dicho?

CRIADO Sí señor.

ANDRES Ya sabes, en cuanto llegue esa mujer que viene a vender a la señorita Amalia, la pasas aquí. ¿No te equivocarás?

CRIADO No señor; si la conozco de sobra: es la Celestina. La he visto muchas veces, siempre con su negocio...

ANDRES Bien, bien... puedes retirarte.

(El criado se vá).

No quisiera dejarme llevar de cavilaciones, pero he creído advertir una segunda intención...

- LUIS ¿Porqué?... No pienses eso. Y ahora escúchame. No sé como disculpar mi increíble estupidez de hace un rato. Yo quisiera que tú le hicieras ver a tu padre esta condición mía que tantos disgustos me ha costado, y que no puedo corregir.
- ANDRES ¡Si mi padre te conoce tan bien como yo
- LUIS Fué tan inoportuna aquella necia entrada en vuestra pena... ¡No me lo perdonaré nunca!
- ANDRES ¡Pero si nadie te reprocha nada! Tú no podías figurarte lo que había ocurrido.
- LUIS Me lo reprocho yo todos los días, pero jamás lo he lamentado tanto como ahora. No lo puedo remediar, es mi carácter: Tengo diez años menos de experiencia que de vida. Voy a cumplir los treinta y apenas si me doy cuenta de muchas cosas.
- ANDRES Pero cuando quieres ser discreto, lo eres.
- LUIS Porque me echo los frenos y no me dejo llevar por mis impulsos. Sinó peco por imprudencia sinó por demasiada sencillez. Que no me fijo en que todos los momentos de la vida no son iguales. Tu padre no estaba donde, estuvimos anoche, ni como esta mañana. Habían variado la ocasión y el suceso. ¡Maldita sea!
- ANDRES No te culpes. Tu no podías sospechar... Nadie podía sospecharlo... ¿verdad?
- LUIS ¿Porqué insistes?... ¿No te lo he dicho

ya?... Tu sabes que yo hablo con todo el mundo... Ni aún sospechas... Y ya sabes que aquí son pocas las que se libran de la sospecha.

ANDRES ¿Y ahora, que estás en antecedentes?

LUIS *(Después de pensar un momento)*. Nada. Ni por asomo. Si es preciso que lo hayáis visto muy claro.

ANDRES No es posible dudar. ¡Cuando yo me he convencido! Desgraciadamente...

LUIS ¡Sí parece mentira!

ANDRES Pues es verdad... Y ahora, Luis, en tí confiamos. ¡Por Dios! Sé hábil; procura sacarle cuanto puedas. Habla como te parezca. Nadie ha de escucharte.

LUIS No tenías que decírmelo.

ANARES Yo sé lo que te coartaría el saber que podías lastimarnos, por eso te lo digo y te lo ofrezco en nombre de todos. Habla de Amalia como de una más, con las que son posibles todas las audacias. Como de la Pura o de la Trini.

LUIS ¡Hombre!

ANDRES Si es así, si desgraciadamente es así... Hoy mi hermana, en los líos de esa mujer, es una prenda más que tendrá su precio, como todas.

LUIS Andrés, yo creo que...

ANDRES Todas tienen su precio... Por dinero no lo hagas. No regatees... o tal vez sea mejor regatear .. Lo que quieras. Y creo que no

tengo necesidad de decirte, que esta comisión no es como las otras.

LUIS Claro, hombre!...

ANDRES Lo que está en trato es la honra de mi familia, y cualquier precio nos parecerá barato.

LUIS ¿Qué quieres decir?

ANDRES Que no perderás el trabajo, te lo prometo.

LUIS ¿Pero es que crees que voy a considerar esto como un negocio?.. ¿En que concepto me tienes?

ANDRES Hombre, me parece que...

LUIS Esta es una cuestión muy diferente: Me has confiado tu honra: la de tu hermana, la de tu familia; y con esa confianza me has pagado de sobra todo lo que yo pueda hacer, poco o mucho.

ANDRES Luis, yo no he querido...

LUIS ¡Si nunca me has puesto más alto ante mis propios ojos! Cuando un hombre se comprende despreciado, le cuesta mucho trabajo llegar a apreciarse. Yo para mí padre no podré ser nunca un buen hijo, porque él no cree que puedo serlo. Y su voluntad, más firme que la mía, me impide demostrárselo. Veo en sus ojos tantas suspicacias, que me desalienta. Por eso cuando un hombre como tu me considera digno de estas confianzas tan graves...

ANDRES Y lo eres.

LUIS Procuraré serlo. Y le echaré a mi franque-

za los cerrojos para que nadie sospeche lo que he crecido en mi propia estimación. Y mira que me ha de costar trabajo. Tu no sabes lo despreciable que yo me veía.

ANDRES ¿Despreciable?... ¿porqué?...

LUIS Porque lo era. ¿Que vida hago yo?

ANDRES La de todos.

LUIS ¿Y hay alguna otra más despreciable que esta vida nuestra?... Juego, vino, mujeres... Vaciar estúpidamente la cartera y buscar los medios de volver a llenarla sin reparar en ellos. Considerar el baile como una Ciencia y el deporte como un Arte. Todo tiene para nosotros un precio en dinero. Y ya vez: hay algo que no tiene precio... ¡Y conque satisfacción trabajo de valdel

ANDRES Luis, ese rasgo...

LUIS No me creías capaz de él, ¿verdad?...

ESCENA SEGUNDA

Dichos y el Criado

CRIADO ¿Con permiso?

ANDRES Pasa. ¿Que quieres?

CRIADO Por la esquina viene la fiadora.

ANDRES Pues ya sabes: la pasas aquí y le dices que el señor te ha dicho que la esperaras.

CRIADO Si señor (*Se vá*).

ESCENA TERCERA

Andrés y Luis.

ANDRES Luis...

LUIS Confía en mi. Es el primer acto serio de mi vida. Hoy me siento hombre. Vete tranquilo.

ANDRES ¿No te parece que si la aguardas podrá sospechar algo?

LUIS Sí, vamos... Tal vez sea mejor... *(Salen)*.

ESCENA CUARTA

La Celestina y el criado

CRIADO El señor me dijo que lo aguardara V. aquí.

LA CTINA. Está bién.

CRIADO El anda arriba, en el despacho...

LA CTINA. No tengo prisa, y un ratito de descanso viene siempre bién en esta *vía* tan *aperreá* que una lleva.

CRIADO Pues ya lo sabe *usté*. El no ha de *tardá*.

LA CTINA. Lo que sea. Aquí lo aguardo.

(El criado sale, Pausa).

ESCENA QUINTA

Luis, la Celestina.

LUIS *(Entrando)*. Te sentí llegar y bajé corriendo.

- LA CTINA. Señorito Luis... ¿Y qué, que dijo el hombre?
- LUIS Lo co está. (*Mirando a uno y otro lado, como con recelo de ser escuchado*). Ya sabes, estos viejos, cuando se chiflan...
- LA CTINA. Es que la prenda lo vale. La Rosa ha *sío* la *mujé* de más *postín* de *Cái*. La tiene Don Leonardo, por lo que la tiene.
- LUIS Porque mediaste tú.
- LA CTINA. Y porque *l'a* hecho un seguro de *vía* por veinte *mir* duro, que lo paga *é*, y *l'a* puesto *en cabeza* la casa en que vive.
- LUIS Eso se llama asegurarse contra todos los riesgos... aunque contra «el Posturas» no le ha valido la póliza.
- LA CTINA. Malas lenguas que nunca *fartan*. La Rosa es una *mujé* muy *formá*, y sinó fuera por lo que *é*, que se vé en un compromiso por su hermano...
- LUIS Eso a Don Satur, que es el que te vá a pagar la aleluya. Toma un cigarro.
- LA CTINA. Si son *flojo*...
- LUIS Son de los que a tí te gustan. Y vamos a tratar el negocio. Yo le he dicho a Don Satur que el compromiso es de cuatrocientas pesetas, sin tu propina.
- LA CTINA. Lo que sea su *voluntá*. Con Don Saturnino nunca he *jecho* yo tratos, pero sé que es muy caballero.
- LUIS No lo perderás, descuida. La Rosa necesita trescientas... quedan cien del pico... cin-

cuenta para tí y cincuenta para mí. ¿Hace? ..

LA CTINA. Mire Vd. señorito *Lui*, a nadie *l'amarga* un *durse*, y esos diez duros me vendrían a a mí *mu* bien; pero si *er* demonio hace que Don Saturnino le pregunte a la Rosa, o la Rosa *s'entera*, vamos a *tené* que *sentí*. Y La Rosa es una parroquiana *mu* buena.

LUIS Deja, ¿eh?, deja.

LA CTINA. Lo que deja no es mucho, que regatea *má* que una señorita cursi, pero *pué dejá*. (*Pausa, que llena el humo de los cigarrillos*).

LUIS Entonces, ¿tu crees que debemos dejarlo en las trescientas?... Yo le dije cuatrocientas como petición tuya. Y la Rosa te agradecerá el pico. Le dices que es un obsesio mio. A Don Satur le ha de dar lo mismo. Ya tiene hecha la boca...

LA CTINA. Me parece a mí que la Rosa le gusta a *usté* más que a Don Saturnino.

LUIS No deja de gustarme, pero me llena más otra. Mira, Celes, si tu me quisieras ayudar, íbamos a hacer un negocio que yo no te pagaría nunca.

LA CTINA. *Pué* iba a sé un *negosio*.

LUIS Bien sabes tú que yo soy como la Rosa: que puedo dejar, y mucho. Que cuando yo termine la carrera...

- LA CTINA. *¡Josú! ¡Don Lui!* ¡Si su carrera de *usté vá* a *sé* más larga que la calle *reá!*
- LUIS Tú sabes que no lo has de perder. Que yo pago; de una manera o de otra, pero pago. El dinero no será mío, pero tú cobras.
- LA CTINA. Eso sí que es de Ley.
- LUIS Pues si tú quieres, ¿ves tú esto de Don Satur?.. Pregúntale a la Angustias quien le ha dado a ganar lo que ha ganado con él: yó...
- LA CTINA. *Verdá* será cuando *usté* lo dice.
- LUIS Yo tengo una ilusión que no me deja vivir. Y yo sé que tú puedes hacer mucho, pero mucho.
- LA CTINA. Si es de mi parroquia...
- LUIS De tu parroquia es... En su casa te han visto entrar y salir. Y dónde tú entras y sales...
- LA CTINA. *¡Várgame el Señor!* No sea *usté* mal *pensao*. Que yo entro en casa de muchísimas señoras *mu desentes*, que les gustan las gangas... *Mie usté* este tresillo: por treinta *duro* lo doy: *tirao*.
- LUIS No me cambies de conversación y vamos a lo mío. Tengo quinientas pesetas para tí. ¿Hace?
- LA CTINA. Según lo que sea. *Pá usté dá* quinientas pesetas... ¿Me va *usté a pedí* la Luna?
- LUIS La Luna nó, pero la estrella más bonita que hay en el cielo, sí.
- LA CTINA. ¿Casá?...

- LUIS Casada.
- LA CTINA. *Qué habé un arreglo... Dígame usté er nombre a vé si pueo hasé algo.*
- LUIS Amalia.
- LA CTINA. *(Señalando al piso). ¿La...?*
- LUIS La misma.
- LA CTINA. *(Rotundamente). Pues no pué sé.*
- LUIS ¡Pero mujer!
- LA CTINA. *Que no pué sé, Don Lui, ¿cuándo yo lo digo?... ¡Ave María! ¡Y por dinero!.. Es muy señora.*
- LUIS Pues hay quien dice que nó.
- LA CTINA. *Malas lenguas de envidiosas, reconcomias de rabia.*
- LUIS No son murmuraciones.
- LA CTINA. *Presunciones de algunos hombres, que son peores que las mujeres.*
- LUIS Mira: a mí me han dicho... y lo que a mí me han dicho...
- LA CTINA. *Sinó pué sé.*
- LUIS Yo creo que valgo tanto como el primero. Soy joven, tengo un billete cuando me hace falta... No soy un cualquiera... ¿Porqué no voy a tener yo lo que tiene otro?.. Y de valde; y con dineros encima, a lo mejor.
- LA CTINA. *Si la pobre señora no maneja un cuarto, y hasta pá dá limosna se lo tasan... Como el marido es tan agarrao, la pobrecita, pá tené un acuerdo pa una, pasa sus apurillos. Una sortija le corrí con un bri-*

yante, que ahora la tiene la Trini. Como cosa mía lo hice.

LUIS Como que era *pa* í.

LA CTINA. No le llevé comisión ni *ná*... A *dá* no hay quien la gane. Si ella dispusiera de lo suyo...

LUIS ¿De modo que de *aquí* no hay nada?

LA CTINA. Ni de aquí ni de acá.

LUIS Será que tú no estás al tanto, pero haber hay.

LA CTINA. Aquí no entra ninguna fiadora más que yo; si lo hubiera, por mis manos tendría que *pasá*... y *ná* ha *pasao*.

LUIS Cómo no me lo jures...

LA CTINA. *Mielo usté*: ¡por estas cruces!... *Ná*, pero que *ná*.

LUIS Pues aunque lo jures... Mira, Celes, me alargo hasta las setecientas. Tu sabes que puedes confiar en mí... ¡Es que me trae loco!.. Verla, hablar conmigo tan seria, tan señora, como tu dices;.. Y pensar que en tu casa será una de tantas...

LA CTINA. No vá a mi casa... ¡que *s'ha creío usté!*...

LUIS O donde sea. La Catedral tiene tres puertas. La una dá a tu callejón y la otra...

LA CTINA. Don *Lui*, yo no le *vi* a *atajá* los pensamientos, pero está *usté* de remate.

LUIS ¿Me vas a jurar también que está enamorada de su marido?

LA CTINA. Estará o no estará, pero ella cumple como si lo estuviera.

LUIS (Tirando de cartera). Mira, Celes, ahí tienes todo mi capital: mil pesetas. Me reservaba trescientas por lo que pudiera venir... las buscaré, si me hacen falta, aunque tenga que robarlas... Dime cuando se puede hablar con esa mujer...

LA CTINA. (Pausa. Fuma. Lanza una bocanada de humo, tira el cigarrillo y lo apaga cuidadosamente con el pié). ¡Ni aunque me diera usted cien mir duro!... Hay cosas que no se puenn vendé... ¡Dá que está una, si nó pa jacé un negocio!

LUIS Pero tu mejor negocio es callar.

LA CTINA. Callá o hablá, según la hora.

LUIS Pero el callar te vale más.

LA CTINA. Que nó, Don Lui, ¡no sea usted pesao!

LUIS Bueno; te dejo, que Don Satur te estará aguardando arriba, cuando no ha bajado yá; pero que te conste que como haya algo y yo me entere...

LA CTINA. Tampoco vá usted a sacá ná por ahí.

LUIS Sinó te amenazo, te advierto.

LA CTINA. Pues tampoco hace *farta* que me advierta usted: ¿Usted se cree que si yo tropiezo con una ocasión de esas no le busco marchante?.. Yo vendo de *too* y compro de *too*, pero es menesté que esté a la venta... Y esa prenda no se vende. (Se vá).

ESCENA SEXTA

Luis, el criado.

- LUIS No he podido hacer más... (*Pulsa un timbre.*)
- CRiado ¿Llamaba Vd. Don Luis?
- LUIS Si, dile al señorito Andres que haga el favor de venir.
- CRiado Aqui viene. (*Se vá*),

ESCENA SEPTIMA

Luis Andrés.

- ANDRES (*Entrando, ansiosamente*) ¿Que te ha dicho?
- LUIS Nada; no he podido sacarle nada. Solo como sospecha, y de su mismo afán de sincerar y defender, deduzco que hay algo. La Celes no se tomaría esos trabajos por amor a la Virtud.
- ANDRES Sí,... pero aunque sea por su propio interés, ¿callará?...
- LUIS Yá lo creo... Es su negocio.
- ANDRES ¡Su negociol... ¡Cuando pienso que entre esos sucios negocios vá la honra de mi hermana!...
- LUIS ¿Que quieres?... Ella negocia en eso.
- ANDRES Me he hecho fuerte. He tenido que serlo

ante la desesperación de mi pobre padre y las intemperancias de mi hermano... No iba a dejar juzgar al marido..... pero hay momentos en que todo me parece un sueño.... ¡Pensar que mi hermana!...

LUIS

¿Que quieres?... La vida...

ANDRES

Tampoco es nuestra, sinó de los demás.. Somos lo que quieren los demás. Ya ves: yo me creía un hombre de honor...

LUIS

Y lo eres....

ANDRES

No, no lo soy. Mi honor no es mío, depende de los otros. Yo era un caballero, mientras mi hermana fuese una señora.

LUIS

Eso es absurdo.

ANDRES

Pues es, es... ¿Y el pobre Alonso?... Ya ves, en ridículo: en el más espantoso. Ha vivido toda su vida procurando ser correcto, hasta en sus placeres, y se encuentra de pronto expuesto a las burlas de las gentes, porque su mujer ha querido divertirse.

LUIS

El también se ha divertido.

ANDRES

Si; ahí tienes lo que me transforma. Hay en esa diferencia tales injusticias.. Las correrías y las locuras de mi padre, añadieron respetos y simpatías a mi madre. Todo el mundo la compadecía: ¡Era una mártir!.. tan buena, tan paciente, tan callada... Y esas mismas cualidades en un hombre, harían que hasta sus hijos lo despreciaran... ¿Es esto justo?...

- LUIS No es justo, nó...
- ANDRES ¡Que vá a ser! Es imbécil, estúpido... La falta está en el engaño, no en el sexo del que la comete. ¿Porqué ha de ser bochornoso para el marido, lo que no lo es para la mujer?...
- LUIS Andres; yo comprendo lo que pasa por tí, pero no es este el momento más oportuno para esas reflexiones. Debes tomar una resolución, y puesto que Alonso y tu padre han confiado en tí...
- ANDRES Déjame que me desahogue. Tu eres mi amigo.
- LUIS Lo he sido siempre, y ahora más que nunca.
- ANDRES Tu puedes comprenderme... Cuando me convencí de que «eso» era verdad, procedí con firmeza. No ví más que un camino abierto, y lo seguí sin titubeos; pero a medida que pasan las horas y he de tomar una resolución, aumentan las dudas.
- LUIS ¿Dudas?...
- ANDRES Sí, dudas. Tú, Alonso, yo, y todos, ¿no faltamos antes y después del matrimonio?.. ¿No caemos todos en esa falta, que juzgamos tan severamente en la mujer?
- LUIS Es diferente. La mujer trae los hijos.
- ANDRES Es que aquí no hay hijos. Juzgamos la falta solamente. Y con tanta severidad, que damos al marido hasta el último de los derechos: ¡hasta matar!

- LUIS Son las Leyes, las costumbres...
- ANDRES Leyes y costumbres se han modificado. Ya no existen la esclavitud, ni el tormento, ni la ceguera... ¿porqué mantener esa?
- LUIS Tu pena, Andrés, te hace querer resolver en un momento, lo que necesita siglos para modificarse.
- ANDRES Es que soy Juez y he de proceder en conciencia. Y dudo si esto que todos aceptan sea la Ley verdadera.
- LUIS Es la admitida por todos, y debe bastarte.
- ANDRES Por todos nó. Hay maridos que perdonan.
- LUIS Pero tu no eres el marido...
- ANDRES (*Con hondo sentimiento*). Eso es lo terrible. Que me han dado la facultad de castigar y no puedo perdonar.
- LUIS ¿Es que tú, siendo marido, perdonarías?
- ANDRES No sé .. Solo soy hermano ahora.. Y pienso con espanto en lo que será la vida de mi hermana encerrada entre nosotros, con nuestros prejuicios y nuestras severidades de hombres ofendidos... Tiene veinticuatro años... y es mujer.
- LUIS Sí, es demasiado joven.
- ANDRES Casi no conoció a mi madre. Era una niña cuando murió, y la criamos entre mimos y caricias. Si fuera un hombre, todos procuraríamos paliar esa locura. Y por ser mujer precisamente; por ser más débil y más inocente...
- LUIS Más inocente nó; perdona...

- ANDRES Sí, más inocente... ¿Por cuantos brazos habíamos pasado nosotros a los veinte años?.. Tenemos la experiencia y sabemos lo que es el placer y el vicio... ¡Pero ellas! ¡Si el primer beso se lo dá el marido!.. Me horroriza la gravedad de su falta, pero no puedo apartar de ella todas esas circunstancias atenuantes.
- LUIS Siempre has de actuar en defensor.
- ANDRES Dime: ¿como he de sentirme fiscal de mi propia hermana?...
- LUIS Tienes que serlo. Yo no sé si este consejo lo juzgarás demasiado severo. Es la primera vez que veo en serio la vida... Pero creo que tú, al aceptar la autoridad de tu padre y de Alonso, debes hacer justicia.
- ANDRES ¿Pero donde está la justicia? ¿Hemos oido a mi hermana? ¿Sabemos como fué?...
- LUIS Llámala y óyela. Pero solo nó; Te veo demasiado inclinado a la clemencia.
- ANDRES ¿Y porqué nó?.. ¿Porqué he de dejarme influir por los prejuicios de los otros?...
- LUIS Todos deben participar. . Todos, menos yó, naturalmente. Sin embargo, si me necesitas...
- ANDRES Nó, gracias; yo solo he de juzgar.
- LUIS Juzga solo si lo prefieres, pero pensando como piensan los hombres y como obran los hombres.
- ANDRES Nó; porque si pienso como obran los hombres, tendría que perdonar. *(Luis sale)*.

ESCENA OCTAVA

Andrés el criado, la criada.

ANDRES (*Después de acercarse a la mesa y tocar el timbre: A la criada que aparece al mismo tiempo que el criado por otra puerta*), Dile a la señorita Amalia que haga el favor de venir.

CRIADA Está en el corredor hablando con la Celestina.

ANDRES ¿Con la Celestina?... Voy allá. Juan, dile a mi padre que me espere un cuarto de hora. Que ya le avisaré. (*Sale*).

ESCENA NOVENA

La criada, el criado.

CRIADO Sí señor... ¿que les pasará?

CRIADA Algo gordo é cuando han *como toos* juntos.

CRIADO ¿Todos juntos?

CRIADA Ellos. La señorita Amalia almorzó sola, como otras veces, en su cuarto... Y hoy ha habió *negocio*... porque está ahí la Celestina.

CRIADO Si *toas seis* iguales... Lo que pasa es que como *seis* tan suaves y tan finas...

CRIADA Sin *tocá*.

CRIADO Si es *pá* convencerme.
 CRIADA *Pos* date por convencío que este acertijo no lo sacas tu. Y vámonos que viene el señorito. (*Salen*).

ESCENA DECIMA

Amalia Andrés.

AMALIA ¿Qué te pasa, vamos a ver?
 ANDRES Nada. Solo quiero que me contestes a unas preguntas que te voy a hacer.
 AMALIA Habla.
 ANDRES ¿Tu quieres a tu marido?
 AMALIA Hijo, tienes unas preguntas...
 ANDRES Contesta. Te pido toda tu franqueza.
 AMALIA Pues con toda mi franqueza: nó; ni él a mí tampoco. Nos soportamos y es bastante.
 ANDRES ¿Qué soportas tú?
 AMALIA Todas esas cosas que los hombres consi-
 ráis que debemos soportar las mujeres: su mal humor, su autoridad y sus conse-
 jos; porque no os contentáis con hacer vuestro gusto, sinó que queréis conven-
 cernos de vuestra infalibilidad.
 ANDRES En una palabra: que eres una víctima.
 AMALIA No tengo vocación de víctima.
 ANDRES ¿Pero lo eres?
 AMALIA ¿Para qué quieres saberlo?... Todas las mujeres sufrimos ese tormento.
 ANDRES Es que yo no quiero que tu lo sufras.
 AMALIA Ya es tarde.

- ANDRES (Con interés vivísimo). ¿Has sufrido mucho?...
- AMALIA No; yo no sirvo para padecer en silencio. Cuando me duele, grito.
- ANDRES ¿Y has gritado tú, Amalia?... Yo no te he oído...
- AMALIA Estabas demasiado ocupado en tus cosas de hombre.
- ANDRES No te he oído, créelo. Si te hubieses quejado...
- AMALIA Tampoco me habrías querido oír. Hay muchas maneras de quejarse, y el que quiere oír oye.
- ANDRES Y de buscar calmantes.
- AMALIA ¿Calmantes?... ¿que quieres decir?
- ANDRES Cuando el dolor es demasiado fuerte y el orgullo nos impide quejarnos, se busca un paliativo.
- AMALIA Esos dolores no admiten paliativos. Se siente la herida o no se siente. Y yo ya no la siento; eso es todo.
- ANDRES ¿Porqué?
- AMALIA Podría decirte que tantas heridas insensibilizan, pero nó... Yo he querido ser más fuerte que el dolor. Después de todo, solo era el orgullo el lastimado.
- ANDRES Amalia, me duele mucho oírte hablar así.
- AMALIA Me has pedido franqueza.
- ANDRES Però hay casos en que la franqueza es cinismo.
- AMALIA ¿Cinismo?... ¿porqué?

- ANDRES Yo habría querido que tuvieras otras razones, otros motivos.
- AMALIA Para no querer a su marido, todas las razones y motivos que alegan las mujeres son pretextos; no hay más que una razón: que no se quiere.
- ANDRES Es que esa no basta ni justifica.
- AMALIA Pues no hay otra. Cuando un marido busca fuera o dentro de su casa otra mujer, tiene cien excusas. Nosotras ninguna.
- ANDRES Entonces, ¿que pena merece la mujer que engaña a su marido?
- AMALIA ¿Y tu que eres Abogado me lo preguntas?
- ANDRES La pena de la Ley, Amalia, es demasiado terrible.
- AMALIA ¿El presidio?... A veces el matrimonio es peor.
- ANDRES Nó, la muerte.
- AMALIA ¡La muerte!.. ¿La ley condena a muerte a la mujer que falta a su marido?
- ANDRES No la condena, pero dá al marido el derecho a matar.
- AMALIA Esos son los maridos que quieren.
- ANDRES Y los que no quieren también. ¿Tú crees que todos los que matan lo hacen por celos?... ¿Y el ridículo, y la burla?.. Tu no sabes lo que eso representa para un hombre.
- AMALIA No; no había caído... Yo solo comprendía el furor del amor ofendido y traicionado, pero esa fría crueldad que piensa en los

- demás y castiga para impedir las críticas y las burlas, no la comprendía, ni la comprendo... Me parece demasiado monstruosa.
- ANDRES Pues has de comprenderla... Tienes que comprenderla... porque es esa la que más influye en el castigo de la mujer que falta a sus deberes... Ten esto en cuenta, Amalia.
- AMALIA ¿Yo?.. ¿porqué?
- ANDRES Porque no estás libre de un mal pensamiento; de una tentación...
- AMALIA Por miedo no me guardaría.
- ANDRES Ya lo sé; pero sinó lo tienes por tí misma, *has debido tenerlo* por nosotros. El honor de esta casa descansa en tí.
- AMALIA Es muy cómodo. Por libraros de preocupaciones, nos habéis entregado eso.
- ANDRES Sí, el honor, todo nuestro honor... ¿Te das cuenta?
- AMALIA Me doy cuenta... Pero yo no he falsificado ninguna letra, como Román.
- ANDRES ¡Amalia!
- AMALIA Ni he sacado de esta casa ninguna muchacha honrada para convertirla en mí querida, como Alonso.
- ANDRES Puedes haber hecho algo peor.
- AMALIA ¿Peor?.. Tampoco... Tampoco he abandonado a una infelíz con su hijo, después de deshonrarla, como tú.
- ANDRES ¡Pero has engañado a tu marido!

- AMALIA ¿En qué?
- ANDRES ¿Como en qué?... En todo.
- AMALIA En todo nó. Yo a mi marido no le mentí nunca Amor. No era Amor lo que él buscaba en mí. Buscaba el dote, la posición y el nombre. Todo eso lo tiene. Que no exija más...
- ANDRES Es que tiene derecho a exigirfelo.
- AMALIA Pregunta, primero, si ha cumplido él. Yo también, como esposa, tengo mis derechos.
- ANDRES ¿Tus derechos?...
- AMALIA ¡Sí, mis derechos! Yo creo que lo menos que puede exigir una mujer es un hombre!
- ANDRES ¿Qué dices?
- AMALIA ¡Un hombre!... Lo que representa y significa un marido antes que nada. Un hombre que nos acompañe, y nos vele, y nos guarde de las tentativas de los demás. Si nos entregáis vuestro honor, no nos debéis dejar tan abandonadas.
- ANDRES La eterna queja... ¿nó?... ¿Y como te viste tan abandonada?... Recuerda: Mamá también se vió abandonada... aún más que tú...
- AMALIA Pero yo no tengo vocación de mártir. Además, ella quería a su marido, y cuando hay Amor todos esos son dolores; pero cuando no lo hay son humillaciones, y yo no quiero soportarlas. Soy más jóven que Doña Leonor.

- ANDRES Eso no te justifica.
- AMALIA Y valgo más que una costurera... Pero no creas que busco excusas...
- ANDRES Es que no las hay.
- AMALIA ¡Quiero!... Quiero a un hombre que no es mi marido. Si ese es mi delito...
- ANDRES Tu vergüenza.
- AMALIA Mi vergüenza nó, porque estoy orgullosa de él.
- ANDRES ¿Tu sabes como se llama a las mujeres que hacen lo que tú?
- AMALIA Se las llamará adúlteras, como a los esclavos que se sublevan se los llama rebeldes.
- ANDRES Y se los manda a presidio.
- AMALIA Si se dejan encerrar. Y yo no estoy dispuesta a consentirlo.
- ANDRES Ni nosotros a permitir que manches nuestro nombre.
- AMALIA Yo no lo mancho, descuida: sé guardar las formas. ¿No ves que me ha educado mi marido?... ¿Te ha nombrado embajador y me traes su ultimatum?... Pues llévale mi respuesta: silencio, prudencia, corrección... ya ves que me he aprendido la lección de corrido. . Renunciar, nó.
- ANDRES Es que hay medios para hacerte renunciar.
- AMALIA ¿Qué medios?... Soy la más fuerte.
- ANDRES Esq crees tú.
- AMALIA La más fuerte porque no temo al escándalo.

lo. Todo vuestro dominio se basa en eso. Con el escándalo nosotras todo lo podemos perder, vosotros nada. Pero ahora nó; a mí no me asusta el espantajo.

ANDRES El escándalo nos deshonrará a nosotros, pero ¿y tú?, ¿en que te conviertes?

AMALIA En nada. Seguiría siendo la adúltera... Solo que entonces lo sería para todo el mundo. Y ya vez, no me espanta... Ese nombre no me arrebatará ni un céntimo de mi renta ni uno solo de los saludos de la gente en la calle. Soy rica y puedo permitirme todos los caprichos: hasta ese.

ANDRES ¡Me avergüenza y me indigna oírte!.. ¡Si yo fuera tu marido!...

AMALIA ¿Me matarías?... Si yo me dejaba matar... Sinó me asusta el escándalo, menos me asusta mi marido... Hablemos de potencia a potencia... ¿Qué queréis vosotros?.. ¿el silencio?... Ya lo he prometido...

ANDRES Y mucho más.

AMALIA No abuses. Piensa en mi situación y en la vuestra... Esta vez soy yó, la mujer, la que puede disponer y ordenar. La Ley es la vuestra, la de los hombres, pero la impongo yo.

ANDRES No abuses tu tampoco. Estás destruyendo todos los fundamentos de mis creencias de hombre. En este momento yo no sé quien está más bajo de los dos,

- AMALIA Yó, porque abuso de mi fuerza. Yo hago de hombre ahora.
- ANDRES No, yó, porque me humillo... y puedes creer que si fuera por mí, no lo haría.
- AMALIA ¿Tanto dolor te causa hacer de mujer una vez en tu vida?... Pues esa es la vida nuestra siempre. Antes me hablaste de Mamá y me dijiste: recuerda... Yo también quiero que recuerdes tu... porque de todo lo que me has dicho, es lo que más me ha lastimado...
- ANDRES Es el contraste. .
- AMALIA Puede, pero recuerda... Aquella desdichada que tu deshonraste, te pedía su honor como una limosna. Era muy pobre, muy humilde, y tenía que mendigar...
- ANDRES Yo no la forzé. Me pedía lo que no podía devolverle.
- AMALIA La mentira también es una de vuestras armas.... pero no la quiero. Yo habría podido mentir como tu...
- ANDRES Tenemos tu epistolario. Las copias de tus cartas....
- AMALIA ¿Y quién puede asegurar que esas cartas hayan sido enviadas?... ¿No podía yo soñar con la culpa, pensarla y planearla, sin haberla cometido?...
- ANDRES ¿Será posible?... ¡Hermana! (*Exaltado*).
- AMALIA ¡No!; si ya te he dicho que desprecio la mentira! .. Ese hombre vive... Y sinó lo su-

piera, también la culpa existiría, porque yo me había complacido en ella.

ANDRES Nó; la culpa solo tiene realidad cuando se comete. Si la has pensado solamente, aunque exista el hombre...

AMALIA Para mi sentir de mujer, el hecho de pensarlo es ya una falta irreparable. Vosotros necesitáis el acto; a nosotras, para pecar, nos basta el pensamiento. ¡Sois inferiores hasta en eso!..

ANDRES Es que la culpa tiene sus gradaciones ...
No es absoluta, no puede serlo.

AMALIA Lo más horrible del engaño es pensarlo, acariciarlo.... Y lo imperdonable no es lo que hace el hombre lejos de nosotras, sino que con nosotras, y en nuestro mismo techo, que debía ser sagrado, rememore las caricias de la ausente.

ANDRES Nó, pensar es un pecado, como tu dices, pero nada más. Si solo has pensado en el engaño, podrás, en tu concepto puro y limpio del honor que yo respeto, haber cometido una falta, pero nunca un delito.

AMALIA No busques argumentos.... Ahora si que te veo mucho más bajo que yó... He faltado. Ahí está la prueba en mis cartas... Me acojo a vuestras Leyes... ¿Es delito?... El divorcio, la separación, lo que queráis..

ANDRES Eso es el escándalo.

AMALIA ¿No queréis?... Entonces impongo yó las más.

- ANDRES Habla.
- AMALIA Ni una pregunta, ni una palabra... No podría soportar un interrogatorio... Mis cartas... La separación amistosa en casa sin vernos, sin hablarnos, pero guardando las formas...
- ANDRES ¿Y tú, a que te obligas?
- AMALIA A seguir como hasta aquí.
- ANDRES ¿Y es eso todo lo que prometes?
- AMALIA Y es mucho. Sigo siendo mujer. Vuelvo a mi condición pudiendo ser hombre: gastar, triunfar, gozar de la vida como vosotros, y hacer del espantajo del escándalo, un cómplice de mis aventuras. Ya ves a lo que renuncio.
- ANDRES Llevaré tus condiciones a Alonso y a Papá.
- AMALIA (*Con inmensa sorpresa*). ¡A Papá!... ¿Pero es que Papá sabe?...
- ANDRES Claro que lo sabe. Alonso creyó necesario, para proceder con la debida prudencia, poner a Papá en antecedentes.
- AMALIA Por prudencia... ¡cobarde!
- ANDRES Cobarde nó; él pudo matar.
- AMALIA ¿Y porqué no mató? ¿Es que el que mata en estos casos a una mujer que no puede defenderse, es un valiente?... ¡No ha matado por miedo!
- ANDRES ¿Por miedo?... ¿que miedo iba a tener?
- AMALIA Miedo a los remordimientos, miedo a su conciencia...

- ANDRES Su conciencia le ordenaba castigar.
- AMALIA Solo las conciencias puras pueden actuar de Jueces. ¡Cobarde, sí, cobarde!... Ha hecho más que matar... ¿qué me importaba morir?... ¿qué perdía?... ¿pero asesinar-me así el cariño de mi padre?... ¡Lo único sagrado y noble que hay en mi vida!...
- ANDRES Lo más sagrado lo has destruído tu misma: tu deber de esposa.
- AMALIA Nó; lo más sagrado no es el deber, sinó el Amor, y yo a mi padre lo quiero, ¡lo quiero!... Ya sabía él donde podía herir en lo más vivo. ¡Matar habría sido más piadoso!
- ANDRES Tu fuiste quien debiste pensarlo antes, si tanto querías a Papá.
- AMALIA ¿Yo?... ¡Ahora verás si lo quiero! Antes de darle una pena, de dejar que siga pensando de mí lo que le han hecho creer los canallas...
- ANDRES La verdad. La que tu misma afirmas.
- AMALIA ¡Los canallas! Esa verdad era para vosotros, no para él. Para él cualquier mentira me parecerá la verdad más grande, si me devuelve su confianza. ¡Vé, llámalo y miente todo lo que quieras! O déjame a mi mentir: será mejor. Solamente las mujeres sabemos mentir por compasión.
- ANDRES ¿Pero es verdad o es mentira?... ¡Habla de una vez!.. ¡Con la mano sobre el corazón, como si te confesarás!

AMALIA Con la mano sobre el corazón, como tu quieres, solo sabré decir yá que todo es mentira. El corazón no razona, ni piensa, ni calcula... ¡Llama a Papá, o lo llamaré yo!

ANDRES ¿Tú? ¿Y te atreverías tú, si eso es verdad, a llamarlo?

AMALIA ¿Y porque nó, si es para devolverle su alegría? A gritos y ante toda la Ciudad lo llamaría, aunque toda la Ciudad me creyeran culpable. ¡Papá! ¡Papá! (*Sale*).

ESCENA UNDÉCIMA

Andrés, Alonso, Román.

ROMAN (*Entrando*). ¿Qué piensas tú?

ANDRES ¿Pero habéis oído?

ROMAN Sí, algo, el final. ¿Qué crees?

ANDRES Nó sé... No he podido formar opinión...

ROMAN Ya creo que nó; que no hay nada.

ANDRES Pues yo no sé que decir... Dudo, vacilo...
¿Y tú?

ALONSO Yo tengo la certeza de que todo es verdad.

ROMAN ¿Porqué?

ALONSO Porque hay cosas que solo un hombre puede saber de una mujer: su marido. Detalles que parecen nimios y se van precisando... Despegos y desdenes...

ROMAN Pueden ser celos. ¿No lo has oído?... Ella lo sabía todo.

ALONSO Los celos no son fríos, no apartan.

ANDRES Perdona si soy brusco. Esa es cuestión

a resolver después. Ahora hemos de atenernos a lo más urgente. Amalia, por evitar a mi padre ese dolor, está dispuesta a todo.

ROMAN Y tu debes exigir...

ALONSO ¡Exigir!... El respeto no se exige y el cariño menos.

ANDRES Pero queda el Deber... Tu no estás ahora para pensar ni para resolver... ¡Déjame!... ¡Ahí viene! Confía en mí.

ESCENA DUODÉCIMA

Dichos, Amalia y Don Satur.

D. SATUR. *(Desde dentro, en voz clara y alegre).* ¿De modo que era una novela? *(Entra enlazado a su hija).*

AMALIA La novela de tu hija... Una novela romántica.

D. SATUR. Ya la oyes Alonso... Teníamos una escritora en casa y no lo sabíamos. Y tan sentida es tu obra, tan real, que yo mismo al leerla creí que era verdad. Qué habías podido tú!... ¡mi nena!

AMALIA ¿Volvemos?... Voy a ponerme tan orgullosa que no me vas a poder soportar.

D. SATUR. Hazme el gusto nena.. No es que vuelva, es que os veo hace tanto tiempo tan hueraños... Dale un abrazo a Alonso, anda.

AMALIA ¡Pero Papá!, aquí, delante de todos. .

D. SATUR. Es un capricho... de abuelo...

AMALIA Pues si es un capricho tuyo... Ven Alon-

- so... Vamos a complacerlo... (*Aparte*)
¿Qué trabajo te cuesta?
- D. SATUR. A ver si acierto en lo de abuelo.
- ANDRES Y tu sé complaciente también, yá te lo he dicho. No conviene que venga esa mujer aquí:—la Celestina—¿Verdad Papá?
- D. SATUR. No conviene; tú no la conoces, hija mía... es una... hace los oficios más bajos, más ..
- AMALIA ¿Tú no quieres, Papá?... Pues no vendrá más.
- ANDRES Es que si te la encuentras en la calle y te paras con ella, sería peor.
- AMALIA No me pararé, descuida.
- ROMAN Y esas devociones tuyas, ese constante atareo fuera de casa en novenas y Juntas, también son excesivas.
- ANDRES Sí, deben cesar. Yo atribuyo, ¿no crees tú, Papá?, al desequilibrio producido por tantas devociones, las manías románticas que te han hecho escribir esa... novela de tu vida.
- AMALIA Eso, Alonso es el que lo ha de decir. Fué él el que me impulsó por ese camino, y me parece una oficiosidad tuya...
- ANDRES Alonso está de acuerdo con nosotros, ¿no es verdad?
- ALONSO Sí...
- AMALIA ¿Y tú, Papá?... ¿también entiendes que me perjudican esas devociones, que son mi único consuelo?

- D. SATUR. Si, hija mía. Los muchos rezos tampoco son convenientes... A tu edad... No quiero que me taches de egoísta, pero quisiera que no te apartaras de mi lado en todo el día. Podrás salir de vez en cuando, con Alonso...
- AMALIA El tiene sus cosas y yo las mías... Prefiero estar a tu lado aquí, en casa...
- ANDRES Aun queda que hacerte otra advertencia.
- AMALIA No abuses... Me váis a poner en tutela...
- ANDRES Eres una niña y como niña te hemos de tratar.
- AMALIA Pues soy yá una mujer, no lo olvides.
- D. SATUR Para mí siempre serás una niña, como cuando te sentabas en mis rodillas.
- AMALIA Para tí siempre, siempre... (*Continúan hablando Amalia y Andrés con ademanes enérgicos y vivos*).
- ROMAN ¿Qué, Alonso, dudas todavía?
- ALONSO Más que nunca. (*Amalia, con un gesto de dura resolución, rompe las cartas*).
- D. SATUR ¿Qué es eso, estás rompiendo tu novela?
- AMALIA ¡La aborrezco, la odio!
- D. SATUR Pero si es muy bonito y muy real... Tráela.
- AMALIA Deja que la rompa hasta que no quede de ella ni el recuerdo... Cuando una hija tiene un padre como tú, tan bueno que parece un hijo, hace muy mal en soñar estas novelas, que pueden causarle tanto dolor.
- D. SATUR No hija mía; yo no soy tan bueno como

tu te figuras. Tengo mis faltas y mis defectos... como todos los hombres...

AMALIA ¡Pero eres mi padre!.. ¡El único hombre que no tengo derecho a condenar!

TELON

INDICE

	<u>PAGINA</u>
Idolos (Drama en 2 actos)	5
La dicha que se vá... (Comedia en 2 actos y un Prólogo).	59
Colombina, Arlequín y Compañía (Monó- logo en medio acto)	119
La Ley de los hombres (Comedia en 2 ac- tos)	133



ERRATAS

<u>Pág.</u>	<u>Lín.</u>	<u>Dice</u>	<u>Debe decir</u>
42	12	<i>Teresa.</i> -¿Nó; solo V...	<i>Teresa.</i> -Nó; solo Vd...
50	7 y 8	(<i>Silenciosamente, las dos hermanas enlazadas se van por la izquierda</i>).	Esta acotación debe figurar al final de la escena sexta.
53	5	<i>Pedro.</i> -La ida de Teresa facilita las cosas. Si siguiera habría que tomar otras medidas.	<i>Pedro.</i> -La ida de Teresa facilita las cosas. Si siguiera habría que tomar otras medidas. Se vá, perfectamente.
		<i>Juan.</i> -Se vá, perfectamente. Tienes razón.	<i>Juan.</i> -Tienes razón.
88	27	Pues vamos, vamos...	<i>Alberto.</i> -Pues vamos, vamos...
91	12	<i>Perico.</i> -Desde cuando lo ha conocido V.	<i>Perico.</i> -¿Desde cuando lo ha conocido?
94	4	lo bueno a lo bello	lo bello a lo bueno
109	17	Dominó 3	Dominó 1.º
110	6	<i>Luisa.</i> -El Amor es también Caridad.	<i>Luisa.</i> -La Caridad es también Amor.
112	11-12-13	..¿A qué preocuparnos por lo que fué o por lo que ha sido?	..¿A qué preocuparnos por lo que fué o por lo que no ha sido?...
112	30	no ser feliz es cobardía	no ser dichoso es cobardía
140	9-10	un velón con lámpara eléctrica,	un velón, una lámpara eléctrica,
143	5	Quijano	Quijana
150	3	<i>Luis.</i> -Se vá V. a asustar ahora D. Satur;	<i>Luis.</i> -¿Se vá Vd. a asustar ahora, Don Satur?;
150	25	Se conoce que no tienes un cuarto,	Se conoce que no tienes un cuarto...
155	16-17	Convéncete; entre románticos como tu y botarates: como tu hermano	Convéncete: entre románticos como tú, y botarates como tu hermano,
155	21	Van Vdes.:	Veán Vdes.:
161	12	<i>Andrés.</i> -Tienes razón	<i>Román.</i> -Tienes razón
163	2	<i>Román.</i> -Y sinó se sabe nada, ¿que haremos?..	<i>Román.</i> -¿Y sinó se sabe nada?..
165	8	<i>D. Satur.</i> -Alonso	<i>D. Satur.</i> -Alonso...

FUÉ IMPRESO ESTE LIBRO
EN LOS TALLERES TIPO-
GRÁFICOS DEL "DIARIO DE
LAS PALMAS". EN EL MES DE
DICIEMBRE DEL

MCMXXV.





PRECIO: 3 75 PTA